Ud. Está accediendo a este documento a través de la Biblioteca Digital de Genealogía Familiar, que lo publica con autorización del autor o editor del mismo para ser leído por individuos que acceden a este sitio web.

Está prohibido su uso o reproducción (total o parcial) para cualquier uso comercial sin autorización específica del autor o editor, que retiene todos sus derechos sobre este documento.

Puede consultar otros documentos de interés histórico o genealógico en www.genealogiafamiliar.net

DANIEL OVEJERO

EL TERRUÑO

(Vida Jujeña)

VOL I

1 9 AGO 1974

116289

OBRAS LITERARIAS DE DANIEL OVEJERO

I

Editadas por la
FUNDACION MICHEL TORINO
Salta

OBRAS LITERARIAS DE

DANIEL OVEJERO

EL TERRUÑO (Vida Jujeña)

LA FONTANA DEL SANTO - Relatos

HUAIRA PUCA (El Viento Rojo) - Novela Histórica

EL RUEGO DE LAZARO Y OTROS CUENTOS

La compilación, preparación y revisión de los textos ha sido realizada por ROBERTO GARCIA PINTO, con la cooperación del INGENIO SAN MARTIN DEL TABACAL, S. A.

El presente volumen reproduce la primera edición de El Terruño, publicada en vida del autor por Guillermo Kraft Ltda. Buenos Aires, 1942.

19 AGO 1974

DANIEL OVEJERO

EL TERRUÑO

(Vida Jujeña)

I

BIBLIOTECA NACIONAL
1974
BUENOS AIRES

Edición de la
FUNDACION MICHEL TORINO
Salta

BIBLIOTECA NACIONAL
1986
BUENOS AIRES

LIOTECA NACIONAL
a..... 8 ABR 1996
entario N 116289
cación S20J321342-

BIBLIOTECA NACIONAL
DONACION de:
Fund. Michel Torino
Fecha: 19-8-74

00042995

Reservados todos los derechos
Queda hecho el depósito que previene la ley

Impreso en la Argentina - Printed in Argentine

DANIEL OVEJERO
datos biográficos por
ROBERTO
GARCIA PINTO

"En una antología del cuento argentino (1), que incluye uno del que soy autor, sólo se dice — a mi pedido — que nací en Jujuy el 12 de abril de 1894, y nada más" (2) — escribió Ovejero a un amigo íntimo en carta donde analiza la diferencia entre la vanidad y el orgullo, con oportunas opiniones de autores dignos de crédito. Afirma en ella su preferencia por permanecer fuera de las trenzas literarias que confieren los elogios recíprocos, sin mayor fundamento, en pasajeras propagandas que tarde o temprano se hunden en el olvido.

Durante muchos años mantuvo esa actitud. No publicó su obra en diarios y revistas, ni demostró interés alguno en revelarse como escritor. Recién en los últimos años de su vida, cuando la dedicación a la literatura era prácticamente exclusiva, en cartas dirigidas a sus amigos, accedió a suministrar información, saliendo de esa penumbra en que se colocó voluntariamente, quedando así como el autor apenas conocido de "El Terruño", publicado en 1942 y de "La Fontana del Santo", en 1945, libros que se reeditan ahora por primera vez conjuntamente con otros dos que recogen su producción inédita.

Daniel Ovejero fue un abogado de prestigio, profundo conocedor de las ciencias jurídicas, de amplia erudición como especialista del Derecho Civil — cátedra que le confió la Universidad Nacional de Buenos Aires por sus méritos y antecedentes. Ya se había distinguido por su talento y su capacidad de estudio, al obtener la medalla de oro entre los egresados de 1916, prueba de alta selección

que solía abrir las puertas al éxito profesional y permitía el ingreso del laureado a los bufetes de mayor importancia de la capital. Prefirió, sin embargo, instalarse en Salta donde residió muchos años, trabajando primero por su cuenta y luego asociado al estudio del doctor Carlos Serrey, senador nacional por su provincia durante varios períodos, figura prominente en su profesión y en la política de su tiempo. Se casó en esta ciudad en 1920 con Margarita Dávalos, hermana del renombrado poeta salteño, mujer de excepcional belleza y alto espíritu, que fue "paciente e ideal compañera". Su conquista significó un triunfo de la elocuencia y de la simpatía personal, ya que el seductor no podía empeñar en la tarea ni el atractivo de la fortuna, ni la prestancia de su físico. Era en cambio, un conversador ameno y ocurrente, de tajantes y pintorescas salidas, siempre oportuno en el chiste y en el cuento al caso, dentro de la línea heredada de sus ascendientes, entre los cuales sobresalieron figuras de humoristas de la mejor ley.

En una carta autobiográfica hace muy buenos recuerdos de la Escuela Normal y del Colegio Nacional de Jujuy, donde aprendió las primeras letras e inició su formación. El segundo era un buen ejemplo de esas casas de estudios secundarios, fundadas durante la presidencia de Mitre, que solían contar entre su cuerpo docente a los hombres más cultos y de mayor personalidad. Se benefició entonces con la enseñanza de escritores como Pablo y Horacio Carrillo, de médicos distinguidos como los doctores Héctor Quintana y Gabriel Orías, que le enseñaron los fundamentos de las ciencias. Encontró también allí a Rafael Mazzantini, un humanista italiano de elevada cultura, que entre tantas cosas, sabía el griego y el latín. "El me inició — dice — en el estudio de la alta literatura europea, estudio en el que he persistido durante toda la vida y que ha sido una fuente de consuelo en las adversidades y desgracias que he sufrido... leo corrientemente inglés, italiano y francés y sé algo rudimentariamente el latín (aprendió por su cuenta

también el griego que cita y transcribe en sus cartas). La lista de mis trabajos literarios y jurídicos es la siguiente: "El Terruño", "La Fontana del Santo" y algunos cuentos inéditos. En Derecho he escrito: "Estudios de Derecho Civil", "Algunas observaciones al Anteproyecto Bibiloni en Materia de Sucesión", "La Posesión", "El daño moral y sus reparaciones", además de notas y artículos en la revista "Jurisprudencia Argentina" (3).

Su abuelo y su padre, que pertenecían a una antigua familia salteña, llevaron el mismo nombre. El segundo, hijo único de doña Elisa Tezanos Pinto, dama que enviudó muy joven. Abogado igualmente como su primogénito, se trasladó a Jujuy donde casó con Liboria Villafañe, hija de don Benjamín Villafañe, una figura de larga actuación en el Norte Argentino como escritor, como político, educador y legislador; fue secretario del General Lavalle y lo acompañó hasta el fin de sus heroicas y desdichadas campañas contra Rosas, en las guerras civiles de 1838 - 1840, luchando entre los últimos partidarios que se llevaron a Bolivia el cadáver del jefe unitario, en la épica retirada por la quebrada de Humahuaca. Don Daniel, que fue elegido diputado nacional y gobernador de Jujuy, tuvo fama de hombre talentoso, de carácter chispeante y alegre, particularmente aficionado al buen vivir, enriqueció con sus relatos y ocurrencias el anecdotario jujeño. Lo conocimos en los últimos años de su vida, y era una fiesta escuchar sus comentarios de la vida lugareña cada vez que llegaba a Salta a visitar a sus amigos. Su hijo tenía a quien heredar el sentido del humor y una aguda penetración psicológica del alma humana. El también actuó durante algún tiempo en la política de Salta, como legislador provincial del Partido Conservador; participó en luchas y polémicas donde tuvo ocasión de mostrar sus dotes de orador y la agilidad de su pluma en la prensa local; consolidó una amistad íntima con su cuñado Juan Carlos Dávalos, entonces en la plena madurez de sus aptitudes de poeta y de cuentista, volcado a expresar el "color

local" de ambientes y tipos de la vida provinciana. La obra de Dávalos tuvo discreta influencia en el ulterior desarrollo de la vena creadora de Ovejero. Encontró en ella un punto de partida, que extendió y profundizó con visión original y estilo propio, de singular riqueza idiomática, hacia nuevos temas, dentro de la corriente del realismo costumbrista, de tanto desarrollo y fuerza en los años posteriores al modernismo.

Ovejero perteneció al círculo de amigos de un malogrado poeta satírico, Nicolás López Isasmendi, quien murió bastante joven, pero que se dio tiempo para demostrar un agudo y jacarandoso ingenio, divirtiéndose en enterrar bajo los versos de sus numerosos epitafios a buena parte de sus contemporáneos, riendo a mandíbula batiente de las vanidades y ridiculeces humanas con implacable saña. El fue fundador y animador de una "Sociedad Numismática", institución que tuvo cierta fama por la importancia y solemnidad de unos estatutos que parecían consagrarla al estudio y a la investigación; pero el propósito principal consistía en celebrar frecuentes simposios en un popular restaurante, instalado en aquellos tiempos bajo los arcos ilustres del Cabildo de Salta. A la hora de la retreta, una apacible costumbre de la época que transcurría en la calzada situada a su frente, en la plaza principal de la ciudad, un oficiante con vestimentas medievales, lanzaba al aire tres retumbantes disparos de arcabuz, para marcar la iniciación de la ceremónia ritual y de las opíparas cenas, ampliamente regadas y reídas. El poeta hierofante recitaba largas tiradas de versos tomando el pelo a los comensales, a los hombres importantes y a las autoridades de la provincia, desde el gobernador al obispo. Nadie osaba enojarse, porque corría el grave riesgo de estimular nuevos titeos y nuevas series de estrofas de molesta y urticante popularidad. La condición necesaria para ingresar a la Sociedad Numismática consistía en dar una prueba evidente de insanía, que el neófito debía declarar o que la comisión directiva descubría en él. Recor-

damos que Ovejero fue aceptado como socio por el hecho de haberse quemado las pestañas año tras año, a fin de ganar esa famosa medalla de oro de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, que los mejores estudiantes se disputaban a brazo partido y que en Salta no servía para nada.

Esta academia del humor y de la sátira, contribuyó a educar el buen sentido con su práctica de la ironía y su implícita ponderación de la naturalidad, frente a la pretensión y la pedantería; enseñanza útil que se perdió con la muerte prematura del animador de aquellas tenidas que dejaron huellas en sus coetáneos de mayor talento.

A fines de 1930 Ovejero se traslada a Buenos Aires en busca de mejores horizontes. Abre su estudio profesional y es designado abogado de la Municipalidad de la Capital Federal; ingresa como catedrático de Derecho Civil y participa algunos años después en los directorios de empresas industriales de importancia (4). No estaba dotado para hacer fortuna, un tanto bohemio y pródigo no se interesaba mucho por el triunfo económico, ni por su fama profesional. Ha declarado repetidamente que sólo la necesidad lo impulsaba a trabajar en su oficio. Resulta un tanto contradictorio, sin embargo, que escribiera medulosas monografías dedicadas a la ciencia del Derecho; ello puede interpretarse como una proclividad natural del hombre de talento en cuanto a su interés por los estudios teóricos, a los cuales lo empujaba su actuación universitaria. En lo íntimo, cada día se siente más descontento. "Una de las mayores desgracias — escribe — es la de no emplearnos en un trabajo para el que sintamos estima o vocación... el médico y el confesor, por ejemplo, ven al hombre, el uno en el momento del dolor; el otro en el del arrepentimiento, es decir, en momentos en que la bestia humana se humaniza; en cambio el abogado lo ve en su ruindad, en la forma en que esa bestia es más repugnante" (5).

Ovejero fue un hombre de alta conciencia moral, un riguroso trabajador intelectual, que supo

sobreponerse a las comunes debilidades humanas, cumpliendo una obra de importancia como jurista y como escritor. A él podía recurrirse en consulta para los más arduos problemas, para obtener un consejo certero e inteligente. Había recogido una vasta experiencia humana a través de su vida en las ciudades de provincia, en sus largas residencias en Buenos Aires; conoció las gentes y los ambientes más diversos; de niño convivió con los indígenas y campesinos norteños, asimilando su modo de ser, sus dichos, sus problemas, recorriendo montañas, bosques y quebradas, vio de muy cerca los aspectos tradicionales de su nativa Jujuy, su historia, sus leyendas, sus costumbres, intimando con los nuevos hombres que la inmigración traía a la tierra natal — "turcos", "gallegos", coyas del altiplano —, a quienes describe con gracia y rigurosa exactitud; alternó con los políticos más importantes de su época, observándolos en sus virtudes y en sus defectos. Hay así en su obra un conocimiento profundo de la naturaleza humana, en un grado que no suele adquirirse en el mundo tumultuoso y gregario de las grandes urbes, sino formarse mediante la visión próxima del hombre, tal cual ocurre en las ciudades pequeñas, donde se aprende a conocer a los seres en su intimidad. Su experiencia y su caso confirma cierta sagaz observación de Mauriac, al señalar que la mayor parte de los grandes novelistas, los Balzac y los Chejov, los Flaubert y los Dickens, han surgido de las ciudades menores.

Primero como estudiante y luego en su madurez, hizo amistad con escritores de jerarquía, como Pedro Miguel Obligado, Leopoldo Lugones o Manuel Galvez (a este último lo conoció desde su juventud ya que visitaba con frecuencia Salta y Jujuy). Cultivó relación con forasteros como Ricardo Baeza y Jacinto Grau; les hizo conocer su producción literaria, en apelación crítica y consultiva, recibiendo estímulos y elogios.

Con el tiempo su dedicación a las letras se fue haciendo cada vez más intensa. "Yo escribo — con-

fiesa — y creo que eso le ocurre a todo escritor no venal, simplemente para pasar el rato; tal vez para evadirme de las circunstancias por demás aburridas y chatas en que me ha tocado vivir".

La idea de componer "El Terruño" provino de una sugerencia de su primera mujer, Maga Dávalos, quien asistió varias veces, durante las visitas del matrimonio a Jujuy, cuando se reunían los amigos de la infancia. "Solíamos pasar buenos ratos recordando hechos, cosas del pasado. Ella se divertía en grande oyéndonos. ¿Por qué no escribes un libro sobre Jujuy y sus recuerdos? Creo que nadie ha tomado ese tema — me dijo. La incitación encontró eco dentro de mí... Por aquellos años (1941 - 42) mi vida era un cotidiano martirio (la dura necesidad de vivir y la atención de una profesión que detestaba)... Me puse a la obra. Fui escribiendo al principio muy lentamente. Después me vi obligado a apresurarme. De regreso de un viaje, Maga cayó enferma y los médicos me dijeron que no tenía remedio. Y ella quería ver publicado "El Terruño". Lo conseguí. El placer que le proporcioné con mi libro a una moribunda que me era muy querida, ha sido la más alta recompensa que por él he recibido" (6).

Ovejero meditó largamente, discutió y analizó con sus amigos los problemas de la creación y de las formas literarias. En numerosas cartas demuestra cuánto le preocupaba el tema. Eligió "el cuento por su brevedad que evita los rellenos y largos desenvolvimientos inevitables en la novela". Desde época muy temprana manifiesta su admiración por Maupassant — a quien declara deberle las enseñanzas más importantes; lee detenidamente a Poe, a Villiers de L'Isle Adam, a Kuprin y a Chejov.

En 1945 publica su segunda colección de cuentos, "La Fontana del Santo". Conoce entonces a una mujer de excepcionales virtudes, "inteligente, culta y digna en todo sentido, que espero algún día usted tratará y apreciará" — le escribe a Juan Carlos Dávalos, al anunciarle su casamiento con

María Angélica Andrada. Iba a encontrar en ella una gran comprensión y permanente sostén y ayuda en las enfermedades que lo afectarían en los años ulteriores, en el triste y doloroso proceso de una existencia, doblegada por la pobreza y los achaques de una vejez prematura, interrumpida al final por un cáncer incurable.

En 1945 renuncia a la cátedra en discrepancia con la intervención a la universidad, impuesta por el gobierno de la revolución de junio de 1943. Sigue trabajando activamente en su estudio de abogado, en sociedad con el doctor Jaime Malamud, hasta que a fines de 1946 sintió los síntomas primeros de una arterio - esclerosis precoz, que le afectó la visión del ojo izquierdo y luego, progresivamente, la marcha. En 1954 se retira de su profesión y se instala a vivir en el partido de Merlo, en los alrededores de Buenos Aires, en una pequeña casa de campo que bautizó con el nombre de "La Quinteja", en recuerdo de una propiedad que en Jujuy tenía su familia, lugar de veraneo durante la infancia, tal como figura en los primeros capítulos de "El Terruño". Allí hará una vida solitaria y retirada: formidable devorador de libros llena su casa con su biblioteca, ya en parte sacrificada al trasladarse de vivienda. En ella tendrán lugar preferido los clásicos griegos y latinos, una gran colección de poetas ingleses, numerosos volúmenes de crítica, ensayos, novelas, historias de la literatura, diccionarios; echará al olvido el derecho y la abogacía, para refugiarse totalmente en la lectura y la "grafomanía", como él denomina su gusto por las letras. Lo impulsaba la facultad típica del escritor de raza: la fruición de expresar sus ideas, de abrir la compuerta a la imaginación creadora. Escribe entonces muchísimas cartas a sus amigos, principalmente al ingeniero Teodoro Sánchez de Bustamante; "Vir dcotissimus et atque prudentissimus", epistolario que duró muchos años, del más alto interés intelectual y documento valioso del pensamiento de su época. Ovejero habla de su vida y de sus males, de sus accesos de angustia y depre-

sión que logra superar; corrige una novela histórica escrita años atrás — "Huaira Puca" (viento rojo) —; redacta una nueva serie de cuentos, inéditos hasta hoy, que serán recopilados, al igual que la novela, en el tercer y cuarto tomo de la presente edición de sus obras literarias.

Las cartas giran alrédedor de sus lecturas o acontecimientos del momento; muchas son meditados estudios sobre autores y obras de literatura; forman, en cierto modo, una serie de ensayos breves, que nos aclaran sus ideas y son vasto repertorio de su formación clásica y su amplia cultura. A la manera de Montaigne, se maneja fuera de todo dogmatismo; analiza las cosas "por sus aspectos más inusitados". Desfilan temas de Homero, Epicuro, Lucrecio, Horacio, Virgilio entre los clásicos; Dante, Petrarca — agudamente criticado —, Bocacio; Cervantes y Gracián — preferido por su riqueza de ideas y su dominio de la lengua —; buena parte de los grandes nombres de las literaturas mayores de Occidente, leídos en su idioma original, salvo los alemanes, y con manifiesta predilección por los más importantes de Francia e Inglaterra, comenzando por Shakespeare — su máxima admiración — a quien estudia minuciosamente y cita con frecuencia; luego Byron, Shelley y Blake, Hazlitt y Macaulay, Kipling y Dickens, para no citar sino algunos de los más comentados. Pondera la profundidad y sabiduría de La Fontaine, de Boileau, de Racine, de Molière, vale decir de la gran lección del clasicismo francés, de sus normas de precisión y sobriedad que alcanza su punto más alto, según su opinión, en los cuentos de Voltaire. El maestro en el arte de novelar es entre todos, Flaubert, cuyas obras y cuyos consejos elogia repetidamente. Juzga con severidad a la mayor parte de los escritores hispanoamericanos, criticando acerbamente los huecos y deficiencias de su formación cultural y los acusa de franciscana pobreza en el conocimiento y uso del lenguaje. Entre los argentinos se salvan Benito Lynch y Juan Carlos Dávalos, y en un plano algo inferior el Güiraldes de

Don Segundo Sombra. Reconoce el alto valor del Martín Fierro, la obra poética de Lugones, el sorprendente sabor tradicional de los cancioneros populares recogidos por Juan Alfonso Carrizo. Descartando méritos parciales, no hay gracia para los demás.

Es un revisionista que no se paga con los valores consagrados ni con los favoritos de la moda; señala "la superficialidad de Lope de Vega" y se despacha contra "el amorfo, farragoso y grotesco Joyce". No le parece gran cosa Juan Ramón Jiménez, cuyo acceso al premio Nobel implicaría un claro signo de la falta de criterio de la Academia Sueca, infectada de "picassismo" y dominada por oscuras influencias, nunca atenta a los verdaderos valores literarios; lanza algunos juicios despectivos sobre Unamuno, Ortega y Ramón Gómez de la Serna, haciendo tabla rasa de la fama de estos contemporáneos. Ha de tenerse en cuenta que la intimidad de las cartas entre amigos, permite acentuar lo crudo y excesivo de opiniones no destinadas al público, que pueden sufrir atenuación cuando se afronta la responsabilidad publicitaria. Resumo estos juicios porque aclaran la posición y el modo de pensar del escritor. Se muestra así el abrupto rechazo de ciertas tendencias del arte moderno que contradecían algunas de sus más arraigadas convicciones. Por eso se opone a ellas, sin preocuparse de examinar la importancia de la innovación o el sentido revolucionario que las informa y las explica. El carácter y el pensamiento de Ovejero tienen una curiosa similitud con los rasgos de Pío Baroja, a quien considera el máximo escritor de la España moderna. Son almas gemelas; los mueve la misma independencia de juicio, igual sinceridad y gusto por la irreverencia hacia todo lo que no coincide con sus tablas de valores, partiendo también desde un fondo insobornable, la gran cualidad que el vituperado Ortega atribuyó, en un ensayo famoso, al "hombre malo de Itzea", al vasco de pocas pulgas y alma altiva, que a través de quien sabe que entrevero genealógico, tanto se acerca en sus "Me-

morias" al diario intelectual que constituyen las cartas de Ovejero.

De esta dilatada erudición maduró un arte narrativo formado en la tradición clásica y en el estudio de las obras maestras de la época moderna, de fuerte y honda eficacia en la descripción del paisaje y en la pintura de caracteres, grabados con admirable fidelidad en sus cuentos mejores.

Su ejemplo demuestra acabadamente cómo una sólida cultura, el estudio, la familiaridad y la influencia de los grandes autores no impide, ni perturba, la creación de obras de hondo sentido nacional, y aún regionalista. Por el contrario, ella enriquece y multiplica las cualidades del escritor auténtico. Ovejero acertó en la expresión de lo americano, al ahondar en los temas centrales del "terruño", movido por su intenso amor a la patria chica, la vieja Jujuy, con sus tipos y sus ambientes, expresados con penetrante fuerza telúrica. Su obra nos obliga a colocarlo entre los mejores escritores de su escuela, a igual nivel que Dávalos y Benito Lynch, los dos contemporáneos que valoró más alto y con quienes forma coincidentemente un tríptico del desdén por la publicidad.

Aparte de la ponderación reiterada de sus coterráneos, la obra de Ovejero fue perdiéndose un tanto en el olvido. Algunas improvisadas y distraídas historias de la literatura argentina, publicadas en los años últimos, lo ignoran totalmente. a pesar de la elección de Pagés Larraya — citada al comienzo de este prólogo — que le confirió categoría antológica. Otra excepción es la referencia, bien fundada pero escueta, de Luis Emilio Soto en un conocido estudio de conjunto sobre el cuento (8). Contribuyó a consolidar esos atentados contra la crítica correcta, la falta de nuevas ediciones de sus obras, salvado en parte una sola vez por la recopilación parcial de Jorge Calvetti en 1966 (9).

Hoy se remedia la omisión al reeditar los libros publicados hace treinta años, al mismo tiempo que se pone en mano de los lectores las narraciones inéditas, en una serie de cuatro volúmenes

donde han de incorporarse cuánto Daniel Ovejero dejó concluído en materia literaria. En adelante será posible estudiar en todos sus aspectos el esfuerzo cumplido por el escritor jujeño con indudable talento y elevada voluntad de estilo.

R. G. P.

(1) "Cuentos de Nuestra Tierra", seleccionados por Antonio Pagés Larraya, Bs. Aires, 1952.
(2) Carta a Teodoro S. de Bustamante, 16/5/56.
(3) Carta a Emilio Villafañe (15/5/50), publicada por Teodoro Sánchez de Bustamante en "Daniel Ovejero", opúsculo editado por el autor, Córdoba, 1966.
(4) Fue miembro del directorio y presidente de San Martín del Tabacal y otras empresas.
(5) Carta a su hermano Benjamín Ovejero sobre "el arte de envejecer" (5/8/58).
(6) Carta a Teodoro S. de Bustamante (21/9/57).
(7) Ibidem.
(8) "Historia de la literatura argentina", por Rafael A. Arrieta y otros, Bs. Aires, 1959.
(9) Daniel Ovejero: "Cuentos del terruño" (seleccionados por Jorge Calvetti), Bs. Aires, 1966.

Dulces reminiscitur argos...

VIRGILIUS, AENEIS.

Los jóvenes apenas si podrían formarse una idea de lo que fue Jujuy hace cuarenta años.

Ninguna capital provinciana ha sufrido una transformación más radical y completa. Salta y Córdoba, por ejemplo, a pesar de su rápido progreso, conservan cierta individualidad pintoresca, cierto aspecto arcaico y español que le presta el encanto inefable de las cosas viejas. El tiempo ha dejado su pátina en las torres de sus iglesias, en las portaladas de sus vetustos conventos, en la fachada hidalga de algunas mansiones privadas. Su edificación moderna ha adoptado el estilo neocolonial que, con sus rejas voladas y sus tejados a dos aguas, aun conserva algo del pasado.

Nada de eso ha sucedido en Jujuy por desgracia. Una serie ininterrumpida de intendentes "progresistas", ha acabado con todo lo antiguo. Así, víctimas calladas de ordenanzas asesinas, desaparecieron los señoriales eucaliptos que bordeaban la plaza Belgrano y los que, en doble fila, se alineaban frente a la quinta de Portal. Cierto intendente (que Dios lo haya perdonado) ordenó construir "parapetos", so pretexto de que la lluvia que goteaba de los aleros incomodaba a los transeúntes... La edificación privada ha preferido el chalet

exótico o la construcción de paredes rasas con niqueladas de relumbrón a la de tipo tradicional. Ni las iglesias han escapado al furor transformista. Para no citar más ejemplos, ahí están los aditamentos arquitectónicos de la Catedral, de muy dudoso gusto en sí mismos, y, en todo caso, incongruentes con el estilo del templo. Del viejo San Francisco no queda ni un recuerdo. Sólo la capilla de Santa Bárbara conserva su torreón colonial, y cuando - rara vez - tañen los vetustos esquilones que saludaron la entrada del vencedor de Salta, sus voces roncas y cascadas semejan al clamor de una viejecita que protestara de este mundo nuevo y loco que la rodea.

Y con la antigua arquitectura se fueron costumbres, escenas y tipos llenos de intenso colorido. Ya no cruzan las calles las recuas de asnillos cargados de hornija, ni acampan en la Tablada los pastores puneños entre llamas airosas, las finas orejitas adornadas con arracadas de lana punzó. Ya no se encienden las luminarias de San Juan, ni se quema a Judas el último día de carnaval. Ya no se levantan las carpas de la feria tradicional, vibrantes de cantos y de pecado. Y se fueron también los "gallos", la poética serenata a la luz de las estrellas, acompañada del melancólico rasgueo de las guitarras. Pero aún (lo he visto hace poco) baja de alguna quebrada lejana un "misachico" al son del tamboril indígena, y el eco del "herque" milenario se confunde unos instantes con el de las bocinas de los ómnibus, como la última queja del indio que no quiere, que no debemos dejar morir.

Es verdad que la ciudad actual, "la tacita de plata", con sus calles asfaltadas, sus flamantes edificios, su aeródromo, sus parques y sus campos de deporte, no carece de encantos. Conserva, desde luego, el marco grandioso de sus montañas, invulnerable a las torpezas del hombre. Es activa y rumorosa como una colmena; despierta una sensación de confianza optimista y

sólido bienestar. Pero ha tomado cierto aire advenedizo y petulante de "nuevo rico", y ha perdido mucho de su alma. Sólo el tiempo podrá dársela otra vez. Los siglos se agarran a las piedras, las pulen, embotan sus filos, atenúan los tonos demasiado crudos; parece que dejaran como un perfume tras su paso: acaso una reliquia de las pasiones y los dolores de los hombres que vivieron y murieron en su seno.

Mis predilecciones están por el viejo Jujuy, la villa colonial que conocí en mi infancia. Parecía sumergida en el sosiego de un remanso. Era silenciosa y recatada, modesta y apacible. Ya viejo también, no sé qué impulso irresistible me lleva a evocarla en estas páginas humildes.

Las dedico a mi tierra, a mi terruño, a los que lucharon y luchan por su engrandecimiento, a los que duermen en él su último sueño.

Lo primero que me parece divisar en el brumoso pasado es la casa de mi abuela materna. Era la casona típica de aquellos tiempos. Constaba de un solo piso y un largo frente, lo que le daba cierta pesadez. Una sólida puerta de algarrobo se abría sobre una calle que daba a la plaza. Tenía sobre la fachada encalada dos ventanas cerradas con rejas de hierro, y la cubría una techumbre de teja española negrusca y musgosa. Las paredes eran de adobe, anchas y recias como las de una fortaleza. Dos puertas daban al zaguán enlajado.

Por la de la derecha mirando desde la calle, se entraba a la sala, cuadra que se mantenía cerrada en espera de visitas. Conservo un recuerdo medroso de esa habitación obscura y triste. El gran sofá de jacarandá tapizado de rojo, parecía sitio propicio para escondrijo de duendes, y los sillones diseminados en la pieza

trasgos o brujos en acecho. Cuando jugábamos al escondite, solía agazaparme debajo de uno de esos muebles, y sentía subir por mis espaldas el escalofrío del miedo. Encontraba, sin embargo, un extraño deleite en permanecer allí inmóvil, conteniendo la respiración, gozando del placer de vencerme. El de sentirme valiente a pesar de todo, halagaba mi vanidad infantil. ¿Y qué es el valor sino el miedo sofocado y reprimido por la voluntad?

Esa habitación, como muchas otras, tenía su leyenda. Decían las viejas criadas que a las doce de la noche en punto, rompía a marchar un gran reloj invisible, cuyo tic-tac podía oírse desde las habitaciones vecinas. La conseja se vinculaba a un drama de familia. Mucho antes de que yo naciera, uno de mis tíos había huído del hogar paterno y había contraído matrimonio contra la voluntad de mi abuelo. Durante muchos años nada se supo de él. Un buen día volvió, como el hijo pródigo, vencido, amargado y enfermo. El abuelo perdonó, pero el desventurado murió al poco tiempo. Y precisamente en el instante en que rendía su último aliento, comenzó a andar el fatídico reloj. He conservado siempre un recuerdo piadoso y conmovido de esa historia que fui reconstruyendo a través de cuchicheos, alusiones y medias palabras. Tal vez fue la primera vez que me encontré, con la imaginación, frente a las terribles crueldades de la vida y a las desventuras de la pasión; tal vez intuí la belleza de la leyenda y su profundo simbolismo, porque, a no dudarlo, en todas las viejas habitaciones, late como un reloj un corazón desolado.

Contiguo a la sala encontrábase el comedor, y luego los dormitorios que daban a un amplio patio. Aún se encuentran algunos como el de mis recuerdos. En el centro, se eleva un limonero, un aromo, o un magnolio, o lo entolda una añoza cepa de moscatel. En los intersticios de las grandes lajas traídas de la montaña, crece

la gramilla, y cantan los pájaros entre el follaje. Y hay flores por todas partes: en canteros trazados a lo largo de las paredes, en macetas, en medias cubas montadas sobre trébedes de hierro, en restos de viejos tinajones. La mujer jujeña siente pasión por las flores. Hija de andaluzas, lleva ese amor en la sangre, y aún hoy suele verse al recorrer el terruño la silueta de una joven que riega una planta.

Luego venía el segundo patio, en donde se encontraban la cocina, la despensa y las habitaciones del servicio. Un horno de barro adosado a una tapia divisoria y una gran pajarera de alambre eran sus principales ornamentos. Allí reinaba la cocinera, rodrigón temible que ejercía autoridad absoluta sobre una caterva de chinitas de todas las edades y cataduras que iban y venían diligentes como hormigas, ocupadas en tareas misteriosas. A la menor transgresión, la cocinera les echaba un sermón, y si la reprendida "lomiaba" o contestaba de mala manera, volaba con la delación a la patrona. Este asunto de las chinitas tenía sus bemoles. En aquellos tiempos era poco frecuente la criada mercenaria. La servidumbre se reclutaba entre las hijas de los arrenderos, huérfanas de peones o aparceros, pues mal que bien todas las familias eran propietarias de fundos rurales. Las patronas se sentían responsables ante Dios y ante los hombres de la conducta de sus servidoras y sobre todo de su castidad. Y cuando llegaba la primavera, el aire se entibiaba, y rompía la corteza de los árboles el impulso pujante de las yemas y los brotes, hervía la sangre de las chinitas, y era menester redoblar la vigilancia. Y no siempre se podían evitar los deslices o accidentes desagradables. La culpada era recluida en el Buen Pastor, a donde monjitas en olor de santidad, le inculcaban un saludable terror al infierno que duraba... hasta la próxima primavera.

Las pajareras y las jaulas nunca me han gustado.

Sólo la crueldad del hombre las explicaba. Seres hechos para el vuelo y la libertad, pierden su vivacidad en la estrechez del confinamiento. Su canto se convierte en lamento; sus miembros adquieren no sé qué automatismo rígido y como mecánico. Pero frente a la pajarera, encaramado en un aro de tonel que colgaba del tirante de una pequeña galería. Pedrito, un loro traído de Ledesma, hacía mis delicias. Era un acróbata consumado: subía y bajaba por el alambre en todas las posturas, cabeza abajo generalmente. No era un cautivo y podía tomar las de Villadiego cuando se le antojara; si allí estaba era porque así le venía en ganas o porque lo divertía su trato con la humanidad. Pedrito tenía un carácter extraño y atrabiliario: cuando se le pedía la patita ofreciéndole un dedo, se trasladaba a él haciendo reverencias versallescas si estaba de buen humor; si se encontraba de mal talante, acogía la invitación con un picotazo. Su charla carecía de lógica: daba noticias de Portugal sin que nadie se las pidiera; sin motivo se reía a carcajadas o prorrumpía en ayes lastimeros, y, sin mediar provocación recibía al que se le aproximaba con una serie de escopetazos: ¡pum! ¡pum! ¡pum! Tal vez el celibato le había creado un complejo freudiano.

Por fin, después del segundo patio, venía la quinta en donde se alineaban frondosos chirimoyos, limas de Persia y "pupulas", limoneros y damascos. Había además un nogal silvestre gigantesco que posiblemente vio subir a Don Francisco de Argañaraz y su hueste por las barrancas del Xibi Xibi el día en que se fundó la ciudad de San Salvador. Sus nueces, duras como piedra, nos servían para hondear a los gatos o de proyectiles cuando, divididos en rusos y japoneses, librábamos encarnizados combates a la sombra de los árboles.

En la quinta había también un gimnasio: argollas,

trapecios, barra y paralelas. Pero yo no era muy aficionado a los deportes. La quinta me seducía por sus árboles, por el aspecto de bosque que tomaba después de las primeras tormentas de verano, por la cantidad de pájaros que acudían a ella, por los innumerables insectos que la frecuentaban. A la sombra del nogal, me tendía con un libro en la mano, y la lectura trasportaba mi espíritu a mundos lejanos y maravillosos: acompañaba al polo al capitán Hatteras, erraba con los sobrinos de Grant, o visitaba, con Nemo, cementerios de coral en el fondo glauco del mar. El sol, filtrándose entre las hojas, pintaba en la página blanca trémulos medallones de luz. Arriba se perseguían los jilgueros. Cuando declinaba la tarde, una bruma dorada flotaba por sobre la cima de los árboles; abajo, la penumbra azulada iba lentamente llenándose de noche. Llegaba de la plaza el tañido de las campanas. Mi alma se anegaba en el inmenso apaciguamiento del crepúsculo. Ya anochecido volvía a las habitaciones.

Las calles del pueblo ofrecían mucho menos variedad que ahora. Las casas, con diferencia de detalles nimios, eran casi todas iguales: de un solo piso, con la puerta al centro, ventanas enrejadas, y techumbre de grandes tejas acanaladas. Un poblacho español solemne y un poco triste, pero que dejaba una impresión de solidez, de vida cimentada en sillares espirituales tan recios como los de los paredones de sus solares. La edificación no era muy compacta: en muchos sitios, entre casa y casa, corrían tapiales de adobe, de los que sobresalía el ramaje de los árboles. Las aceras, de laja o de ladrillos, subían y bajaban a su antojo. Aun existían algunos postes canteados clavados de trecho en trecho para arrendar las cabalgaduras.

No se conocía pavimentación de ninguna clase y por la calzada corrían o cruzaban las acequias. ¡Murmullos cristalinos del agua, frescura de manantial, verdor de helechos y terciopelo de musgo en plena ciudad! Sesudos galenos declararon la guerra a las acequias alegando que eran criaderos de mosquitos transmisores del paludismo. Tal vez tuviesen razón, aunque es mucho más probable que no la tuviesen. Las opiniones de los médicos varían más que las modas femeninas. Cuando yo era niño, valga un ejemplo, sostenían que comer la fruta con cáscara equivalía poco menos que a un suicidio; no ha mucho un dietista que, según dicen, es un sabio, me aconsejaba tragar las tunas sin despellejar a fin de que no se escape ni un miligramo de una cosa que llaman vitamina y a la que atribuyen las mismas virtudes que al bálsamo de Fierabras. No me atreví a preguntarle como me las arreglaría con las nueces o el maní. Lo cierto es que las acequitas, tan simpáticas, desaparecieron con el progreso que, a menudo, consiste en privar a la vida de belleza.

No existía más iluminación pública que la que se hacía por medio de faroles, alimentados a kerosene en el centro, y provistos de una candela de sebo en los arrabales. Ocupábase de su arreglo y funcionamiento el farolero, un tipo popular desaparecido. No bien comenzaba a anochecer, se deslizaba como una sombra a lo largo de las paredes, con una escalerilla atravesada sobre uno de los hombros. Cuando llegaba debajo de un farol, sostenido por un brazo de hierro incrustado en la pared de alguna casa, apoyaba en el muro su instrumento, trepaba por él con agilidad de mono, sacaba la lámpara, desenroscaba el tubo, y daba comienzo a la delicada operación de encenderla. La tarea no era fácil: ocurría a veces que se había concluído el kerosene y era menester llenarla; otras, la mecha estaba ti-

zada o los bordes carbonizados, y se hacía necesario cambiarla en el primer caso, o emparejarla en el segundo. El viento apagaba las cerillas, y todavía el buen hombre debía luchar con muchachos mal intencionados y traviesos. Estos esperaban que estuviese en lo alto de la escalera y con las manos ocupadas para tratar de derribarlo desde abajo. El farolero amenazaba, rogaba, blasfemaba. Los pilluelos no cejaban hasta dar con él en el suelo. La práctica lo había adiestrado y generalmente caía de pie. De inmediato emprendía la persecución en procura de venganza. Eran carreras locas a través de las calles, por lo común infructuosas: los rapaces eran veloces como gamos o se acogían a sagrado en algún zaguán protector. Cuando algún travieso era atrapado, el iracundo piróforo no lo soltaba hasta haberle propinado una buena tanda de cachetazos.

Semejante sistema de alumbrado no era, como puede imaginarse, nada que se aproximara a la perfección. Los vidrios se rompían con frecuencia, y la lámpara se apagaba; en el mejor de los casos, una luz vacilante y mortecina apenas si alumbraba débilmente en un radio de cuatro o cinco metros. Tales inconvenientes — si lo eran — no producían grandes molestias. En aquellos tiempos la gente se acostaba "con las gallinas", y los galanes nocherniegos, ocioso es decirlo, preferían la tiniebla discreta a las revelaciones imprudentes de la luz. Y luego la luna y las estrellas. En las grandes ciudades apenas si se nos ocurre mirarlas; en los pueblos chicos volvemos a menudo los ojos al cielo. Muy niño aprendí el nombre y la situación de las constelaciones, y me extasié en los plenilunios, en esa luz azulada que recoge y sosiega como una bendición.

El alumbrado privado se hacía, lo mismo que el público, con lámparas y candiles. ¡Qué bella y evocadora esa lámpara casera! Es símbolo de dulce intimidad de hogar. Páscoli le ha dedicado unas líneas deli-

ciosas:

"...la lampada, forse, che a cena
raduna;
Che sboccia sul bianco, e serena
su l'ampia tovaglia sta, luna
su prato di neve..."

Sí; yo también la recuerdo a la hora de la cena en el centro de la mesa. Preside el padre adusto y preocupado; la madre, solícita, vigila a la prole que empieza a dar muestras de impaciencia golpeando suavemente los platos con las cucharas. Por fin llega la criadita con la sopera humeante y cordial... Pero no todo era eglógico: los tubos se rompían diariamente, a pesar de que se les cabalgaba una horquilla en el borde superior, se los "curaba" con agua hirviendo, y hasta se los encomendaba a la protección de no recuerdo qué santo o santa milagrosos. En verano especialmente, la seguridad de las lámparas era muy inestable. Millares de mariposillas eran atraídas por la luz, y muchas pagaban su temeridad pereciendo en la llama. En estos casos, dada la vaporosa fragilidad de la víctima, el percance no tenía consecuencias; pero cuando el atolondrado era uno de esos pesados "cascarudos" de hélitros acorazados, ardía como yesca, y el tubo, convertido en un pequeño volcán, vomitaba llamas y tufaradas de humo negro y apestoso. No había más remedio que apagar el incendio y quedarse en tinieblas. Pronto se oía el palmeteo de los pies descalzos de la chinita que acudía al salvataje con candelabros.

Pero volvamos a las calles.

No eran muy transitadas. Unas cuantas derrengadas victorias, arrastradas por jamelgos escuálidos, constituían el único medio de movilidad urbana con que se contaba. A veces se encontraba una carreta de bue-

yes o un carromato tirado por mulas. Recuas de asnos llegaban de la Puna cargadas de manzanas, frazadas o panes de sal. Por lo común reinaba en el pueblo un completo silencio. A las doce, hora de salida de las escuelas, la algarabía infantil alegraba durante media hora las calles desiertas. Después, Jujuy se aletargaba en la siesta. Por la tarde, pero esto no era muy frecuente, formaba frente al Cabildo el batallón de Cazadores de los Andes, y desfilaba en dirección a la Tablada, seguido por hileras de embobados chicuelos. Otras veces la banda militar hacía música en el kiosco, y jóvenes y niñas se paseaban por las avenidas de la plaza. Era la famosa retreta.

Como aún no existían aguas corrientes, había que recurrir al aguador — lo llamábamos aguatero — para conseguir agua potable. La de las acequias y los pozos, según se decía, estaba contaminada, de manera que la que se bebía debía ser traída de los manantiales próximos a la ciudad. Tal era la misión de los aguateros que la realizaban a lomo de burro o en carros apropiados.

El aguador es un personaje conocido de antiguo en las ciudades árabes y españolas. Abundan en "Las mil noches y una noche" las canciones con que estos menestrales pregonaban su mercancía. Cervantes inmortalizó a uno de ellos en "La ilustre fregona". El que yo he conocido, dicho sea sin ofensa, no podía pretender tan alta alcurnia. No era hidalgo disfrazado de pechero por achaques de amor: era un napolitano, rechonchito y peludo a quien llamaban Camareta. Solía dar expansión a los instintos filarmónicos de su raza, cantando con voz atenorada y llena de gorgoritos, frases muy simples:

Acqua fresquita,
correte a cumprarla siñorita!

o simplemente:

¡Acqua, acqua, acqua fresquita!

Camareta era dueño de un carro formado por un tonel amarrado a los ejes de cuatro ruedas muy bajas. En la parte trasera tenía un robinete por donde se vertía el agua. Arrastraba el armatoste un rocín tordillo verdaderamente grotesco; una panza monstruosa sobre las patas enanas y verrugosas; de un ojo tuerto y del otro no muy sano, como la asturiana inmortal; por remate, unas ancas enjutas y un rabo a medio pelar; además al cuitado le faltaba una oreja. Era de índole terca y paciente: cada cinco o seis pasos, se detenía en seco. Camareta, olvidando que se trataba de un caballo o algo parecido, le gritaba:

— ¡Porco!

Pero el jaco no se ofendía por tan poca cosa: miraba socarronamente con su ojo de cíclope al furibundo napolitano, amusgaba la oreja huérfana, y meneaba el rabo fingiendo espantarse una mosca. Camareta, exasperado, rugía:

— ¡Porco maledetto!

Y tiraba del ronzal tratando de arrastrarlo. Todo en vano: el jamelgo se sentaba en las patas traseras y resistía los más desesperados esfuerzos. El gringo, pálido de furor, le daba de puntapiés en la barriga que sonaba a hueco. Pero el estoico es indiferente a los golpes, y el tordillo no se movía hasta que se le daba la gana.

Y bien: este animal me jugó una mala pasada que me enseñó, de una vez para todas, a desconfiar de los caballos y de las personas de apariencias tranquilas y, también, del estoicismo filosófico. No creo que el caballo procediera en forma tan incorrecta para conmigo por ruindad de alma o mala intención, y me siento o-

bligado a limpiar su memoria de esas tachas. Tengo para mí que lo hizo por cobardía. Sí: el miedo que, con el hambre y el amor, es una de las fuerzas primarias del mundo, fue la causa de su criticable conducta.

He aquí cómo ocurrieron los hechos: era día de asueto y me encontraba, muy de mañana, jugando en la acera que daba a las puertas de mi casa. Camareta entraba y salía por el zaguán con sendos baldes en las manos. Me aproximé al carromato, y en ese momento vi un diario tirado en el suelo. Lo alcé distraído, y comencé a hacer con él una pelota. El diablo sin duda me inspiró la idea de arrojársela al tordillo. No bien lo hice, el rocín que no respondía al látigo, a las patadas ni a los palos; él, el manso y el pacífico, que en toda su vida no había dado un trote siquiera, emprendió una huída vertiginosa. El carro daba saltos locos en los baches; la gente corría despavorida a guarecerse en las aceras y unos chiquillos que andaban por ahí cerca, pegaron fuego; una vieja beata que volvía de la iglesia se persignó, y recogiéndose las faldas, echó a correr exhibiendo unas gruesas pantorrillas forradas en medias rojas cebradas de verde. Para colmo, los perros vagabundos del barrio, organizados en jauría, dieron caza al fugitivo ladrando como condenados. Rasgaron el aire las pitadas de un vigilante. Parecía que se había producido un terremoto.

Camareta, desolado, corría en pos de su carro, con los brazos en alto, pidiendo a gritos que detuvieran al caballo enloquecido; pero sólo alcanzó los restos del aparato, porque el tordillo, sin dejar la carrera, le menudeaba coces a dos patas. Primero se quebraron las varas, y luego, el tonel, rotas las ligaduras que lo fijaban a los ejes, rodó por el suelo, y vertió en el polvo el líquido precioso. Por fin el energúmeno fue detenido por un vigilante, y todavía el muy infame bufaba, se espantaba y hacía otras monadas impropias de su

edad, sus buenos antecedentes y su catadura.

Yo tenía la esperanza de que Camareta no hubiese advertido mi travesura, pero no fue así. Momentos después se presentó en casa, y me entabló demanda ante mi padre:

— ¡E il bambino! — repetía. — Non so che fare. ¡Sono ruvinato!

— Vamos, vamos, no te desesperes, Camareta — respondía mi padre. — ¿Cuánto costará la compostura de tu carro?

Pronto llegaron a un acuerdo, y los daños y perjuicios ocasionados por mi imprudencia le fueron indemnizados. Cuando el gringo se marchó, mi padre me echó una raspa memorable. Salí amohinado a la puerta de calle. Camareta, a unos pasos de allí, palmeaba al tordillo que había tornado a ser el animalejo humilde y manso de siempre. Indignado le saqué la lengua y le grité:

— ¡Porco!

Pero él no se dió por aludido.

Tipos populares en aquellos tiempos eran también los opas. Recuerdo especialmente a dos: Jaralala y Epifanio.

Era el primero de menguada estatura, jiboso, grotesco, de una fealdad de gárgola medieval, pero apacible de ánimo y de inagotable paciencia. Se encogía de hombros ante las burlas, y rodeado de pilluelos que lo befaban, atravesaba el pueblo ocupado en sus menesteres más variados. Jaralala no mendigaba, sino que se ganaba honestamente la vida: repartía diarios, cobraba cuentas, y hasta servía de empresa de mudanzas. Más de una vez lo he visto pasar convertido en cariátide bajo el peso de un sofá o un armario. Por otra par-

te, no hablaba jamás.

Epifanio era muy distinto: de raza negra, alto, la barba ensortijada y canosa. Caminaba como trotando, siempre desgreñado, rotoso y mugriento. Musitaba eternamente una cantinela ininteligible. Papelucho que encontraba lo recogía, y parecía ensimismarse en su lectura; luego lo arrojaba lejos de sí y continuaba su camino canturreando. Esta particularidad le había creado una leyenda. Se decía en el pueblo que, en otros tiempos, había sido hombre rico y que, por causa de un pleito, vino a menos y enloqueció. Su manía de examinar papeles procedía, según esos díceres, de que buscaba la prueba que lo restituiría a su antiguo esplendor. Ignoro lo que pudiera haber de cierto en esas habladurías, pero a más de cuatro han entontecido y arruinado abogados, procuradores y jueces.

Epifanio era la mansedumbre misma mientras no se aludiera a su apodo. Y sin embargo, este no tenía nada de ofensivo. Le llamaban "varilla de jabón". Apenas lo oía, su rostro se convulsionaba, y poseído de furor, cogía la primera piedra que hallaba a mano y la arrojaba con todas sus fuerzas a la cabeza del atrevido. Lo más prudente era huir y ocultarse, pues es sabido que es muy peligrosa la cólera de los opas. Es un milagro que no haya muerto a nadie; tal vez el hecho se explica porque sus ofensores eran chiquelos que corrían más rápidamente que él, y que no le sacaban a relucir el apodo sino a respetable distancia.

Los pobres opas han desaparecido: la mayoría de ellos ya no está en este mundo, y los que quedan, han sido recluídos en asilos. La ciudad ya no los necesita y los olvida. Ya no hay aceras que desyerbar, ni "tigres" que sacar. Hace poco averigüé a cierta prima mía (presidenta honoraria o efectiva de cuanta sociedad protectora de opas, perros o pájaros hay en Jujuy) acerca de Gervasio, un opa místico que solía rondar por con-

ventos e iglesias provisto de un látigo para espantar canes y muchachos, y supe que languidecía viejo y enfermo en un hospital. Tal vez el infeliz ya haya pasado a mejor vida.

— ¿De manera que ya no habrá más opas? — me pregunta un malicioso que lee estas líneas.

— Poco a poco, señor mío — le respondo. — Si tiene usted paciencia para seguir leyéndome, ya lo sabrá. Y a fe que el tema es tentador, y no atañe solamente a Jujuy, porque se trata de asunto de interés universal. Perdóneme usted la disgresión que sigue, y, si la cuestión le interesa, léala, y si no quiere hacerlo, no lo haga, con lo que nada perderá.

Fue en las vacaciones que en el año 193... pasé en Jujuy.

Estábamos, Hugo Nelson y yo, bebiendo un cocktail en el Club de Tiro y Gimnasia. Hugo es médico, hijo de ingleses, cultor apasionado del "humour", invento o hallazgo de su raza. Gusta hablar, cuando lo hace de burlas, en estilo grandilocuente, subrayado con solemnes gestos oratorios. Ama la paradoja por lo que tiene de ingeniosa, y conoce demasiado a los hombres para no reírse de ellos, lo que, según él, es más ofensivo y elegante que el desprecio o el odio. Esto en abstracto, porque en las miserias, errores y aún delitos concretos e individuales, se muestra invariablemente comprensivo, tolerante y humano. Conozco a Hugo desde la infancia, pues ha sido mi compañero de colegio, de manera que estoy acostumbrado a seguir y hasta a adivinar el curso de sus pensamientos y me doy maña para conducir el diálogo en el sentido que me interesa.

Aquella tarde hablábamos de las transformaciones que ha sufrido la ciudad de Jujuy de unos años a esta parte.

— No cabe duda — dije — que, a pesar de todas nuestras desventajas, hemos progresado de manera notable. Cuando éramos niños, en este mismo sitio, no existían más que malezas y muladares. Hoy nos encontramos en un edificio cómodo y hasta lujoso, disponemos de magníficas piletas de natación, canchas de tenis, sala de armas, bar, y pronto, según he oído, será inaugurado un campo de golf.

— Es verdad.

— ¿Quién fue el promotor de esta obra?

— Un coronel o comandante retirado; no lo recuerdo bien, pero se apropió del mérito de la iniciativa Críspulo Salvatierra.

— ¡Críspulo Salvatierra!

— ¿Y de qué te asombrás? Críspulo ha sido gobernador.

— Reelecto.

— Diputado nacional.

— Reelecto.

— Senador nacional.

— ¡Lo reelegirán!

Reímos.

— ¡Y pensar — dije — que no ha habido porro igual a Críspulo en toda la provincia! ¡Curioso mundo es éste!

— El mundo es como debe ser: el incomprensivo eres tú. Lo que ocurre en él, y posiblemente en todos los mundos habitados por antropoides más o menos semejantes a los que pueblan la tierra, es perfectamente razonable, y natural: se trata del cumplimiento de una ley tan valedera como la que rige la caída de los cuerpos.

— Vamos, no disparates, hombre.

— Jamás he dicho cosas tan serias, verdaderas y profundas.

— Explícate.

Hugo calló por unos momentos. Luego me preguntó:

— ¿Has leído cierto artículo que escribió tu amigo Juan Carlos Dávalos, titulado "La decadencia de los opas"?

— Sí — respondí —; es una composición excelente, llena de humorismo de buena ley. ¿Pero a qué viene eso?

— Ya verás. En primer lugar el título, considerado en abstracto, es de una falsedad manifiesta e irritante.

— No entiendo.

— Sin embargo lo que digo es clarísimo. ¿A qué clases de opas se ha referido Dávalos? A Tres-tres, Vivorón y otros tan inofensivos como útiles. En Jujuy hemos tenido a Jaralala y Varilla de Jabón que podrían dar quince y raya a sus émulos salteños. Esa especie de opas, producto de insuficiencias glandulares, no sólo ha decaído, sino que ha desaparecido como los grandes saurios, el gliptodonte y el mamouth, pero eso no autoriza a hablar de la decadencia de los opas en general. El relato de Dávalos, desvinculado de su época, su ambiente y las circunstancias concretas que lo explican, es... casi me animaría a decir que una herejía que la Santa Inquisición, si existiese, no hubiera tolerado en silencio ni dejado pasar sin el merecido castigo.

Creí que Hugo se había excedido en los cocktails, y lo observé un poco alarmado. El comprendió de inmediato y rió a carcajadas. Después prosiguió:

— No; ni siquiera he concluído el primero. Además es imposible saber cuando un inglés está borracho. Nuestra magnífica raza no se deja ablandar ni perturbar por el alcohol. Un débil latino, a la segunda copa, habla lo que no debe; a la tercera, gasta lo que no tiene; a la cuarta, da con sus huesos en

el suelo si alguien no se lo impide. Con nosotros ocurre al revés: a medida que bebemos, y sobre todo si se trata de whisky, nos endurecemos. La vigésima libación nos pone rígidos como vara de hierro, y más silenciosos y tacaños que nunca. Esto explica, tal vez, el éxito político y militar del Imperio. Pero, ¿de qué estábamos hablando?

— No sé qué tonterías decías sobre los opas y la Inquisición.

Hugo continuó en tono oratorio:

— ¿Sabes que es cosa brava y sería afirmar, así como así, que sea posible la decadencia de los opas? Desaparecen los pueblos, caen los imperios, se hunden las civilizaciones, pero los opas continúan floreciendo y multiplicándose; su simiente bendita sobrevive a los cataclismos históricos y geológicos. Desaparecerá cuando la vejez hiele a la tierra, si antes no choca en su camino, y se disipa hecha fino polvo estelar en el espacio infinito...

— Hasta ahora no haces más que divagar. Nada de lo que has dicho explica el éxito de los Crispulos.

— ¡Paciencia, hombre, paciencia! A ello voy.

— Adelante, entonces.

— El opa no provoca resistencia porque no despierta envidia. No estorba seriamente ni en la tierra ni en el cielo. Es humilde, inofensivo y necesario. Sin él la vida sería mucho más peligrosa y menos entretenida.

— Simples afirmaciones de dudoso gusto. Sigues fuera de la cuestión.

— Pues ya que eres incapaz de seguir un razonamiento tanto más sutil e inteligente cuanto más desordenado en apariencia, voy a proceder con método. Los éxitos del opa comienzan en la escuela: es el alumno tranquilo y ovejuno preferido por la maestra. Tampoco tropieza con dificultades en los colegios y u-

niversidades, indulgentes institutos sostenidos por el país con el objeto de diplomar anualmente bachilleres y doctores a condición de que no den muestras de originalidad o de talento. Como padre de familia, el opa es un modelo. Se casa cuando le conviene y con quien le conviene, pues tiene la dicha de ignorar la pasión. Es marido manso y prudente, casero y fiel. Es cosa averiguada que los hombres superiores han sido pésimos maridos, y han hecho mártires a sus mujeres.

— Te olvidas de Jantipa.

— Es una víctima de la calumnia; sólo conocemos al Sócrates que nos describieron Jenofonte y Platón, pésimos testigos para el caso. ¿Cómo puedes imaginar que podía ser una mujer cuyo marido no tenía más oficio ni beneficio que vagar por las calles de Atenas ocupado de partear almas? Y a estar al mismo Platón, ¿no resulta de El Banquete que no disgustaba al sabio pasarse sus nochecitas de juerga? ¿Y sabes tú qué manías, caprichos y rarezas adornaban al filósofo?

— Es posible que Sócrates fuera algo vago y mal entretenido — dije yo, divertido por el rumbo que tomaba la conversación y la facundia de Hugo.

— Sigamos a nuestro opa a la vida pública. Desde luego será popular, amado de las turbas, admirado por las muchedumbres. Es un lugar común que el hombre sólo admira lo que le es semejante, y como, según decía ese ingenioso fraile Gracián, son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen... ¿Está claro?

— Clarísimo.

— Prosigo: el opa es insustituíble para el gobierno por la sencilla razón de que no gobierna. Los vivillos que lo hacen por su cuenta se encargan entonces de prodigarle los epítetos más cariñosos: le llaman "hombre serio", "sensato", "equilibrado". En el Congreso, el opa encuentra su refugio natural y presta servicios

innegables, puesto que aprovecha la oportunidad para conseguir empleo a sus parientes de todas las ramas, conducta prudente que le granjea el aplauso de las personas discretas y previsoras, amén del agradecimiento de los favorecidos. El cargo de juez, le corresponde de pleno derecho, porque jamás cometerá la locura de hacer justicia, aventura peligrosísima en todo país que aspira a la estabilidad y a la organización. Será un gran profesor porque nunca, ni en broma, se le ocurrirá enseñar nada que no sea un lugar común, y como tal, aceptado y aplaudido por la mayoría.

Ya dispuesto a seguir la broma hasta el fin, añadí por mi parte:

— El opa tiene otras cualidades sobresalientes que olvidas. Sabe disimular, sufrir y callar cuando le conviene; adoptar aires solemnes y soltar sandeces con voz cavernosa y ademanes académicos.

— Eso ya iba implícito en lo que hasta ahora te he dicho, pero como advierto cierta burla en tus palabras, ahora te daré la contraprueba, es decir, que te demostraré que el hombre superior no puede ni debe tener éxito en la vida, por lo menos lo que vulgarmente se llama éxito.

— Eso ya es más difícil.

— Al contrario, es tan evidente que me asombra que a tus años no sepas estas cosas.

— Te confieso que no se me había ocurrido ahondarlas.

— Pereza intelectual, *my dear*.

— Seguramente.

— Empezaré por algunas consideraciones de orden general, biológicas si prefieres llamarlas así. Es indudable que la vida no se interesa por la existencia ni la perfección del individuo sino en lo estrictamente necesario a sus fines misteriosos. Lo que parece preocuparle es la especie. Por consiguiente dota a cada ma-

mífero humano de la cantidad indispensable de caletre para ir tirando y reproducirse. De ahí que los opas se produzcan por series, como mercancía de pacotilla, y de ahí que el hombre de talento sea una equivocación de la naturaleza y el genio una monstruosidad.

— Teorías.

— Hechos probados.

— Sigue.

— Y bien: biológica y espiritualmente el hombre superior es una originalidad, una rareza, destinada por lo mismo a darse de cabezadas con el medio. Es sencillamente insufrible y repugnante. Siempre está fuera de tono, aislado, contra todos. Su destino, como el de los cóndores, es vivir en la soledad desolada de la altura. Y ni siquiera, imprudente nato, se toma la molestia de ocultar su superioridad.

— ¡Esta es buena! ¿Por qué habría de ocultar su genio el hombre que tuviese la dicha de poseerlo?

Mi amigo fingió enorme sorpresa.

— ¡Pero es increíble! ¡Eres un chiquillo o una jovencita tonta recién salida del Sacré Cœur!

— Muchas gracias.

— No hay por qué. ¿Pero que no has caído todavía en que tener talento, aunque sea mediano, constituye una ofensa, un insulto personal hecho a los opas en general y a cada opa en particular? Supongo que has leído El Quijote.

— Muchas veces.

— ¿Recuerdas al bachiller Sansón Carrasco?

— Perfectamente.

— Y bien, ¿en qué molestaba ni ofendía a ese mentecato la locura generosa del talentoso caballero? ¿Por qué desde que lo conoce se mofa innoblemente de él y ya, *in peto*, se propone molerlo a palos? ¿Y por qué no ceja hasta conseguirlo? ¿No has advertido el sentido simbólico de todo eso?

— Déjate de símbolos.

— Volvamos al tema. El hombre superior es propio enemigo. No le interesa la acción porque es un contemplativo. Sabe que los fines que preocupan a la mayoría de los mortales, son miserias indignas de tomarse en consideración. Vive torturado por el anhelo utópico de lo bello, lo absoluto y lo perfecto. En la práctica de la vida es, por eso mismo, desmañado y torpe como el albatros de Baudelaire. ¿Y cómo puede un hombre así ser gobernador, legislador o juez? Si gobierna, la chilla será general porque pretenderá lavar la cara a los niños; si llega al Congreso, se convertirá en una pulga en el oído. ¡Imagínate un diputado ocupado del bien del país! ¡Sería un caso de manicomio! Y si alguien cometiera la locura de hacerlo juez, resultaría un "enfant terrible", como ese francés estrafalario de Chateau Thierry que dio tanto que hablar.

— ¿Magnaud?

— El mismo.

— ¿Para qué traías a cuento la Inquisición hace un momento?

— Vamos, hombre, parece que te has vuelto tonto de remate. El asunto es clarísimo. ¿No recuerdas que Dios, por boca del Hijo, llamando cortesmente a los opas "pobres de espíritu", les hace el regalito del reino de los cielos después de haberles entregado, aunque sin decirlo, el de la tierra? ¿No resultan así los opas la obra favorita de Dios? ¿Y no ves que apesta a blasfemia herética eso de suponer su decadencia?

Saqué el reloj y vi que eran cerca de las diez de la noche.

— Vamos — dije a Hugo. — Has disparatado hasta por los codos.

— ¡Bah! Hemos pasado el rato. Y tal vez te haya proporcionado tema para un ensayo o un artículo, ya que te sientes feliz escribiendo tonterías. Podrías ti-

tularlo "El elogio de un opa hecho por un opa". Y no dejes de citarme, porque me interesa aparecer como su apologista.

Ya de pie agregó:

— No lo olvides. ¡A lo mejor me eligen senador!

* * *

Dejemos a los opas gozar en paz de su reino terrestre y celestial, y volvamos a Jujuy.

Los viejos recordarán sin duda a doña Benita del Barco, personaje interesante y simpático, que desempeñó en su tiempo la delicada función de combatir la canícula mediante sorbetes exquisitos que expendía en forma ingeniosa y original.

Era propietaria doña Benita de la Heladería Argentina, situada en donde hoy se levanta el edificio de la Biblioteca Popular. No bien acababan de cuajarse los famosos helados, se izaba en la puerta del pequeño comercio una banderita de tela roja. Este modo de anunciar la mercancía se explica, porque en aquellas épocas no existían fábricas de hielo, el cual se traía a lomo de asno de las laderas del Chañi, a algunos miles de metros sobre el nivel del mar, de manera que no siempre era posible conseguirlo. Era, pues, la banderita símbolo de frescura y señuelo de chicos golosos.

La entrada de los asnillos cargados de panes de hielo cubiertos con la dorada paja de los cerros, constituía, por sí solo, un espectáculo interesante. Los animalitos, apenas entraban a poblado, parecían olvidar la fatiga de la dura travesía, para dedicarse a curiosear, observar, acaso a reflexionar sobre las cosas extrañas que veían. No se me ha borrado la imagen de un burrito que, trepado en una cerca, contemplaba ensimismado las telas expuestas en un escaparate. El arriero lo zurraba de lo lindo con un torzal de lana, lo injuriaba, y le daba de empellones; pero el borrico me-

neaba las orejas y la cola y no se movía. Más podían en él el amor al conocimiento y la contemplación que los azotes. Era, así, un símbolo y un ejemplo.

El asno es un animal muy simpático. Injustamente se lo ha elegido para personificar la tontería, pues es sagaz, perseverante, paciente, y sabe vivir y prosperar donde otros perecen. No es ni más ni menos inteligente que otro mamífero cualquiera. Sospecho que esta actitud humana, agraviante para el jumento, es una majadería moderna. Los antiguos amaban y respetaban al asno. El divino Homero, que llama cobarde al caballo, lo eligió para compararlo a Ayax, el héroe invencible; tanto lo estimaban los hebreos que lo hicieron cacabalgadura de sus profetas; los primeros cristianos le otorgaron el honor insigne de transportar sobre sus lomos a la Virgen y al Niño en su huída a Egipto, y el mismo Jesús se sirvió de él para su entrada triunfal a Jerusalén.

Doña Benita recibía a los arrieros en la acera a fin de vigilar la descarga de los preciosos panes de hielo. Rodeábala un lucido estado mayor de chinitas auxiliares que no perdían pisada a los vendedores con el fin de que, en un descuido, no se echaran algo al bolsillo. Los "collas", como se llama en Jujuy a los habitantes de la Quebrada de Humahuaca y de las serranías, tienen fama de ser leguleyos y poco escrupulosos. Doña Benita, conocedora de la flaca naturaleza humana, sabía que la ocasión hace al ladrón, y evitaba, por medio de sus avispadas centinelas, los peligros de la tentación.

Luego venía el inevitable regateo, la lucha eterna entre vendedor y comprador. Los arrieros pretendían altos precios; doña Benita pagar lo menos posible.

— Bien fierito está el hielo, marchante — argüía; — mejor estaba el que me trajo días pasados.

— No digáis, patroncita. Ma vélo: tá bien clari-

to y heladito — contestaba un colla levantando un pan de hielo a la altura de las narices.

Doña Benita encontraba invariablemente que pajuelas y suciedades se habían introducido en el cristal. Además, bastaba tocarlo, el hielo no estaba lo suficientemente frío:

— ¡Está tibio, marchante!

— No ha'i ser, patroncita, ma tocálo aquí...

— ¿Y a cuánto la carga?

— Dos pesos ha i 'star valiendo.

— ¡Jesús me favorezca! ¡Qué barbaridad!

— Y si no es fácil sacarlo, patroncita. Aura con la calor la nieve 'sta muy arriba, y a ocasiones el cerro 'sta enojao...

Cuando las partes se avenían había pasado cerca de una hora.

La heladería tenía un saloncito que daba a la calle. A lo largo de sus paredes alineábanse hasta una media docena de mesitas cubiertas con vistosos y limpios manteles a cuadros azules. Un florero con llamativos malvones o virreinas, colocado en el centro, les servía de adorno. El piso, formado de grandes ladrillones amarillentos a medio coser, estaba siempre copiosamente regado para evitar el polvo y el calor. Una puerta interior ponía a la salita en comunicación con una galería en la que reinaba con autoridad indiscutida y absoluta doña Benita. Allí se fabricaban los famosos helados. El hielo, cubierto con sal gruesa y aserrín, era colocado en una bordalesa cortada más o menos a la mitad rodeando un garrafón al parecer de zinc que se hacía girar incansablemente. Un mirlo de obscuro plumaje y pico blanquísimo, encerrado en una jaula de madera, alegraba la faena trinando hasta quedarse ronco, y en un nicho abierto en una de las paredes una imagen de San Antonio, constantemente iluminada por candiles, protegía, en representación del cielo, la la-

bor humilde y noble de la piadosa heladera. Una tupida enredadera, que ya en el mes de septiembre se cubría de blancos y perfumados jazmines, separaba a la galería de un inmenso patio interior.

Doña Benita personalmente fabricaba sus helados. Como era muy baja y gruesa, parecía estar de pie sobre la silla que le servía de trono. Un perrito bayo de hocico negro y cola enroscada, se agazapaba detrás de ella, y llevaba furiosas acometidas al osado que penetraba en el suelo sagrado de la galería. Se llamaba Clavelito y más de una vez me clavó los colmillos en las pantorrillas.

La venta de helados se hacía de dos maneras: en el local de la heladería y en la calle. En el salón se los servía en conchitas de vidrio verde o azul: una "grande" por veinte centavos y una "chica" por diez. Para variar se podía elegir entre leche y canela. Más de una "chirola" he hurtado en mi casa para darme el placer de paladear un "grande" de canela, amén de la "yapa" que doña Benita generosamente me concedía otorgándome el insigne privilegio de lamer el cucharón de palo con que mecía el exquisito contenido de la garrafa.

La venta callejera se hacía por medio de muchachos que se reclutaban en los arrabales. Ataviábalos doña Beñita con un delantal blanco o azul. No carecía la buena señora de humorismo, pues recuerdo que se complacía en atar a algún grandulón un mandil que apenas le cubría el ombligo, mientras obligaba a los retacones a endilgarse uno que les llegaba a los pies. Luego los proveía de sendas bandejuelas en las que se colocaban seis o siete altas copas rebosantes de helados. La primera salida se hacía siempre en conjunto. Los muchachos se alineaban militarmente a fin de escuchar las últimas recomendaciones de doña Benita:

— Han de gritar bien fuerte y han de decir ver-

sos bien lindos — les encarecía.

Entonces una chinita izaba la bandera roja, y la caterva ganaba la calle chillando:

¡Heladitos de la calle San Martín,
Al que me compre le daré un jazmín!
¡Heladitos de canela fina
para la niña argentina!

Cuando los vendedores topaban con alguna persona que conocían, no dejaban de ofrecerle el helado incluyendo su nombre en la coplilla:

¡Heladitos para don Miguel,
Si me compra le daré miel!

La clamorosa salida de los muchachos producía una pequeña conmoción. Asomaban ávidas criaditas en los portales; escolares golosos corrían detrás de los vendedores, y hasta algún campesino acalorado bajaba de su caballo para saborear despaciosamente en una esquina la leche o la canela helada con nieve del Chañi que podía ver, allá en el fondo de la calle, con un telón de terciopelo azul festoneado de blanco.

La última vez que vi a doña Benita, siendo ya hombre, la encontré muy envejecida y achacosa. Padecía de reumatismo. No respiraba bien. Molestábanla ahogos y sofocos frecuentes y se encontraba sola. La jaula del mirlo estaba vacía, pues el pájaro había muerto. Clavelito también había dejado de existir. No se veían chinitas. Sólo San Antonio se conservaba joven, sonrosado y apuesto, siempre iluminado, y cubierto con un trozo de tul para librarlo de las empresas de las moscas.

Doña Benita se quejaba amargamente de los tiempos y la pobreza:

— Haciendo dulces apenas voy tirando — decía. — Y como estoy vieja y enferma, las cosas andan mal, muy mal. A la gente de hoy sólo le gusta lo que se trae de Buenos Aires.

La Heladería Argentina, única y célebre en su época, se había cerrado arruinada por la competencia de las confiterías modernas y las fábricas de hielo.

Mientras charlábamos, y trataba de consolarla, descubrí que doña Benita esperaba mejorar su suerte ganando una lotería que creía segura porque contaba con ayuda de los santos. Había hecho una promesa a San Salvador, patrono de Jujuy, y otra a San Antonio que, según su juicio, era el más milagroso de los bienaventurados, pues no solamente realizaba la hazaña al parecer increíble de procurar marido a mozas feas o algo entradas en años, sino que también ayudaba a encontrar los objetos perdidos, e intervenía eficazmente en sorteos de rifas, tómbolas y loterías.

— ¿Y cuántos números ha jugado, doña Benita? — le pregunté.

— Ninguno, niño; la gracia está en sacarse la lotería sin comprarla.

— ¿Cómo?

— Y... de alguna manera. Cuando los santos se proponen...

— Tiene usted razón — respondí. — En todo caso la ilusión vale más que una lotería. Y usted la adquiere sin gastar ni un centavo.

— Así es — me contestó, creo que sin comprenderme.

Agregué:

— Y además, deja usted la puerta abierta para culpar a los santos si es que no pueden o no quieren escuchar sus ruegos, y eso me parece muy sabio y razonable, porque hay que cuidar el buen nombre y crédito de la corte celestial.

Doña Benita me miró llena de desconfianza, y exclamó:

—¡Ay! Lo que dice este niño. Si parece masón...

En el pueblo había un solo inglés: el señor Horacio C. Pemberton, universalmente conocido por míster Pemberton.

La impresión más saliente que a todos producía era la de velocidad. Voy a explicarme. Los criollos, y especialmente los del norte, son cachazudos y enemigos de apresuramientos tanto en lo espiritual como en lo físico. Las cosas, si se hacen, han de hacerse despacio, bien maduradas y rumiadas y vueltas a rumiar. Nada, en realidad, es verdaderamente urgente. Todo puede esperar, y si el tiempo tiene alguna importancia, es porque, dejándolo correr, él solo se encarga de arreglar asuntos y problemas a primera vista insolubles. En Jujuy, por aquellas calendas, hasta los noviazgos duraban lustros, y a veces morían dulcemente, como por inanición, prueba evidente de la bondad de tan sensata actitud ante la vida, porque todo matrimonio es un salto que se da en el vacío. Y si nunca o tarde, miel sobre hojuelas.

Nadie, pues, caminaba de prisa, sino ló más lentamente posible. Las calles, muy empinadas en algunos sitios; la altura que enrarece el aire y dificulta la respiración, y resabios de ese paludismo latente (chuscho opa) que ablanda los músculos y sume al espíritu en una laxitud próxima al nirvana, eran otras tantas causas que predisponían a la pachorra.

Míster Pemberton hacía el efecto de un huracán. Como buen inglés, pensaba que el tiempo es oro, y cruzaba a rápidas y largas zancadas las calles del pue-

blo, muchas veces seguido de su prole que debía correr a todo correr para mantenerse a su lado. El que mejor notó y comentó esta característica, fué un cierto don Luis, gaucho puestero de Juan Galán, calmoso entre los calmosos, quien recordando a míster Pemberton, lleno de admiración exclamaba:

— ¡Hombre tremendo don Horacio! Dos trancos... ¡juera, se 'ha acabao la cuagra! Dos chupones... ¡juera, se 'ha acabao el cigarrillo!

El hombre pensaba vagamente en el relámpago.

Mis recuerdos infantiles asocian a míster Pemberton con libros maravillosos y con el estreno del cinematógrafo.

Cierta vez que fui a su casa, siendo muy niño, sus hijos se entretenían en hojear uno de esos grandes "books for children" ilustrados que sólo en Inglaterra se hacen, y que son exponentes del cuidado, la preocupación y el amor que la raza anglosajona siente por los niños. El libro era muy voluminoso y debía referirse a fábulas de animales, porque recuerdo que una de sus láminas representaba un cocodrilo vestido de etiqueta que hacía una gentil reverencia a una rana ataviada como para un baile, la cual acogía la fineza del galán con la sonrisa entre remilgada y alentadora que corresponde a una rana bien educada en trances semejantes. En la parte inferior del cuadro, en letras rojas muy grandes, se leía el diálogo de los personajes, que míster Pemberton nos tradujo, pero que desgraciadamente he olvidado. Si es verdad que las impresiones experimentadas en la infancia deciden de nuestros gustos posteriores, es posible que de la admiración que ese bello libro me produjo, haya nacido mi amor por la literatura inglesa. Cuando fui mayor, míster Pemberton, halagado, lo fomentó, y me obsequió una finísima edición de los sonetos de Shakespeare que guardo como un tesoro.

Por aquellos tiempos ocurrió en Jujuy un acontecimiento que bien se puede calificar de histórico: llegó el cinematógrafo. Se anunció una función en tres actos en el teatro Mitre. Nadie quedó sin concurrir a admirar el prodigio. Las películas apenas si duraban un cuarto de hora o veinte minutos. Una de ellas representaba un cadete de marina que fumaba un cigarro de hojas que le producía ansias, trasudores y bascas; otra, la persecusión de un ratero por un vigilante tan obeso que parecía una enorme pelota; en el segundo acto se anunciaba una película en colores titulada "El reino de las hadas", que el programa calificaba de obra maestra de la cinematografía y hacía notar, cosa inaudita, que se trataba de una cinta de mil metros. De más está decir que era necesario tener una vista de águila para distinguir algo, pues las imágenes, atacadas de baile de San Vito, saltaban como endemoniadas.

Dio la casualidad de que me encontrara en la platea cerca de mister Pemberton y sus hijos, de manera que podía escuchar su conversación. En la pantalla un oscilante letrero decía: "Un adorador de Baco", y acto contínuo un borracho se tambaleaba, y se daba de porrazos contra un farol, con gran contento, risas y palmoteos del público. Mister Pemberton aprovechó la oportunidad para sondear los conocimientos mitológicos de sus hijos.

— ¿Por qué dice un adorador de Baco? ¿Quién fue Baco?

Los interrogados guardaron un prudente silencio. Mister Pemberton se dirigió entonces al mayor de sus hijos:

— ¡You, Severus!

Severus, después de rascarse preocupado el colodrillo, empezó:

— ¿Baco? Esté... esté... No me acuerdo!

Mister Pemberton se dirigió al menor:

— ¡You, Hugh!

Hugh, ni siquiera sabía de lo que se trataba. En aquel momento se había prendido la luz, y el chiquelo, con el índice sobre la punta de la nariz, seguía las evoluciones de millares de maripositas que revoloteaban en torno de los arcos voltaicos. Cuando se le repitió la pregunta, resultó que tampoco había oído hablar del alegre dios de los pámpanos y la beodez. Entonces, mister Pemberton, que sabía su Bulfinch, explicó:

— Baco, llamado Dyonisos por los griegos...

Era conmovedor su afán por enseñar a sus hijos.

Años después me encontraba con mister Pemberton en una casa de campo. Debajo de un emparrado, leíamos "La Nación". "Los primeros cien mil", cuyas heróicas peripecias ha contado tan bellamente Ian Hay, acababan de ser batidos en Mons, Charleroi y Namur. Mister Pemberton escuchó la lectura impasible, y exclamó:

— No tiene importancia. ¡Inglaterra vencerá a Alemania metódicamente!

Esa es la fe ingenua y profunda que crea los grandes imperios; es la que transforma las derrotas en victorias; es la que engendró a los Nelson y los Marlborough; es la que yo anhelo para los hombres de mi país, en su mayoría cínicos y descreídos.

La vida era simple, sencilla y pobre. Esto último relativamente proque las necesidades eran muy pocas. Y es sabido que hay dos maneras de ser rico: una, tener mucho dinero: y otra, no tener deseos inmoderados y superfluos, casi siempre producto de la estupidez o la vanidad. La gente no ambicionaba entonces

automóviles, viajes a Mar del Plata, ni francachelas cotidianas en "boites" o sitios peores. Las mujeres no habían oído aun aquello de "vivir su vida", no obstante que la vivían con abnegación y dignidad más para los otros que para ellas mismas. El hogar era una realidad; algo vivo, respetado y eficiente; los vínculos de familia algo sólido y sagrado.

Los hombres tenían su club, al que asistían por las noches, y la botica de don Paco Zelaya, un tucumano honorable y bondadoso a carta cabal, en la que se reunían por las tardes. Allí, mientras el dueño despachaba unos sellos de quinina o una dosis de aceite de castor, se guizaban las candidaturas, se discutían los proyectos de leyes, se hablaba bien o mal del gobierno, y se comentaban los sucesos diarios. Yo no asistía, debido a mis pocos años, a juntas tan importantes, pero he oído relatar a los mayores que también solía hablarse de mujeres, y que las niñas no gustaban pasar por la acera que daba a la farmacia, temerosas de que algun vejestorio confianzudo les expresara su admiración en forma de piropos demasiado entusiastas...

Los acontecimientos más importantes para mí eran la llegada del circo Raffeto o de la compañía dramática Cordero. La "niña de la bola", el "equilibrista y tragaespadas japonés", y el "niño sin manos", eran seres míticos caídos quien sabe de qué astro esplendoroso a esta tierra prosaica y aburrida. El teatro me entusiasmaba todavía más, y oí enajenado a doña Soledad Pestalardo en su papel de doña Inés, y a Cordero en el de loco Dios. Escuché también una vez, a hurto de mis padres, a Tallaví en los Espectros de Ibsen, y no pude dormir en una semana sin que horrendas pesadillas turbaran mi sueño.

Pero nada comparado al encanto de las vacaciones. ¡Montar a caballo, no tener que pensar en deberes escolares, leer y soñar en las umbrías al lado de

las corrientes! ¡Trepar a los árboles, escuchar la charla de los peones junto al fogón, descubrir con ojos azorados e inocentes las maravillas de la vida que, en el campo, a cada paso nos salen al encuentro! ¡Y luego esas montañas azules que por todos los rumbos cierran el horizonte en tierras jujeñas! ¡Y los chapuzones en los claros remanso de Chucupal! ¡Y la infaltable tormenta con granizo el día de Santa Bárbara! ¡Y el sol después del aguacero sobre la tierra vibrante y feliz! ¡Y las noches estrelladas estremecidas de rumores, azules de luna!

Mi padre poseía una pequeña granja llamada La Quinteja en el departamento de El Carmen, en donde pasabamos el verano. A pocas cuadras de allí, en un sitio denominado El Chamical, vivía don Serapio de Tezanos Pinto, uno de los hombres más interesantes y representativos que conocí en mi infancia. Nos vinculaba a él un parentesco bastante cercano, pero más unidos le estabámos por una vieja amistad que venía de los antepasados, y que hemos conservado los hijos con inquebrantable firmeza y profundo afecto.

Era don Serapio el prototipo del gran señor provinciano de su tiempo, un patriarca de autoridad indiscutida en varias leguas a la redonda, uno de los últimos sobrevivientes de esos encomenderos cristianos con que los monarcas españoles trataron de labrar la felicidad de América. Es verdad que el régimen fracasó en la práctica y que el encomendero llegó a personificar las expoliaciones y abusos de la conquista, pero no lo es menos que los hubo piadosos, caritativos y humanos. Y de esos últimos descendía don Serapio. Su casa de El Chamical ha sido y es, por tradición, refugio de desamparados, hogar en donde nunca falta un pedazo de pan para el desvalido, pan que no amarga, porque se ofrece sin alarde, con mano cordial y corazón limpio.

Las funciones que debía desempeñar don Serapio eran múltiples y complejas, pues no solamente tenía que resolver los conflictos materiales y espirituales de su numerosa peonada, sino, como ya dije, los de los campesinos de varias leguas a la redonda. Desde luego, era juez y árbitro supremo en los pequeños litigios que casi a diario se suscitan en un medio rural carente de autoridades. De muchas escenas como las que relataré a continuación he sido testigo presencial.

Don Serapio está sentado en la galería de su casa. Son las seis de la mañana, y ya ha distribuido el trabajo a los peones y tomado las providencias del día. Llega de pronto don Bartolo Juárez, un viejo alto y flaco, de puntiaguda barba blanca. Se descubre respetuosamente, cruza las manos sobre el abdomen sosteniendo el sombrero con la izquierda, y saluda:

— Buenos días, patrón.

— Buenos días, Bartolo. ¿Qué sucede?

El viejo guarda silencio unos momentos. Mira el suelo, en el que traza rayas con la ojota. Parece reconcentrarse, y luego habla:

— Ayer el Rudecindo me lo ha lasiao al Ernesto...

Rudecindo era un muchacho servidor de don Serapio, y Ernesto un hijo del demandante, arrendero del Chamical. Era una buena ficha el tal Ernesto, más conocido en el pago por el apodo de "Choclo pelao" y por sus hazañas de ratero, que por su temperamento pacífico. El patrón lo sabe, pero nada dice. Estima a Bartolo, y no quiere dar su fallo sin previa averiguación de los hechos. De pronto grita:

— ¡Rudecindo!

El inculpado se presenta inquieto. La presencia del viejo Bartolo basta para indicarle que se prepara tormenta.

— ¿Qué ha habido con Ernesto?

— Este lo ha aporriao — dice Bartolo.

— ¡Silencio! — exclama don Serapio. Y luego dirigiéndose al muchacho:

— ¡Hable!

El muchacho balbucea:

— El Choclo... Ernesto me ha zurdiao una honda... y cuando l'hi dicho que me la degüelva... me ha insultao. Entós yo l'hi convidao un seco... y él se ha ido llorando por contra el cerco...

— ¡Félix! — llama don Serapio a un peón que acaba de entrar al patio a caballo. — Llegate a lo de Bartolo, y decile al Ernesto que venga inmediatamente!

Después de un rato llega la víctima, y la averiguación continúa. Resulta cierto el hurto de la honda, e incierto lo del sopapo, pues fueron varios y no uno, y acompañados de algunos puntapiés, los que Rudecindo había propinado a Ernesto.

— ¡Entregue esa honda! — ordena don Serapio, y la orden se cumple de inmediato. Después se dirige a Bartolo:

— Debes cuidar más a tu hijo! Ese muchacho va a acabar mal. Ya son varias las quejas que me han llegado por sus raterías. No le vendría mal una soba.

Y se encara con Rudecindo:

— ¿Y quién lo ha autorizado, mi amiguito, a andar pegando a nadie? ¿Por qué no viene a avisarme? Tome su honda — y junto con ella le suelta un coscorrón que el muchacho recibe con una mueca.

— Total — dice cuando no lo oye el patrón — la' hi sacao barata...

Pero la audiencia no ha terminado, porque llega Mauricio Moyo con otra demanda, y ésta es de carácter más grave. Mauricio duda de la fidelidad de su cónyuge. Le han dicho por ahí que cuando él se va al trabajo, el "Pañuelo celeste", un tal Francisco Jurado

que acaba de volver de la marina hecho un Don Juan, se pasa horas en su rancho.

— Y no ha'i ser pa nada bueno — concluye el sagaz marido.

— ¡Hum! — gruñe don Serapio. — ¿Y tu mujer qué dice?

— Ella dice que no es cierto.

— No hagas caso de cuentos y cree lo que dice tu mujer — responde el patrón. Una sonrisa imperceptible ilumina su rostro cuando añade:

— ¡Es la única que te ha de decir la verdad!

Pero él, por medios que nadie conocía, hizo llegar al Tenorio su desagrado, y le prohibió las visitas a mujeres casadas.

Don Serapio tenía que hacer con frecuencia de médico. A veces era un herido en una pelea que llegaba sangrante en busca de auxilio. El le desinfectaba, le cosía y le vendaba la herida con maestría de cirujano; otras, era despertado a altas horas de la noche para asistir a un enfermo. Una larga práctica le había enseñado a aplicar con éxito esos remedios caseros, que si no curan, llevan la esperanza al paciente. Y si éste moría, allí estaba el patrón para cerrarle los ojos, consolar a sus deudos, y ocuparse de la suerte de sus hijos que no quedaban en la miseria y el desamparo.

El caso de don Serapio no era el único. Patrones y peones, por lo común, se entendían bien en aquellos tiempos; los primeros tenían conciencia de sus deberes y se sentían padres de sus servidores; los segundos, eran respetuosos y agradecidos, porque reconocían en el patrón cualidades y medios superiores. No habían oído hablar de Marx ni de la lucha de clases. Se sentían solidarios porque, en definitiva, comprendían que sus intereses también lo eran. Y de esa mutua comprensión nacían sentimientos de lealtad y de afec-

to recíprocos.

Mucho se ha transformado todo eso. Los demagogos de todos los partidos aprovecharon de inmediato el voto secreto introducido por la ley Sáenz Peña para predicar la traición y la deslealtad. Envenenaron las relaciones de patrón y servidor, y sembraron la desconfianza allí donde existe la confianza y la fidelidad. Lo hicieron a base de promesas de mejoramientos y leyes que olvidaron al día siguiente de la elección; en cambio, dejaron el germen del odio.

Es un crimen del que tendrán que dar cuenta algún día.

Digitized by Google

UN BENEFACTOR

They beat on us with rods-
faithfully with many rods-
daily beat on us with rods
for the love they bore us.

R. KIPLING

Jujuy era, en los tiempos de mi infancia, el paraíso de los niños traviesos.

La noche sobre todo, se prestaba para fechorías de todo género. El pueblo semioscuro, poco o nada vigilado, era campo propicio a nuestras empresas que consistían, por lo general, en molestar a los vecinos.

Cuando apretaba el calor, la gente solía sacar asientos a la acera donde se charlaba y se tomaba el fresco hasta las once. Nuestra pandilla vigilaba, y apenas algún distraído abandonaba su silla para atender algún menester casero, nos alzábamos con ella y la dejábamos a varias cuadras de distancia. Otras veces, a la hora en que los moradores cenaban, hacíamos resonar el aldabón de la puerta de calle con una insistencia que se hubiera dicho que se había producido un incendio. Cuando la chinita asomaba a ver qué ocurría, ya estábamos escondidos en algún portal, y apenas se entraba, los aldabazos recomenzaban con más furia.

Teníamos especial predilección por fastidiar a los "mochos" y a los horteras de las tiendas, generalmente españoles, y por lo tanto, de pocas y malísimas pulgas.

A los primeros, amén de gritarles cuando nos

encontrábamos a distancia que permitiera una segura retirada, el apodo denigrante, los acosábamos cuando estaban de guardia en la plaza. El deporte favorito era entonces hurtar naranjas agrias de los árboles que la bordeaban, a ser posible bajo las mismas narices de la autoridad. Los vigilantes, que ya sabían nuestro juego, se munían de un largo látigo, con el que más de una vez nos zurraron de lo lindo. Pero, por lo común, lográbamos burlarlos. Para conseguirlo desplegábamos una hábil estrategia: dividíamos las fuerzas en dos cuerpos: el primero tenía por misión distraer al enemigo; el segundo, tropa escogida de asalto, debía aprovechar la oportunidad para apoderarse del anhelado botín.

Obrábamos de ordinario de la siguiente manera: la división de asalto se ocultaba cuidadosamente entre los árboles, o detrás de los bancos, provista de palos y cordeles; la otra, por el contrario, hacía gala de proceder sin recato. Apostada en alguna esquina que permitiera la pronta dispersión, prorrumpía, a una señal convenida, en gritería infernal:

— ¡Mocho! ¡Mocho! ¡Vigilante, cola picante! ¡Mocho!

El representante de la autoridad, generalmente un puñeño imperturbable, tardaba en amoscarse, pero como la algazara crecía, al fin se veía obligado a dirigirse al grupo sedicioso y emprender su persecución. Las tropas de asalto abandonaban entonces las trincheras y atacaban a las naranjas a garrotazos, o las enlazaban con los cordeles, o se encaramaba alguno como un mono al árbol y desde allí arrojaba a manos llenas el fruto codiciado. Las dichosas naranjas eran incomibles, de modo que no era el afán utilitario el que nos impulsaba, sino el deseo irresistible de divertirnos y la necesidad de calmar el hervor de la sangre que no nos dejaba un instante en reposo. Eramos ver-

daderos niños, lo que no es poca cosa.

A los tenderos fastidiábamos de maneras muy diversas. Una de las más usadas era la de esperar la hora en que acostumbraban bajar las cortinas metálicas que protegían los escaparates. Nosotros, a fuerza de puños, la detenfamos. El hortera sacudía furiosamente las sogas, y luego se daba cuenta de la travesura, pero no se atrevía a dejar caer la cortina por miedo de hacer añicos el cristal. Recurría primero a las súplicas; después a las amenazas y a los insultos. Aprendimos así el inagotable vocabulario de denuestos, maldiciones y blasfemias que enriquece a nuestra nobilísima lengua. Otras veces, utilizábamos como pañuelo las zarazas y percales prendidos con chinches en las hojas de las puertas para encender la codicia de las mozas. El hortera empuñando la vara de medir, nos corría cuadras sin resultados, pues nos habíamos hecho maestros en el arte de la gambeta.

Era una vida libre, tolerada en principio por los padres, a quienes, por otra parte, casi nunca llegaban noticias de nuestras fechorías. Los mismos damnificados se encargaban de corregirnos, propinándonos un orejazo o un mojicón cuando lograban atraparnos. Y lo hacían sin gran enojo, algunas veces divertidos con nuestra travesura. Por lo demás, no recuerdo que jamás cometiéramos una crueldad, ni irrogáramos un daño serio, y mientras tanto aprendíamos los principios de la estrategia, nos perfeccionabamos en la carrera y amontonabamos experiencia.

Ocurrió que cierto gallego, de Pontevedra para ser más preciso, abrió a pocos metros de mi casa un almacén al que llamó "La Flor del Norte", poética denominación que hizo pintar en grandes letras negras

en el enjalbegado muro frontero sobre el dintel de la puerta principal. Abasteció los estantes con cajas de sardinas, botellas de cerveza y licores, cajones de velas de estearina y otras mercancías. Frente al mostrador colocó tambores de coca y tarros de pimentón. En las hojas de las puertas que daban a la calle, colgó de clavos de cabeza dorada ristras de trompos, redes de caza, cinturones de cuero, y hasta aludos chambergos que parecían adargas, y afirmó, para evitar que se cerraran, bolsas a medio llenar de pasas y nueces. Trataba el buen hombre por estos medios de despertar la tentación de los compradores.

Era el tal gallego, a quien llamaré don José Cruz, un hombre de regular edad, alto, enjuto, de pobladas cejas renegridas, bajo las cuales brillaban redondos ojillos irascibles. Largos mostachos entrecanos, le caían por ambos lados de la boca. Usaba el cabello al rape, y recuerdo que andaba perpetuamente en mangas de camisa y calzado con alpargatas. Pero eso era en sus malos tiempos; después, como casi todos los de su raza; que es justo reconocer es honesta y laboriosa, ha hecho fortuna, vive de rentas y ha mejorado su indumentaria.

Yo era, en aquellos tiempos, enemigo irreconciliable de los españoles, a los que calificaba con el término general y despectivo de gallegos. Cuando pienso en el motivo de sentimiento tan injustificado, llego a la conclusión de que, en aquella época, creía que la guerra de la independencia no había terminado del todo o, por lo menos, tenía la sospecha de que podía renovarse en el momento menos pensado. Posiblemente contribuía a mi ojeriza la ramplona retórica patriotera de que nos atiborraban en la escuela, viniera o no a cuento. Lo cierto es que el español constituía para mí el enemigo tradicional, implacable, pronto a esclavizarnos apenas nos descuidáramos. ¡Y sino ahí estaba

el ejemplo de ese taimado de don Martín de Alzaga! Era, pues, nuestro deber de patriotas velar por la seguridad del país, y no perder pisada a ningún gallego por inofensivo e infeliz que pareciese.

Había avivado mi malquerencia la lectura del suplicio de Tupac Amaru que había realizado por esos días, y con esa propensión al ensueño heroico característica de los niños imaginativos, resolví erigirme en vengador del desventurado mártir peruano, declarándome en guerra sin cuartel con todo gallego viviente. No bien encontraba un español en la calle le gritaba:

— ¡Descuartizador! ¡Asesino de Tupac Amaru!

El injuriado, por regla general, me miraba estupefacto, y se encogía de hombros. Recuerdo que, en cierta ocasión, un español empleado de la aduana, me preguntó:

— ¿Qué es eso de Amaru? ¿Algún aperital?

Nada de extraño tenía pues, que apenas se instalara don José Cruz detrás de su mostrador, decidiese yo dar comienzo a las hostilidades. Resolví hacerlo con saña, sabia y gradualmente, hasta exasperar a mi víctima. Empecé por confeccionar un repertorio de diatribas, frases y cuchufletas que consideraba especialmente injuriosas, y determiné hacer uso de él metódicamente, teniendo en cuenta las ocasiones y las horas. Cuando pasaba por las mañanas de camino a la escuela, me detenía en la puerta del almacén de don José, e imitando lo mejor que podía el acento galaico, le preguntaba con desfachatez inaudita:

— ¿Has nacidu en Viju u en Puntuvedra, Joselitu?

Don José no respondía una palabra. Yo insistía:

— ¡Vamos, no seas tercu, Pepitu, dímelo pronto!

El gallego permanecía imperturbable. Entonces

le gritaba:

— ¡Jalleju!

El hombre ni pestañeaba.

— ¡Descuartizador de Tupac Amaru!

Y proseguía mi camino.

Al regresar le preguntaba:

— ¿Cuánto has hurtadu hoy, Joselillu?

Jamás se dignó mi enemigo responderme una sílaba. Parecía sordo tapia, y lo era de la mejor especie, porque no quería oirme. Ni siquiera me miraba. Sólo una vez me aludí a la poca higiene de sus pies, a los que irreverentemente llamé patas, me pareció que clavaba en mí los ojillos furibundos. Confieso que la actitud del gallego me desconcertaba y enfurecía. Hubiera preferido una buena correteada por las calles con el peninsular embravecido a mis espaldas. Ahora comprendo el motivo de mi furia: somos los hombres tan vanidosos que preferimos los palos al desdén. Quien nos aporrea, nos demuestra, por eso mismo, estima; quien no nos hace caso, desprecio. Y eso es intolerable para nuestra hinchada personilla.

Convencido de que no había chirigota, sarcasmo ni injuria que conmoviera a don José, pasé a las vías de hecho. Me hice de una tiza en la escuela, y una vez cerrado el almacén, en el tablero de todas las puertas escribí en columna la palabra que para mí alquitaraba y resumía el insulto:"gallego". A la mañana siguiente, las puertas estaban limpias, y el impasible almacenero sentado en su sitio detrás del mostrador. No me prestó la más mínima atención, aunque lo provoqué sacándole la lengua. Recurrí al carbón y le garabateé las paredes con letreros en los que hacía alusiones transparentes a su participación en el feo asunto de Tupac Amaru. Las paredes aparecieron limpias como por arte de magia.

Pero como todo tiene su fin en este mundo, y es-

pecialmente las guerras, aquella acabó pronto, y según todas las apariencias, en mi daño.

En aquel tiempo los almacenes minoristas permanecían abiertos hasta las diez de la noche más o menos. Yo había tomado la costumbre de dirigirme, no bien acababa de cenar, al de don José y hurtarle un puñado de nueces o de pasas o de ambas cosas de las bolsas que, como muestra, había colocado, según ya dije, arrimadas a las hojas de la puerta principal. Eran buena presa de guerra y me parecía, como a los antiguos quirites, que no había propiedad más legal y respetable que la que se arrebata al enemigo. Noche tras noche hacía lo mismo y ponía pies en polvorosa. Don José no me perseguía, y la confianza que acaba por producir una larga impunidad causó mi derrota. Cierta vez que me puse a comer las nueces hurtadas a pocos pasos del almacén, su dueño se me vino sin que lo sintiera, me atrapó por el pescuezo, y antes que pudiera decir amén, me santiguó las costillas y posaderas con una estaca.

Pasaron los años. Había olvidado por completo a don José y creo que también a Tupac Amaru. Ya no suponía que la guerra de la independencia pudiese recomenzar, y me había reconciliado con los españoles que, a la postre, con nuestros padres, y de ellos heredamos cuanto de bueno y de malo tenemos. Además, ya había leído a Cervantes.

Con motivo de un éxito universitario, mis comprovincianos tuvieron la gentileza de ofrecerme un banquete. Se tendió una gran mesa en T en el patio del hotel de don Bindo Pelagatti, quien fue tan amable que me obsequió un "menú" impreso con letras doradas sobre una ancha cinta de seda celeste.

No poca sorpresa me causó reconocer entre los

concurrentes a mi antiguo enemigo. Don José lucía sus trapos domingueros, chilladores botines de charol, y una gruesa cadena de plata cruzaba su abdomen. A no ser porque había encanecido, se conservaba lo mismo que en las épocas de nuestra enemistad.

Abriéndose paso a la fuerza de codos, ocupó un sitio de preferencia en la cabecera de la mesa muy cerca de mí. Lo más original fue que ni me saludó, ni me dirigió la palabra durante el banquete. Permaneció muy tieso y envarado por un cuello de una altura increíble, sin alternar ni mezclarse con nadie, devorando a conciencia cuanto se le ponía por delante.

Con el champaña comenzaron los discursos. Un amigo mío, que cultivaba la ironía, me ofreció la demostración poniéndome por los cuernos de la luna y aun por encima de ellos. Al oírlo, mi humilde persona constituía un ejemplo para la juventud; un viejo político amigo de mi padre, me calificó con optimismo impropio de su experiencia y de sus años de "esperanza de Jujuy"; tal vez trataba de halagarme para que me plegase a su bandería. Don José, secándose el sudor con su enorme pañuelo a cuadros rojos, aprobaba dando grandes cabezadas y palmoteando ruidosamente cada vez que se me elogiaba. Yo estaba cohibido y avergonzado. Jamás me han gustado los ditirambos y menos en público. Además, eran completamente injustificados. Como me conocía, tenía el convencimiento de que, libros aparte, jamás serviría para nada. Y así ha ocurrido.

Al salir recién me abordó don José. Con un gesto me indicó un rincón apartado donde me siguió. Se sacó un palillo de dientes de la boca, lo guardó en un bolsillo del chaleco y miró recelosamente en torno. Hubiera encarnado un excelente conspirador de cinematógrafo. Creí que iba a proponerme que me alistase en una revolución o que tomara parte en un negocio de contrabando, pero se limitó a ponerme las manos sobre los hombros,

volvió a cerciorarse de que nadie nos escuchaba, y guiñándome un ojo, me dijo casi en secreto:

— Si has llegado a ser algu, a mí me lu debes que te corregí de pequeñu...

— Tiene razón, don José — le respondí. — Yo se lo agradezco.

Y el buen hombre decía verdad: la vida, en forma de gallego colérico, o en cualquier otra, nos obliga, a estacazos, a hacer lo poco que hacemos. Por lo menos, a mí así me ha ocurrido: carezco de la tenacidad de los ambiciosos y, de más está decirlo, de la voluntad incoercible del genio superior. Demasiado orgulloso, o demasiado tímido, jamás me he podido decidir a chapotear en le sucio lodazal de la política, y demasiado indolente, me faltan paciencia e interés para ocuparme de las minucias, un poco sórdidas, que conducen a la fortuna. En una palabra: he sido más cigarra que hormiga. Y en un país de cartagineses un hombre sin influencia política y sin fortuna es un fracasado. Pero de eso no tiene la culpa don José: él hizo lo que pudo.

A María Justina Sánchez de Bustamante.

Je suis un peu couvert d'ether. J'ai voyagé!
J'ai les yeux tout remplis de pudre d'astres...

E. ROSTAND. Cyrano de Bergerac

Uno de los sitios que en mi niñez tenía para mí encanto irresistible, era la vieja cochera existente en la casa de mi tío don Teodoro Sánchez de Bustamante. Me cautivaba con la atracción pecaminosa de lo prohibido y la sugestión del misterio esa vetusta habitación continuamente cerrada con llave, colmada de enseres y de trebejos sobre los que el tiempo había dejado la dulce pátina de los años.

A mi tío, con toda razón, no le gustaba que la gente menuda de la familia frecuentara esa habitación que, además de cochera, servía de depósito, según dije, de los más variados objetos. Los niños son esencialmente destructores; todo lo trastornan, ajan y estropean. Nos estaba, pues, vedado entrar solos en la cuadra, lo que aguzaba nuestro deseo de hacerlo, porque es sabido que en grandes y chicos la prohibición engendra la tentación de transgredir. Añádase que cuando éramos sorprendidos recibíamos la condigna represión — a la que irrespetuosamente llamábamos sermón —, de manera que el escalofrío del peligro aumentaba la atracción de la aventura.

La cochera había acabado de transformarse en un pequeño museo lleno de cosas que despertaban en mi

imaginación la visión de una vida azarosa, en la que la andanza y la aventura era lo normal y corriente. Y tal fue, en realidad, la suerte de las familias jujeñas de antaño, tan comprometidas en las luchas por la independencia y la organización nacional. El abuelo de mi tío representó a Jujuy en el Congreso de Tucumán, y murió, como casi todos los hombres de su generación, proscripto en Bolivia.

Allí estaban, colgados en línea de las paredes, los grandes "chifles" retobados en cuero, provistos de tahalíes para que pudieran llevarse a la bandolera o suspenderse del arzón en las travesías por los altiplanos desiertos; las monturas enfundadas sobre caballetes que recordaban a Clavileño; las riendas y lonjas cuidadosamente engrasadas; las estriberas de plata, y los taleros con cabos labrados por habilidosos orfebres indígenas.

Había también una buena colección de armas: puñales, mosquetes, trabucos, y un curioso bracamarte que, según tradición de familia, había pertenecido al General Gamarra. Era un sable no muy largo y corvo, con vaina de acero oscuro damasquinado en oro que tenía la particularidad de poseer adosado a la hoja un revólver de varios tiros que se disparaba de la empuñadura, lo que hacía el arma particularmente traicionera y temible.

Pero la atracción más fascinadora era una enorme carroza que jamás salía de la cochera: un carruaje finísimo, en forma de "coupé" cerrado, lujosamente tapizado y blandamente acolchado, con alto pescante, freno para contenerlo en las pendientes, y gruesos cristales biselados. Llamaba la atención un coche de tanto precio a esas alturas y en aquellos tiempos. El señor Bustamante lo había adquirido en París en ocasión de su matrimonio; pero, ignoro por qué causas, muy pronto dejó de usarlo. Tal vez era demasiado pe-

sado para los caminos de aquellos tiempos y los endebles caballejos criollos que debían arrastrarlo. A mí me parecía inmenso, imposible de que se moviera, a no ser que se unciera una yunta de elefantes o se lo acoplara a una locomotora. Pero es posible que yo no viera las cosas como eran en realidad, porque en la niñez las miramos como a través de un lente de aumento, y todo nos parece desmesurado.

Tanto a mis primos como a mis hermanos y a mí, nos gustaba trepar en el coche, y emprender en él largas e imaginarias correrías. Para crearnos la ilusión de la realidad, cosa sumamente fácil a los niños, solíamos colocar unas sillas a guisa de caballos, arrendarlas con sogas, y allá íbamos, látigo en mano, a través de campos y montañas. Así recorrimos la provincia, luego la república, y hasta nos atrevimos a cruzar la cordillera y pasearnos por Chile.

Cierto día Teodorito, el mayor de mis primos, me comunicó confidencialmente un proyecto grandioso. Antes, exigió el más absoluto secreto, y no contento con mis promesas de "ser una tumba", me tomó juramento de acuerdo a los ritos y palabras que, para acto tan solemne, acostumbrábamos entonces.

— ¿Palabrita?
— ¡Palabrita!
— ¿A las ayunas o a las de veras?
— ¡A las de veras!
— ¿De honor?
— ¡De honor!

Después de un apretón de manos, la fórmula sacramental quedaba completa, y el compromiso definitivamente contraído, de manera que no podía violárselo sin incurrir en infamia y felonía, delitos que tenían

una adecuada sanción: no hablar en quince días al follón, o desafiarlo a singular combate de sopapos, según las consecuencias más o menos graves de la infidencia. No deja de ser digno de observar que ya habíamos descubierto el poder mágico de las fórmulas verbales y el juramento con reserva mental, cuyo invento se achaca a los jesuítas, aunque tengo para mí que debió nacer al mismo tiempo que la solemnidad a que se aplica, como una concesión de la tolerancia a las debilidades humanas. Nos estaba permitido olvidar la promesa en caso de que se hubiera hecho "a las ayunas", bastando, para que se considerase como prestada en esa forma, que expresamente no se hubiese establecido que era "a las de veras". El ceremonial consagrado no dejaba, pues, de tener sus peligros.

El motivo del juramento era grave. Después de algunas vacilaciones y demoras, que sirvieron para acicatear mi curiosidad, Teodoro afirmó, con la misma indiferencia que si se hubiera tratado de ir a la esquina:

— Viajaremos a la luna.

— ¿A la luna? ¿Estás loco?

— ¡Bah! Ni siquiera vamos a tener el mérito de la originalidad. Ya Miguel Ardan y sus compañeros realizaron el viaje, aunque por errores de cálculo, fracasaron el último momento. Pero nosotros no incurriremos en ninguna clase de errores.

Empecé a comprender: Miguel Ardan era un personaje de Julio Verne, un francés chiflado, que en compañía de Barbicane y Nicholls, tan orates como él, decidió largarse a la luna metido en una bala gigantesca. Los héroes del ingenioso escritor nos eran muy familiares, y, a menudo, los encarnábamos en nuestros juegos. Yo había representado sucesivamente al Capitan Hatteras, a Miguel Strogoff y a Héctor Serdavac. La propuesta, pasado el primer momento de sorpresa,

no me pareció digna de asombro. Y, en todo caso, lo disimulé para no dar oportunidad a mi primo de adoptar actitudes de protectora superioridad.

— ¿Cuándo? ¿Cómo?

— Nos metemos en el coche, ¡púm!, y partimos.

— Pero, ¿de dónde sacaremos el cañón? Además necesitamos un compañero. El viaje a la luna se hizo por tres personas. Me gusta hacer las cosas bien y con orden. Hay que respetar las tradiciones.

— Indudablemente.

— ¿Por qué no fundamos el Gun - Club?

— No; eso equivaldría a publicar el secreto, y dar oportunidad para que todo el mundo quiera meter la nariz en el asunto. No olvides que has dado palabra de guardar reserva.

— Busquemos un compañero, entonces.

— Eso sí me parece bien.

Tanto mi primo como yo teníamos dos hermanos cada uno. Nepotistas sin saberlo, no queríamos compartir la gloria de tan magna empresa con personas ajenas a la familia, y cada uno trataba de favorecer a la suya. Parece que teníamos capacidad para lo que en este país se llama política, buena cualidad que, desgraciadamente no hemos cultivado después. No dejó de producir algunas dificultades la elección del tercer aeronauta.

— El Chulupí (uno de mis hermanos) — propuse.

— No, Raúl (uno de sus hermanos) — replicó Teodoro.

— ¡No! — contesté acalorado.

— ¡Yo fui el iniciador del asunto!

— ¡Eso no te da derecho para hacer lo que se te dé la gana!

— Pues si no estás conforme...

La proeza amenazaba fracasar antes de comenzada. Pero, como en todas las cosas verdaderamente

grandes, la finalidad primó sobre las pasioncillas y caprichos individuales, y quedó convenido que sería Carlos (hermano de mi primo) el acompañante.

Los tres conjurados constituímos una sociedad secreta. La llamamos, como en la novela de Verne, el Gun - Club. Teodoro nos asombró cuando nos informó que "gun", que se pronunciaba "gaen", significaba, entre otras cosas, cañón. Así, pues, éramos miembros de un club cuyo nombre nos parecía sonoro y heroico, sobre todo cuando lo pronunciábamos a la inglesa, o lo que creíamos ser tal.

Con esa propensión de los niños a dramatizar las cosas o hechos más triviales, nos rodeamos de secreto y misterio, y desarrollamos gran actividad oculta. Con una imprentilla de tipos de goma, grabamos una buena cantidad de pliegos con el membrete de la asociación. Combinamos, inspirándonos en El Escarabajo de Oro de Poe, un criptograma de clave tan complicada que acabamos por no entenderla, lo que nos obligó a simplificarla. Cuando nos encontrábamos debíamos, como los masones, darnos la mano de cierta manera, y pronunciar en voz baja un santo y seña, Selene — era la palabra —, a lo que debía contestarse: gaen. Para reconocernos desde lejos, era obligación silbar de manera que se entendiera claramente la palabra O'Higgins. No me explico ahora como logramos realizar esta última hazaña, pero ninguna de las cosas de la niñez tienen explicación para el adulto.

Nuestros continuos cuchicheos, entrevistas, citas clandestinas, aire preocupado y actitudes despectivas, no escaparon a los hermanos y primos excluídos de la expedición. Pronto, como todos los grandes hombres que emprenden empresas memorables, fuimos

víctima de la persecución. Sufrimos un espionaje implacable; se nos tendieron trampas y lazos a fin de que cometiéramos una indiscreción que diera al traste con el secreto. El escritorio en que hacía mis deberes escolares, que tenía un cajón con llave, fue violado: nos salvó el sistema criptográfico que habíamos adoptado, indescifrable para el profano. Las ropas de Teodoro fueron registradas mientras dormía, pero nada de interés ni comprometedor encontraron los asaltantes. Carlos, que era el menor, fue amenazado con torturas espeluznantes y refinadas, mas resistió como un héroe a todas las tentativas de extorsión.

Cuando los tres conspiradores estábamos reunidos, y se acercaba alguno de los extraños al secreto, nos complacíamos en cambiar miradas de inteligencia, signos misteriosos y guiñadas maliciosas, todo eso acompañado de un airecillo de protección que bien a las claras mostraba al intruso su indiscreción y su inferioridad. El desairado, al principio, se hacía el desentendido, y fingiendo indiferencia preguntaba:

— ¿De qué estaban hablando?

Alguno de nosotros con voz cavernosa respondía:

— De la luna de Valencia.

El curioso, despechado y enfurecido, exclamaba:

— ¡Imbéciles!

Pero nosotros sin responder al insulto, lo aplastábamos con nuestro desprecio. ¡Como para hacer caso de bravatas y niñerías estaban tres personajes que tenían resuelto viajar a la luna!

¿Pero qué era en definitiva, lo que ocultábamos con tanto secreto? Desde luego la existencia misma del proyecto, y después una serie de comunicaciones, planos, cálculos, gráficos, mapas celestes y copias de relatos de Flammarión que podían servir para orientarnos en el viaje. Habíamos tomado tan a pecho la aventura, que no dudábamos de que la empresa era

factible, y de que nosotros íbamos a realizarla.

Ya teníamos resuelto que Teodoro, que era el mayor y el iniciador del asunto, sería el jefe de la expedición, y actuaría con el nombre de Ardan. Carlos asumiría el papel de Nicholls, y yo el de Barbicane. Sólo nos quedaban dos cuestiones a resolver: la preparación del cañón, que hasta entonces parecía insoluble, y el robo de la llave de la cochera, cuestión secundaria que todavía no había sido materia de estudio detenido. Una reunión en pleno se imponía, y yo esperaba impaciente la citación.

Por fin una tarde, Carlos me deslizó un arrugado papelillo en el que se leía:

S.4.C.4-K.3.R.S.5-S.Q.2.R-1.Q.C.1.M.

Debidamente descifrado con ayuda de la clave, el mensaje decía: "Todo listo. Tres. Ardan".

A las tres de la tarde, pues, en el sitio convenido, frente al convento de San Francisco. Allí estuve puntualmente.

— El domingo, esto es, pasado mañana, emprenderemos el viaje — informó Ardan.

— ¿Ya tienes la llave? — pregunté.

— No.

— ¿Y entonces?

— La robaremos.

— No va a ser tan fácil.

— Ya verás.

— ¿Y los otros?

Los "otros" eran nuestros hermanos y primos siempre en acecho.

— Tienen decidido ir al circo; nosotros nos haremos los enfermos.

— ¿Y el cañón?

Carlos hizo entonces una revelación sensacional:

— Es asunto arreglado.

— ¿Cómo?

Empezó por desprenderse la blusa, y después sacó no sé de dónde, seis flamantes balas Mauser.

— ¿Cómo las conseguistes?

— Se las cambié a un tipo del Colegio Nacional por una Botánica de Delafosse llena de telarañas que me encontré en un armario. El se las había robado en la clase de tiro. Las haremos estallar echándolas al fuego.

Teodoro vacilaba:

— Pueden oir el ruido, y en ese caso todo se va a echar a perder.

— Los domingos generalmente, no hay gente en casa — contestó Carlos.

— De todas maneras sin cañón nada podemos hacer — dije yo.

— Así es.

— Convenido entonces.

— ¡Convenido!

Nos estrechamos las manos con dos dedos.

— ¡Selene!

— ¡Gaen!

Y nos escurrimos a tranco largo a ras de las paredes, tratando de no llamar la atención, y mirando recelosamente en torno. La magnitud del proyecto nos hacía suspicaces y desconfiados, y creíamos que todo el que pasaba, especialmente si era vigilante, iba a adivinar nuestras intenciones y delatarnos a las autoridades.

Cuando llegó el anhelado domingo, todo nos fue saliendo a qué quieres boca. Hermanos y primos, aunque es probable que algo sospecharan, se marcharon a la función del circo. La gente mayor se recogió a sus habitaciones una vez terminado el almuerzo. Como la

casa era de altos, el bajo quedó libre para nuestras operaciones.

La primera era hurtar la llave que se encontraba colgada de un clavo en la cocina custodiada por un cancerbero incorruptible: la Dorotea. Era esta una cuarentona gorda, ñata, terriblemente picada de viruelas. En mi vida he visto mujer más bondadosa ni más fea, lo que prueba que es pamplina retórica aquello de que el rostro es el reflejo del alma. Desempeñaba las funciones de cocinera, cargo que le servía para llenarnos de halagos y mimos. Siempre tenía reservada para la gente menuda una golosina, o se encontraba dispuesta, a las horas más extraordinarias, para prepararnos "chilcan" o "yerbiaos" que nos sabían a gloria. Pero, en tratándose de cumplir las órdenes de los patrones, era inflexible.

No podíamos, pues, contar con su connivencia. El uso de la fuerza era igualmente imposible: la Dorotea tenía una robustez de gañán, y no era moza de tolerar demasías de hecho a nadie. No nos quedaba más recurso que apelar a la astucia.

Nicholls, o sea Carlos, propuso decirle que la llamaban, y mientras estuviese ausente alzarnos con la llave.

— No me parece conveniente ese plan. Cuando compruebe que no hay tal llamado, volverá a la cocina, y como no tiene un pelo de tonta, algo va a sospechar, y se va a poner a buscarnos — observé.

— Lo mejor — dijo Ardan — es confiar en lo imprevisto. En el campo de acción decidiremos lo más conveniente. Vamos a la cocina.

Allá fuimos.

La Dorotea tomaba mate plácidamente. La abordamos con el aire inocente de quien no ha roto un plato en su vida.

— ¿Por qué no nos convida chilcán, Dorotita?

— Más de un rato; recién han almorzado, y a la señora no le gusta que anden llenándose de agua a deshora.

— Danos un mate, entonces.

— Ya les he dicho que más de un rato.

Era inútil insistir. La Dorotea tenía sus caprichos y la inquebrantable terquedad de los buenos. El mate era para ella un rito que debía practicarse a solas, de manera que no pensaba moverse de la silla, que era lo que nosotros buscábamos. Entonces tuve una idea salvadora: recordé que esa mañana había visto en el cajón de la mesa de noche de mi padre un paquete de cigarrillos. La Dorotea — nadie es perfecto en este mundo — era afecta a fumar, aunque lo negaba, y se molestaba cuando la sorprendíamos in fraganti.

Cuando volví, mostré a Dorotea los pitillos desde la puerta de la cocina, y con un guiño la invité a que saliera a recibirlos. En la redonda cara de la cocinera, se pintó de una manera cómica la terrible lucha interior. Venció, como ocurre tan a menudo, el vicio a la virtud.

Mis compinches no perdieron el tiempo.

La cochera tenía entrada independiente, y daba, por estar construida en un martillo, a una calle perpendicular a la frontera de la casa.

No entramos sin trabajo. El portón era de quebracho, macizo y pesado, de hojas plegadizas; la llave, herrumbrosa y difícil de manejar. Tuvimos que engrasarla; aun así chirreaba de una manera horrible. Como no teníamos la conciencia tranquila, nos parecía que nos oía todo el pueblo. Por fin, después de recios sacudones, se abrió.

Adentro no había más que obscuridad y silencio. Nos dio en el rostro el aliento acre y polvoroso de los locales cerrados. En la sombra, más densa y negra que ella, se destacaba inmóvil la carroza, que se me antojó más grande e imponente que nunca. Lady, una perrita fox - terrier, que debía hacer en la expedición el papel de la Diana de Verne, olfateaba en los rincones en busca de ratas. Volvió con el fino hocico cubierto de telarañas. Se lo limpié cuidadosamente con mi propio pañuelo, atención que me agradeció con varios estornudos.

Desenfundamos el coche.

No faltaba más que hacer explotar al Columbiad — tal era el nombre del cañón — y lanzarnos al espacio en busca del lejano satélite. Ardan, examinaba planos y cálculos con la frente nublada de grave preocupación. No queríamos que nos pasara lo que a nuestros modelos que, de puro chambones, no pudieron aterrizar en la luna. El jefe, que pareció comprobar que estaba todo en orden, se ciñó la espada de Gamarra, blandió el sable, y gritó:

— ¡Firmes!

Nicholls y yo nos cuadramos haciendo la venia militar.

— ¡A preparar el Columbiad!

La maniobra no ofrecía dificultades, y la ejecutamos con una decisión que hoy me espanta. Amontonamos diarios viejos, les prendimos fuego, y nos guarecimos más que volando en la carroza, después de arrojar los proyectiles en las llamas. Lady había sido previamente encerrada en el coche.

Esperamos temblando. Los segundos parecían siglos. Ardan no perdió la serenidad sin embargo, y como un verdadero jefe ordenó:

— ¡Mister Barbicane: haga el obsequio de comprobar si todo está en orden!

Como no se me instruyó acerca de la forma en que debía proceder, interpreté la orden en el sentido más favorable, o sea en el más conciliable con mi julepe, y me limité a espiar el fuego a través del cristal.

— To... — no pude continuar.

La explosión atronadora de las seis balas, hizo temblar la cochera y la niebla azulada de la pólvora llenó la habitación. Nos quedamos como en misa. Lady comenzó a ladrar furiosamente y trató de escaparse del coche. Afuera, armaba regular estrépito un carro que pasaba dando tumbos en el fragoso empedrado de la calle.

— ¿Nos habrán oído? — pude al fin balbucear.

Como nada ocurriese acabamos por tranquilizarnos.

— Estamos saliendo de la atmósfera terrestre — anunció Ardan impasible.

Y ya en pleno delirio, no paramos hasta la luna. Vimos, soñando despiertos, los grandes montes selenitas coronados de inmensos círculos negros; las rocas gigantescas cortadas a pico, los "mares" de arena en donde el sol deslumbra, y se abatió sobre nosotros el silencio aterrador del mundo muerto. Y, libertados ya de las leyes físicas, decidimos seguir adelante, siempre adelante. Pasamos por la atmósfera rojiza de Marte y por la amarillenta de Sirio; penetramos en la nebulosa de Orión, bruma sutil de ópalos iridiscentes, y encontramos demasiado pequeña para nuestros sueños la Vía Láctea, saltamos de galaxia en galaxia, para volver después de una hora, a través del universo curvo de Einstein, a este impalpable granito negro en donde todos nacemos, amamos y morimos.

Y así fue cómo la carroza inmóvil, impelida por la fantasía de tres niños, realizó el viaje maravilloso que nadie realizará jamás.

Copyright ©

DON FIDEL Y LA MUERTE DEL GENERAL PEYEGRINI

Me alzaron de las gallinas
Para llevarme a peliar:
Como soy gallito guapo,
He de morir o matar.

COPLA POPULAR

Lugar predilecto de rabonas y jolgorios, era para mí la casa de don Fidel Acosta, compositor de gallos, guitarrero, tabeador empedernido, y hombre de garra según era pública voz y fama en el arrabal próximo al Río Chico donde habitaba.

Cuando lo conocí era ya entrado en años. Su vida azarosa y aventurera estaba escrita en su rostro cruzado de costurones y cicatrices. Era un hombre alto, algo cargado de hombros, achinado; los ojillos encapotados, se le iluminaban a la menor contrariedad con relámpagos de ira, y el mentón huesudo y prominente revelaba al varón de voluntad terca y ánimo resuelto. Usaba, y esto era motivo de gran admiración para mí, una pata de palo que meneaba con pasmosa agilidad y utilizaba en los menesteres más diversos e inesperados.

Vivía en la antigua calle Independencia, detrás del asilo de El Buen Pastor, arrimado a la Próspera, una cholita que hubiera podido ser su nieta, que se pasaba la vida cebándole mate.

El edificio era mitad rancho y mitad casa; las paredes de adobe, sin revocar ni encalar, y la falta de enladrillado en el piso de las dos habitacioncillas de que

constaba, la colocaban en la primera de esas categorías; la techumbre de teja española, en la segunda. Tenía además una galería que daba al interior, y en el patio, un cobertizo construído con chapas de zinc que servía de cocina.

A pesar de la modestia de su vivienda, don Fidel hubiera podido jactarse de poseer una residencia encantadora: en el amplio patio levantábase un pacará inmenso en donde anidaban los horneros y cantaban los pájaros; en rústicos canteros delineados con piedras, crecían la estrella federal, la albahaca perfumada y los rosales de Francia. El fondo del terreno no tenía tapia, porque terminaba bruscamente en la barranca del Río Chico, de manera que desde las posesiones de don Fidel se veían las colinas de Cuyaya y se escuchaba el blando arrullo del agua. Era como una ventana abierta a los campos, los cerros y los bosques que permitía a su morador vivir en un pueblo y, al mismo tiempo, encontrarse como en plena y agreste soledad.

A lo largo de uno de los muros laterales divisorios, don Fidel había instalado sus "galleras", pequeños corrales construídos con tablas y alambre tejido, en donde albergaba a sus gallos de estima, héroes de cien combates, vencedores famosos en lides sangrientas. Los feroces campeones, para mitigar el tedio del encierro, a cada instante lanzaban al aire un canto breve, desafiante y belicoso.

— El gallo de riña — me explicaba don Fidel — se conoce por el "cantito". El bruto canta largo y flojo; el fino, corto y juerte. Oyélo: ese es el general Peyegrini — concluyó refiriéndose a uno que acababa de hacer sonar su trompa guerrera.

Fuimos a verlo. El general escarbaba en uno de los compartimientos llamando a dos gallinas que le hacían compañía. Era un hermoso animal de cuerpo esbelto como el de un faisán, elástico, nervioso y bra-

vío. Llamaba la atención el brillo metálico de sus plumas, negras con reflejos esmeraldas en el pecho, y oro vivo en la golilla y punta de las alas. Tenía los ojos muy redondos y encapotados como los de un halcón y emanaba de su apostura, su empaque y sus arrestos no sé qué indefinible sensación de crueldad y fuerza.

— El general Peyegrini — me informó confidencialmente don Fidel — es hijo de Káiser.

— ¿Cómo?

— El Káiser fue un pinto negro que trajo de Buenos Aires el finao senador Pérez. Y fue gallo mentao. — Luego me hizo notar complacido las excelencias del campeón:

— Fijáte en el canal que le divide las escamas a lo largo de la pata; señal de que es calcuta. El aro del ojo lo tiene bien blanco y el pico corto y grueso.

— ¿Cuántas riñas ha ganado?

— Varias. A ver... — Don Fidel, concentrando el pensamiento, empezó a contar con los dedos. — La primera vez que peliό siendo pollo, lo voltió antes de entrar a pico al "Negro de Ledesma" de don Abraham Machicado... En la segunda, lo degolló en Salta pa'l Milagro al blanco de don Angel Villagrán. El año pasao, le ha ganao al Coronel Espinas del doctor Alcobendas. ¡Tres averías lleva! ¡El general Peyegrini es sanguinario! — Y repetía:

— Sanguinario... sanguinario... — llevando el compás con su pata de palo.

Llegó la Próspera con un mate. Era una visión juvenil y encantadora con su claro trajecito de percal floreado, que se destacaba entre las rojas estrellas del jardín. Morenita, frágil, de cabello renegrido y grandes ojos profundos anegados de languidez, era un ejemplar típico y hermoso de criolla. Dejaba tras sí, como una estela, un suave perfume de alhucema y polvos de arroz.

— Al que tengo ganas de hacerle una pelea — continuó don Fidel— es a Alem, el congo de don Florentino Vélez.

Ocurría que los aficionados a las riñas se habían agrupado en dos bandos, coincidían con los de la política, aunque se los había denominado rojo y azul. En el primero, formaban los opositores; en el segundo, los oficialistas. Y como cada grupo bautizaba a sus gallos con los nombres de sus políticos predilectos, resultaban los episodios y comentarios más curiosos. Así, todos los domingos, era dable contemplar en el reñidero del gringo Sartini, sangrientos lances personales entre Alem y Ugarte, el coronel Espinas y el general Peyegrini, como decía mi amigo, u oír afirmar a algún grave personaje, que Lavalle había arrancado la cola a Campos, o que del Valle había dejado tuerto a Juárez Celman.

Don Fidel me habló luego de las dificultades de la cría.

— No es tan fácil sacar un buen gallo. Hay que entender. Lo principal es la gallina. Y es cosa larga.

De las confusas explicaciones del viejo, se deducía que la técnica, como se dice ahora venga o no al caso, era más o menos la siguiente: se escogía para madres a las hermanas de los gallos que habían resultado vencedores o demostrado condiciones sobresalientes en el combate. Estas eran cruzadas con ejemplares de pura sangre calcuta o malaya que generalmente se traían de Buenos Aires. De la rama materna, se heredaba la belicosidad y la destreza en los lances de la lucha; de la paterna, la resistencia, la tenacidad, y ese heroísmo increíble que capacita al gallo para morir, feroz y acometido hasta el fin, en la ensangrentada pista del reñidero. Para conseguir un ejemplar de los méritos del general Peyegrini, era necesario una escrupulosa selección a través de varias generaciones.

De todo esto resulta que los seres superiores — hombres o gallos — son productos rarísimos que sólo se consiguen en condiciones excepcionales, tal vez anormales. No es fácil la superación del tipo anónimo y común de la especie. Se requiere una lenta y compleja selección para conseguir el espécimen que se acerque a la imposible perfección. He ahí un tema digno de meditación para los charlatanes del igualitarismo.

Pero no sólo los gallos me atraían a la casa de don Fidel. Era él mismo muy interesante desde otro punto de vista. Le había tocado en suerte vivir épocas turbulentas, tomar parte en asonadas y revoluciones, y asistir a elecciones que terminaban con el asalto a las urnas a puñaladas y tiros. Como suele ocurrir a menudo a los viejos, mi amigo creía a pie juntillas que esos habían sido los únicos buenos tiempos y que los hombres que él conoció y trató en sus mocedades eran los únicos dignos de ese nombre. Pensaba que las nuevas generaciones se afeminaban y perdían el recio temple de los mayores.

— Ya no se ven más que cajetillas y maricones — decía. — Raros son áura los hombres. ¡En mi tiempo sí que habían varones!

Compartía esta visión pesimista de las cosas modernas un antiguo camarada de don Fidel, el sargento Valentín Pantoja, uno de los tipos más pintorescos que he conocido en mi niñez. Era un tape más bien bajo, pero macizo, ancho y fuerte. Hablaba con voz de bajo profundo, atusándose a cada instante los bigotazos entrecanos que llevaba a lo Humberto I. Cuando se amostazaba, brillaba en sus ojos el reprimido fulgor de violentos arrebatos.

Prestaba servicio en el regimiento de infantería acantonado en Jujuy, pero él procedía de la vieja tropa de enganchados, y no aprobaba la conscripción, ni el paso alemán, ni el trato considerado y humano que se dispensaba a los reclutas. A su juicio, ya no había verdaderos soldados, ni ejército, ni jefes.

El sargento Pantoja solía llegar a casa de su amigo al toque de oración. Apenas se escuchaba el taconeo de sus zapatones militares en la entrada, su vozarrón parecía sacudir la casucha:

— ¿Cómo te va, Fidel? — Y luego a la Próspera:

— ¿Qué dice la buena moza? ¿Todos guapos? Mientras haiga salú...

Se llevaban sillas y una mesita debajo del pacará. La Próspera acudía solícita con el mate. Don Fidel se entretenía en afilar los cuchillos de mesa en su pata de palo. A veces, una jarrita de vino de Monterrico alegraba la charla de los dos amigos.

— Salgo de un arresto — anunciaba Pantoja, mientras tomaba asiento y se desabrochaba la chaqueta.

— No ha'i ser el primero ni el último — observaba invariablemente don Fidel.

— Ni qué hablar; pero ya'stoy hasta la coronilla. Si no me faltara tan poco pa'l retiro, echaba todo a rodar. ¡Ni santo que uno juera, caracho!

— ¿Pero qué ha pasao?

— Le dí un cogotazo a un colla que lo hice hocicar.

— El genio te va a perder, Valentín.

— Pa criticar todos son güenos; pero otra cosa es con guitarra. Yo te habia'i ver a vos.

— Contá, pues.

— Taba dando estrución a los reclutas. Tenía que enseñarles el nombre del comandante de la compañía. Se lo dije al colla bruto por lo menos diez mil

veces, y cada vez que se lo preguntaba me salía con el del Presidente de la República.

— ¡Qué animal!

— Por fin lo hice arar de un cogotazo. ¡Pa que aprenda!

— No hay que ser tan rasquincho, hombre.

— Lo mismo hubieras procedío vos. El hecho es que aura han inventao una cosa que llaman recurso.

— ¿Qué es eso?

— ¡Alcahueterías! Hacen no sé qué garabatos en un papel y lo pasan al teniente. Al final de cuentas salís arrestao. En mis tiempos no se conocía estas cosas. ¡Qué recurso ni qué niño muerto! Entonces había soldaos. Cuando no nos cuadrábamos como Dios manda nos hacían ver la vieja de un planazo. ¡Y a quejarse a su mama! Y si llegábamos a macharnos, nos encajaban cincuenta palos o nos estaquiaban. ¡Y había que ver esos jefes! Como el finao Napoleón Uriburu no ha'i volver a haber. ¡Esa semilla se ha acabao!

Y el viejo soldado seguía refunfuñando, evocando la vida áspera de los fortines, las luchas con los salvajes del Chaco, los combates con la montonera. Todo el pasado argentino, bárbaro y heroico, desfilaba ante mis ojos embelesados.

— ¿Y usted, don Fidel, no ha sido soldado?

— No, pero también me ha tocao peliar. ¡En más de una de a pie m'hi visto! ¡En buenas fiestas hi bailao! ¡Y de no que lo diga esta pata! — y daba con ella un puntazo tan fuerte que la hundía en la tierra blanda del patio.

— ¡Cuénteme, don Fidel, cuénteme!

— Fue cuando la revolución a don Martín Torino. Yo era gubernista. Nos tenían sitiaos en el Cabildo, y nos habían cortao el agua. Ya la sed nos tenía apuraos: tomábamos la sangre de las reses que voltiábamos, y hasta orines, con perdón de los presentes. Una ocasión

vi que los revolucionarios andaban haciendo rodar una barrica por la calle. Parecía de vino...

— ¡Nada menos! ¡Cómo pa no entusiasmarse! — exclamó Pantoja.

— Yo le di cuenta a nuestro jefe que era don Guillermo Mors — continuó don Fidel. — Hay que quitárselas, me dijo. Corré a buscarte unos muchachos decididos para hacer una salida. — Yo no me hice repetir la orden, y salí patitas pa qué las quiero, a hablar a los compañeros. En seguida volví con unos cuantos. Don Guillermo se subió al techo y nos gritó:— ¡Yo les voy a abrir el camino! — y empezó a hacer fuego echao de barriga en el tejao. ¡Qué hombre que sabía tirar! ¡Ande ponía el ojo, metía la bala! Tumbó a dos en un santiamén y los demás se hicieron un desparramo. Entonces abrimos la puerta y atropellamos. Ya teníamos la barrica casi adentro. Yo 'staba dando el frente a la calle, cuando sentí como una pedrada en el filo de la canilla. No me dolió, pero cuando quise caminar me fui antarca. Después no me acuerdo de nada: desperté en un cuarto oscuro. El doctor Baldi me puso esta pata — y acariciaba el palo pasándole la mano suavemente a lo largo.

— ¿Y esa cicatriz que tiene en la frente?

— Esa me la hizo un negro en San Pedro, cuando la elección de don Julián Aguirre; pero no quedó pa llevar el cuento.

— ¿Y esa otra que tiene ahí, a la izquierda?

Don Fidel me guiñó un ojo, y se llevó un dedo a los labios, mirando con recelo alrededor, luego me dijo con voz casi imperceptible:

— Cuestión de polleras... Que no vaya a oír la Próspera... tiene un oído de físico y unos celos de tigra... Así son todas.

— ¡Dáte corte, viejo! — gruñó Pantoja.

Como si hubiera adivinado que se hablaba de ella,

la Próspera llegó en ese momento con la guitarra:

— Cantále algo pa'l niño — dijo.

— Esta vez será pa vos — replicó galantemente don Fidel. Y entonando la voz, después de un melancólico preludio, cantó:

El amor que yo te tengo,
yo jamás olvidaré:
aunque viva o aunque muera,
a tus brazos volveré.

Ya bien entrada la noche, me despedía. La Próspera me regalaba un rosquete, una capia, o un caramelo y solía besarme en el momento de partir. Yo me sentía molesto, humillado, y me ruborizaba. Detestaba los besos. Ya mayorcito, los he mendigado. Y, por regla general, me lo han negado.

Así es de triste la vida.

— Mañana comienzo a componer al general Peyegrini — me anunció una tarde don Fidel. — Ya tengo depositada una riña con Alem pa de aquí un mes. La cosa va a ser peluda, porque el enemigo es de avería.

La "compostura" o adiestramiento, era cuestión larga y complicada. Apenas aclaraba, había que corretear al gallo hasta que comenzara a fatigarse. Después de un descanso — un resuello decía don Fidel — se lo colocaba en un catre de lona, y empujándolo ya por el pecho, ya por el lomo, se lo obligaba a avanzar y a retroceder haciendo "el ocho", es decir, a describir la curva que representa ese número. Cada día de por medio se lo "toreaba", ejercicio que consistía en hacer que persiguiera otro gallo que el toreador tenía en las manos y que esquivaba diestramente cada vez que el toreado iba a alcanzarlo. En el curso del mes que duraba el adiestramiento, debía ser topado dos veces: el

"tope" era un verdadero combate con otro gallo, pero se forraban cuidadosamente los espolones a fin de evitar las heridas. El primero era "duro", o sea largo; el segundo, "blando", esto es, corto. Además se ponía al gallo a ración para que no engordase y aumentase de peso. Y como es cosa averiguada que el amor amortigua el ímpetu guerrero y relaja la musculatura, el paladín era separado de las gallinas. Pero esto no era absoluto, porque el galán se entristecía, y era necesario permitirle echar una cana al aire una vez por semana. Para librarlo de las inclemencias del frío o de la lluvia, debía dormir bajo techado. Don Fidel, en su entusiasmo, lo instaló en su propio dormitorio, atado a una pata del tálamo.

En los momentos que me dejaba libre la escuela, cuando conseguía hacer la rabona, y en los días de fiesta, corría a ayudar a mi amigo.

— Ha pasao bien la noche. De alba ha empezao a cantar — me anunciaba en voz baja y misteriosa.

— ¿Cree que ganará, don Fidel?

— Por lo menos ha'i defender la plata y el buen nombre — respondía el viejo, y mirando enternecido al gallo, exclamaba:

— ¡Asesino!

Cuando llegó el día de la riña, me escapé casi de madrugada y volé a casa de don Fidel. Lo encontré con el gallo atado a su pata de palo, mientras él en una silla afilaba con una lima unas enormes tijeras. Había que realizar los últimos preparativos, ultimar el atavío del guerrero, para que se presentara en la palestra con el debido lucimiento y galanura. El viejo le cortó casi a raíz las finas plumas de la golilla y le emparejó las de la cola; para refrescarlo, se llenaba de agua la boca y la lanzaba con destreza admirable en finísima lluvia sobre la cabeza del animal. El general Peyegrini demostraba su complacencia con breves y

altivos cacareos.

La Próspera nos preparó un almuerzo exquisito, y después de tributarle los debidos honores, nos dirigimos al reñidero, situado en la calle Alvear. Don Fidel se había acicalado con sus prendas de cristianar: la chaquetilla que usaba en la intimidad, fue reemplazada por un negro saco de lustrina de corte ciudadano, y la alpargata de su pie único por un botín de becerro con elásticos laterales. Un rojo pañuelo, que las manos primorosas de la Próspera anudaron, hacía las veces de cuello y corbata. Un enorme chambergo de amplias alas, y un formidable garrote de tala, que el viejo usaba de bastón, completaban la pintoresca vestimenta.

Don Fidel marchaba adelante, haciendo resonar la acera con los porrazos de su pata de palo y de su bastón; yo a la zaga, cargando el gallo como a un niño, orgulloso de la distinción y confianza que esto me significaba. En ese momento hubiera deseado que me contemplaran mis compañeros de escuela. ¡Pues ahí era nada tener un amigo como don Fidel y llevar en brazos al general Peyegrini!

Mis deseos se cumplieron a medias y en forma muy distinta a la que imaginaba. Topé con un muchacho de mi curso, pero el muy bellaco, lejos de admirarme, me señaló con el dedo y me gritó:

— ¡Eh, zopenco! ¿No te da vergüenza andar cargando gallinas por la calle?

Lo que más me ofendió fue el calificativo con que se denigraba al campeón. ¡Gallina el general Peyegrini! ¡Era inaudito! Le contesté furioso:

— ¡Más gallina será tu abuela!

A no estar allí don Fidel, el asunto hubiera terminado en pugilato; pero el viejo, filósofo experimentado, me aconsejó:

— No le hagáis caso; es un envidioso.

Así aprendí que las distinciones y honores, lejos de granjearnos admiración, nos concitan enemistades y envidias.

El reñidero, o mejor dicho la pista, estaba construída bajo un espacioso galpón de zinc. Consistía en un redondel de unos dos metros de diámetro cercado por una valla de tablas acolchada por la parte interior y forrada con una tela de rojo vivo. Una hilera de sillas con asiento de esterilla circundaba la pista: era el sitio reservado a los patricios — la cátedra, como se le llamaba —; en un pequeño anfiteatro, hecho con tablones como el de los circos ambulantes, se acomodaba la plebe.

Cuando llegamos, por indicación de don Fidel, metí al general en una jaula, a la que cubrí con una bolsa de arpillera a fin de evitar emociones al campeón que se alborotaba cuando pasaba por sus proximidades algún perro o se enfurecía si descubría cerca a otro gallo. El viejo me indicó la conveniencia de que no me alejara del sitio y mantuviera los ojos bien abiertos. Ducho en las marrullerías del oficio, me explicó que, en un descuido, algún mal intencionado podía clavar un alfiler emponzoñado en el cuerpo del gallo o, lo que era peor, untarle grasa de zorro en las narices.

— Apenas la huele, el gallo se acobarda, y se manda a cambiar. Y yo no 'estoy pa pasar vergüenzas. ¡Nunca se ha ido un gallo de mi cría!

Hubo una pelea sin importancia. A pesar de mi curiosidad, fiel a la consigna, no abandoné ni un instante mi puesto. Puedo asegurar, en consecuencia, que nadie se propasó con el gallo.

Por fin llegó el ansiado y a la vez temido momento de la gran riña. Entre don Fidel y sus amigos ha-

bían reunido doscientos cincuenta pesos. El viejo me comunicó que me llevaba dos en la parada. Sacó, extremando los cuidados, al gallo de la jaula, y lo llevó a pesar. El general Peyegrini fue colgado de una romana lo mismo que su adversario, y como el peso, onza más o menos, fuese parejo, la pelea quedó definitivamente concertada. Se depositó el dinero en manos del juez, un viejo gordo y calvo, y se dio comienzo a los preparativos del combate.

Don Fidel calzó personalmente los pullones a su gallo, y lo presentó al juez. El gordo limpió concienzudamente sus espejuelos, y examinó el cogote del animal, poniéndose tan cerca, que parecía ocupado en olerlo. Me dijeron que averiguaba si las plumas habían sido frotadas con sebo, lo que constituía una desventaja para el contrario, porque en esas condiciones no podía hacer uso eficaz del pico. Luego pasó una badana por los espolones. Lo mismo hizo con Alem, el temible enemigo.

El juez, poseído de la importancia de su papel, agitó solemnemente una campanilla. Lo mismo había visto hacer al vicegobernador de la provincia cuando, en la legislatura, declaraba abierta la sesión. Luego dijo con una voz aflautada que contrastaba con su obeso corpachón:

— ¡Larguen!

Los gallos fueron lanzados al redondel.

El combate comenzó de inmediato. Los adversarios saltaban aleteando tratando de herirse, pero sin hacer uso del pico. Unos momentos después, se produjo la lucha cuerpo a cuerpo, enconada, terrible, a muerte. Los enemigos, extendidos y tensos los cogotes, se espiaban, se seguían, se acometían con saña feroz. Cuando lograban clavarse el pico en la cresta, que ambos llevaban recortada, se levantaban a fuerza de alas y lanzaban terribles puñaladas con los espolones

de bronce que les habían colocado. La riña, durante un cuarto de hora, fue muy pareja. Ambos campeones se valían de las artimañas más curiosas: fingían huir — salían, como dicen los entendidos — o escondiendo la cabeza bajo el ala del contrario la sacaban por detrás para prenderse de la cresta y herir en la nuca. Eran gallos de "gran estilo", según el veredicto unánime de la cátedra.

De pronto tuve una impresión desagradable: parte del público comenzó a gritar:

— ¡Diez pesos a Alem!

— ¡Diez a ocho a un gallo!

— ¿Qué ha pasado?. — pregunté a don Fidel, pues, por más que miraba, no acertaba a darme cuenta del motivo de la algazara.

— Mi gallo está torcido — respondió el viejo, preocupado.

Observé con más atención: el general Peyegrini parecía mareado, vacilante, como si se le hubiera nublado la vista — groggy —, como dicen nuestros deportistas. El juez gordo, que estaba sentado delante de mí, me explicó con su vocecilla de flauta que eso ocurría cuando el gallo era "hincado" en la nuca.

— Puede componerse — dijo esperanzado don Fidel.

El pobre anciano sufría. Bastaba mirarlo para seguir las peripecias de la lucha. Cuando su gallo se levantaba, don Fidel, para animarlo, gritaba:

— ¡Metéle nomás! ¡Leña! — Y pegaba en el suelo un tremendo estacazo con su pata de palo. Cuando el golpeado o herido era el general, el viejo se encogía como si el pullonazo hubiera penetrado en sus carnes; hacía ademán de cubrirse con los brazos, y exclamaba:

— ¡Ayita!

Como mi amigo lo había previsto, el gallo co-

menzó a reaccionar. La lucha iba enardeciéndose, tornándose cada vez más feroz. Los combatientes ya no se defendían; atacaban ciegos de furor; la sangre les burbujeaba en los picos, les corría a lo largo de los pescuezos, y salpicaba los ajados plumajes llenos de polvo. El general Peyegrini tenía un hondo puntazo en la cabeza cubierto de un coágulo negruzco.

— ¡A las tablas pago! — gritó don Fidel.

Nadie respondió.

— ¿Ande se han metío los guapos? — preguntó con sorna el viejo. — ¿Qué no'staban dando usura? ¡Pura boca!

Se hizo silencio; sólo se oía el golpear de las alas en el redondel.

De pronto se produjo una nueva gritería:

— ¡Veinte pesos a Alem!

— ¡Cincuenta pesos a un gallo!

— ¿Da las tablas, don Fidel?

— ¡A buenas horas rebuznas!

Nuestro gallo había perdido un ojo. Combatía reciamente sin embargo; pero desde ese instante, el enemigo empezó a sacarle ventaja. Consiguió inferirle heridas graves en el cuerpo y la cabeza. El general Peyegrini abría el pico jadeando, bajaba el cogote, y cerraba los ojos como asaltado por modorra invencible. Alem también estaba muy fatigado y herido. El combate se interrumpía unos instantes, pero alguno de los adversarios acometía, y la lucha recomenzaba más enconada que nunca.

— ¡Cien a veinte a un gallo! — gritó alguno.

— Le han sacao el otro ojo — me dijo don Fidel. — Por eso'stán voraciando.

¡Ciego!

Sentí un escalofrío de horror.

— ¿Por qué no lo levanta, don Fidel? ¡Pobre animal!

— ¡Eso jamás! ¡El buen gallo muere en la cancha!

El bravo animalito, haciendo un esfuerzo, levantaba el cogote acribillado, e inclinaba la cabeza como si escuchase; después atacaba. A veces daba un encontronazo a su invisible enemigo; otras, se golpeaba contra las vallas del redondel.

— ¡Pido silencio, señor juez! ¡Mi gallo 'stá peliando a óido! — exclamó don Fidel.

— ¡Silencio, señores! — chilló la voz de zampoña del juez, mientras agitaba la campanilla.

El gallo se encogía; parecía que se había empequeñecido. Dio algunos pasos como atontado.

— Está por irse — dijo una voz.

— ¿Cómo? — rugió don Fidel poniéndose de pie. — ¿Acaso este es de tu familia? — Y enarboló amenazador su garrote.

— ¡Cálmese, don Fidel, cálmese! — exclamaban varios a la vez. El viejo temblaba de furor.

— ¿Cuándo has visto irse un gallo de mi cría? ¡El que te vas a ir sos vos, calzonudo!

Entonces ocurrió algo inesperado: el gallo, como si hubiera comprendido lo que ocurría, hizo algo portentoso. Con un esfuerzo supremo, en el que concentró cuanto le quedaba de fuerza y de vida, se irguió, batió las alas, y desde la noche trágica de sus tinieblas, lanzó un canto claro, vibrante, desafiador. Luego, agitado por un temblor convulsivo, fue sentándose lentamente sobre las patas; se tendió sobre un costado, y quedó inmóvil. Estaba muerto.

— ¡Eso es gallo! — gritó don Fidel.

Sonaron aplausos.

— ¡Riña! — trinó el caramillo del juez.

Años después, me encontraba de vacaciones en Jujuy. Acababa de cursar quinto año de derecho, de manera que mis comprovincianos ya me consideraban como abogado. Cierto día el señor Tristán Osán, segundo jefe de policía, me pidió que defendiera a un pobre viejo que se encontraba procesado. No fue poca mi sorpresa al enterarme que se trataba de don Fidel: había herido gravemente de un balazo a un tahur, que tras jugarle sucio, intentó ultimarlo cuando descubrió la fullería.

Se trataba de un caso evidente de legítima defensa. El fiscal pedía, sin embargo, una condena, arguyendo que el procesado hubiera podido evitar el hecho dándose a la fuga. Repliqué que eso era imposible tratándose de un octogenario que además tenía una pierna cortada, y, citando al viejo Pacheco, añadí que: "la ley se ha hecho para hombres y no para liebres".

Como supe que don Fidel había manifestado deseos de verme — y yo también los tenía —, fui a visitarlo. Estaba muy envejecido, pero en sus ojos aún brillaba una llama bravía. Le leí mi defensa. El viejo escuchó en silencio con profunda atención. Cuando terminé, me estrechó la mano y me dijo:

— ¡Muchas gracias! Yo no entiendo de leyes, pero... ¡te aseguro que eso de la liebre me ha gustao!

LA FANTASMA DE LA ISLA

El diablo me deparó
Este hombre o esta fantasma...
. . . . . .
Yo la tengo de seguir
Y hemos de ver en qué para.

J. DE CAÑIZARES, El picarillo en España

Después de la cena, los peones solían quedarse charlando en torno al fogón.

Yo no faltaba a la tertulia. Esos hombres rudos me atraían. Eran seres más originales que los que ordinariamente trataba. Amaban los relatos fantásticos y espeluznantes; conocían los misterios de la selva; eran fuertes, hábiles y sufridos. En mi niñez los miraba como personificaciones del heroísmo y la sabiduría. Es claro que no a todos, porque, aunque niño, ya tenía cierta malicia que me permitía distinguir lo falso de lo verdadero, las virtudes auténticas de las simuladas. Creo que el temprano trato con esta clase de hombres me ha servido mucho después, pues no todos han tenido oportunidad de enfrentarse con la naturaleza humana al desnudo desde la infancia.

Mi favorito era un viejo, don Simón Toconás, indio de pura cepa, probablemente uno de los últimos descendientes de la tribu de los palpalaes. El rostro enjuto, surcado de profundas arrugas, de subido tinte cobrizo; la barba lacia y rala; los ojillos oblicuos; unos cuantos pelillos caídos al uso de los chinos a guisa de bigotes, certificaban su linaje aborigen. Era de regular estatura, apergaminado, sarmentoso como un churqui seco.

BIBLIOTECA NACIONAL
1974
BUENOS AIRES

Ni el mismo sabía su edad, pero a estar a los recuerdos de mi padre, que lo conocía desde niño, debía andar por los setenta años. Se conservaba ágil y fuerte, y como buen indio, tenía negro el cabello e intacta la dentadura, aunque manchada de verde por el uso continuo de la coca.

Por sus años, su condición un tanto huraña, sus ademanes herráticos y cierto aire misterioso de que sabía rodearse, gozaba de fama de sabio y agorero. Se le respetaba y hasta temía por los otros peones, que lo creían en trato con seres del otro mundo.

Los conocimientos de don Simón eran muy variados. Era un meteorólogo infalible: nadie como él presentía en la dirección del viento, los chillidos de las chuñas o el vuelo nervioso de las golondrinas, la lluvia por venir, ni presagiaba con tanta seguridad la tormenta apenas comenzaba a incubarse en el seno de las nubes encalladas en la falda lejana de la cordillera; el color de los celajes o del arco iris, le permitían pronosticar la sequía. Era también médico y sabía curar "al cristiano" y a los animales "por el rastro", haciendo uso de conjuros y ensalmos que él sólo sabía. El folklore de la región tampoco tenía misterios para él: conocía infinidad de coplas, consejos y fábulas; las peripecias de Juancho, el zorro, en sus devaneos galantes con su tía "la tigra", las arterías del quircuincho; las andanzas nocturnas de la "acatanca" y su "avelorlado" compadre el "chilicote".

A estos conocimientos más o menos orgánicos y serios, se sumaban otros que constituían una interesante miscelánea. Así, el viejo podía decir a qué santo era menester rogar para que el alma del "finao" no encontrara demasiado riguroso a "San Pegro", portero del cielo, y se volviese a borrar sus pasos en la tierra y a asustar a los vivos; las palabras mágicas con que se apacigua el avispero embravecido o la víbo-

ra a punto de morder; la oración que se dirige al "tatito San Roque" para que contenga a los perros enfurecidos o rabiosos, y las invocaciones mediante las cuales la Pachamama se digna proteger a los sembradíos y fecundar el vientre de las vacas, ovejas y cabras.

No es extraño, pues, que a los diez años de edad, tanta ciencia me deslumbrara, y más si se tiene en cuenta que el viejo era habilísimo para construir molinos, pipas, flautas y barcos con tablillas y cañas, juguetes que me gustaban más que los adquiridos en las casas de comercio de Jujuy, porque tenían el mérito de ser "hechizos", palabra que en aquellos tiempos tenía para mí no sé qué sabor atrayente y esotérico.

Don Simón por lo demás, era un peón excelente: honrado como una alcancía, experto en las faenas de la siembra y el cuidado de los ganados, leal, comedido y sobrio, salvo en ocasiones excepcionales: elecciones, "velorios" o encuentro con algún viejo amigo, circunstancias en que empinaba los codos, y volvía "pa la sala" tambaleándose y canturreando sobre la jaca.

Asistía también a estas reuniones de sobremesa Gabriel Vilte, "chicoanisto", hombre de unos treinta y cinco años, bastante blanco, barbudo, vigoroso y flexible. Este era el bravucón de la rueda. Su especialidad era el relato de pendencias y duelos a puñaladas de los que, según él, había salido invariablemente vencedor. Yo sentía por él gran admiración: encarnaba para mí la proeza y el valor. Después, he sabido que no era tan valiente como decía, pero en aquellos tiempos aún no había descubierto cuánta innoble cobardía se oculta generalmente tras las baladronadas del matón profesional.

Otro infaltable contertulio era Lorenzo Quipildor, el colla, apodado así por su origen boliviano. Era es-

te individuo un jayán lampiño, trapecista y leguleyo, cobarde como una gallina. Los ratos de ocio los empleaba en leer "El abogado de sí mismo" de Daireaux, que luego aplicaba, no sin habilidad y sutileza, en las embrollas y líos en las que continuamente andaba metido.

Alberto Arce, un mocetón que hacía unos años había quedado huérfano y fue colocado en casa por el Defensor de Menores, y Pedro Tarifa, un muchacho de unos once o doce años, hijo de la cocinera, completaban normalmente a la junta, a la que a veces honraba con su presencia don Joaquín Bellido, administrador de la finca y aparcero de mi padre.

Era una noche de verano, fresca y estrellada. Las brasas moribundas del fogón brillaban como rubíes debajo del frondoso duraznero llamado "de la cocina", porque allí se guisaba la comida para los peones cuando el buen tiempo lo permitía. Pedro Tarifa arrancaba del birimbao suaves y monótonas tonadillas: el vuelo del cóndor, el trote del zorro y el galope del suri. El eco soñoliento de la musiquilla parecía concertarse con el chillar de los grillos, escondidos por millares, en los alfalfares cercanos. Sobre los árboles de la huerta, se levantaba majestuosamente Orión tendiendo su arco de estrellas en dirección a Sirio que centelleaba en el centro de un nimbo amarillento.

— ¡Hum! No hay que jugarse con las ánimas — decía sentenciosamente don Simón en el momento en que me acerqué.

— ¿De qué se trata? — pregunté.

— Diz que anda el barchila — contestó Alberto.

— ¿Y qué es eso? ¿Un pájaro?

Alguien se rió en la oscuridad. Don Simón explicó:

— Cuando el cristiano muere sin confesión, sale por las noches el ánima y güelve ande estaba amañada a vivir. Lo mesmo sucede cuando no lo entierran en sagrao. Y al bulto y sombra del aparecío le saben llamar barchila.

— ¿Y dónde ha aparecido ahora?

— Tuitas las noches se siente tabiar bajo el algarrobo del patio. Y patente se lo oye al finao alegrarse cuando clava suerte, y renegar cuando echa el otro.

— Hay ser el alma del finao García — dijo Gabriel.

Un tal García había sido dueño de la Quinteja, la finca de mi padre. Yo había oído hablar vagamente de él, como de un hombre pendenciero, jugador y juerguista.

— Capaz nomás de ser él — contestó el viejo.

— Hombre tremendo era el finao — continuó Gabriel. — ¡Había que verlo tirar los billetes en las tabiadas! ¡Y le gustaban muy por demás las mozas! ¡Y siempre sabía andar bien montao, con el apero bien chapiao y las riendas y la cabezada con bombas de plata también! ¡Y voraciador como él solo sabía ser! ¡Y una luz pa'l cuchillo!

— ¿Que vos lo has conocido? — preguntó el viejo.

— ¡Y claro! Un poco antes que venga usté de los Alisos, lo mató Sixto Villagra, el capataz de Severino. Una ocasión me anduvo buscando el lao, pero yo no le hice juicio porque estaba machao, que denó... E hizo un gesto vago como dando a entender que él hubiera ajustado las cuentas a García si no se hubiera compadecido de su estado.

— No sabía que lo habían muerto..

— Jué pa carnaval, en la carpa de don Moya.

— Ahá.

— Cuestión de polleras.

— ¡Contá, po! Dejate de hablar a gotas, como si'stuvieras repartiendo plata.

— Parece que el finao andaba aficionao de la Carmen, la mujer de Sixto. Y como era tan atrevido, cuantito la vio medio enchispada en la carpa, comenzó a ramiarla pa tras la quincha. Pero Sixto lo pilló, y le reclamó. ¡Mejor no le hubiera dicho nada! García peló el cuchillo y se le jué al humo. Sixto fue reculando hasta que se trabó en un banco y se jué al suelo. Y ahí tuavía el finao le dio un puntazo en la muñeca. Entonces Sixto sacó un revólver de bajo el poncho, y le hizo un tiro desde el suelo. Y la bala se le había dentrao en el corazón.

— Cairía seco.

— No tuvo lugar ni pa decir Jesús. Ahí nomás cayó antarca, echando sangre por la boca.

— Entós él nomás ha'i ser el que anda saliendo.

Don Simón, gravemente, explicó que si uno llegaba a toparse con un fantasma, a fin de evitar una agresión, porque según parece que existen barchilas de malas pulgas, lo mejor era rezar un credo y dos aves, y hacer "una tras otra" la señal de la cruz y una higa.

— A ocasiones esto basta pa que l'ánima se güelva al purgatorio u al infierno de ande sale escapada. Pero hay finaos que son porfiaos de no creer; entós hay que poner una cruz ande los han enterrao, y si tuavía güelven mandarles decir unas misas.

Gabriel informó entonces que había oído decir que, en el callejón de la Isla, precisamente en el sitio donde este termina, en el límite con los potreros de El Pongo, hacía tiempo que salía un barchila. A estar a sus noticias, éste pertenecía a una clase distinta del que se entretenía en jugar a la taba bajo el algarrobo de la casa. Era un encapuchado gigantesco, que echaba fuego por las narices y la boca, y que agredía sin más a los viandantes que se atrevían a pasar por aquellos

lugares a altas horas de la noche.

— Hace unos días nomás lo ha corretiao al Alejandro, el hijo'i don Cipriano Soruco, y lo ha hecho perder las alforjas y la plata que'staba trayendo de la estación.

— Han de ser mentiras del muchacho — dijo el colla Lorenzo. — A lo mejor se ha gastao la plata por ahí, y le ha hecho el cuento al tata. ¡Bien diablo es el tal Alejandro!

— ¿Mentiras? — saltó Pedro indignado. — ¡Si ha quedao atontao y medio tartamudo del susto! ¡Yo lo había'i ver si lo corretiaran a usté!

— Calláte vos — respondió el colla —; de seguro que algo te ha dao y por eso lo'stáis defendiendo.

El muchacho, furioso, se retiró de la reunión mascullando insolencias y amenazas de las que sólo pude entender la palabra "colla", que él empleaba como el más ofensivo de los insultos. Lorenzo también debió oirlo, porque le gritó:

— ¡Te has de limpiar la jeta pa hablar de los bolivianos!

— ¡Calláte, oh! — le dijo don Simón. — ¿Que te vas a poner a peliar con el mocoso?

Pedro se desfogó entonando en su birimbao, unos pasos más allá, un furioso "vuelo del cóndor", tal vez para dar a entender que él, como argentino, estaba muy por encima de todos los collas habidos y por haber.

En aquel momento se acercaron mi padre y Bellido. Hablaron de la siembra del maíz que estaba retrasada; de la sequía que amenazaba concluir con los alfalfares; de la escasez de agua que dificultaba el riego; de todos esos pequeños y grandes inconvenientes que hacen tan difícil y dura la vida de los agricultores del norte.

Yo, que no las tenía todas conmigo, informé a mi

padre de la aparición de García. Callé lo de la Isla porque el asunto no me interesaba: al fin y al cabo el famoso callejón se encontraba a dos o tres kilómetros de distancia, pero no me parecía correcto ni agradable que el espectro de un forajido, como resultaba haber sido el tal García, eligiera el algarrobo del patio para sus tabeadas y borracherías. No dudé de que mi padre, a quien yo creía todopoderoso, iba a tomar cartas en el asunto y a poner de inmediato las cosas en su quicio. Pero mi relato pareció divertirlo.

— ¿Con que viene a tabear? ¿Y quién lo ha visto?

Resultó que nadie. Don Simón afirmaba haberle oído, sentido— decía él. — Y para que no quedara duda de la verdad de sus asertos, apeló al fidedigno testimonio de los perros. Apenas empezaba el ruido de la taba, cuando la noche se poblaba de temerosos aullidos. Y nadie, a no ser un ignorante en las cosas de las ánimas, desconoce que los canes avisan de ese modo la presencia de los fantasmas.

— Si viene otra vez — dijo mi padre a don Simón — dile que lo voy a esperar una de estas noches, y que venga con plata, porque pienso apostarle fuerte.

— ¡No se juegue con las ánimas, patrón!— contestó el viejo, y empezó a murmurar palabras ininteligibles.

El anciano rezaba.

Terminadas las vacaciones, hube de volver a la ciudad para reingresar a la escuela. Las espantosas operaciones de quebrados, que sospecho nadie ha entendido jamás; el inextricable laberinto que se llama "reducción a un común denominador", y otras cosas tan incomprensibles, inútiles y difíciles como ésta, pronto me hicieron olvidar por completo a García y su fantasma.

Cuando llegaron las vacaciones del mes de julio, pedí a mi padre que me permitiera ir a pasarlas en la Quinteja. La licencia me fue acordada siempre que encontrase una persona responsable que me acompañase. Para llegar a la finca era necesario tomar el tren hasta Perico, y desde allí caminar algo más de dos leguas, que se hacían en coche o a caballo. Me puse en campaña de inmediato, y después de mucho averiguar y resolver, supe que don Juan Canedi, el dueño de la isla, viajaba esa tarde — era el siete de julio — y le pedí que me llevara. Don Juan, muy amablemente, me dijo que tendría mucho gusto en hacerlo, y que prefería pasar las vacaciones en su casa, en compañía de sus hijos, se ponía a mis órdenes. Pero yo ansiaba charlar con don Simón y decliné la invitación.

Era don Juan Canedi un agrimensor italiano, amigo de mi familia, y nuestro vecino, pues la Isla colindaba por el norte con la Quinteja, y su casa apenas si distaría unas diez cuadras de la nuestra, de manera que se trataba de un guardián ideal y mi padre no tuvo nada que objetar.

Me parece estar viendo a ese buen viejo Canedi, fallecido hace pocos años en Salta, después de una vida honrada y laboriosa. Era de estatura algo superior a la mediana, vigoroso, activo. Tenía el mentón fuerte y cuadrado, lo que según se dice es indicio de carácter enérgico y autoritario. El cabello rubio que llevaba siempre cortado al rape, y los ojos de un azul muy claro le daban el aspecto de un nórdico. Al verlo se hubiera dicho que era noruego o dinamarqués y no un toscano de pura cepa. Según rumores era hombre de genio vivo, aunque universalmente se le reconocía de excelente corazón.

Partíamos en el tren de las cuatro — de las diez y seis como dicen ahora, costumbre que detesto. — A las cinco estábamos en la estación Perico. Nos espera-

ba un sulky, "araña" le llamábamos allá, y si hubiéramos partido de inmediato hubiésemos llegado a la Isla alrededor de las seis y media. Pero don Juan me dijo que tenía que verse por asunto de negocios con algunas personas, y que lo esperase en el hotel de don Angel Biotti mientras él se desocupaba. Allí me instalé en el comedor, y saqué de mi maletín Robinson Crusoe, que mi padre acababa de obsequiarme en premio de mis buenos exámenes; y con ese don maravilloso que tienen los niños de vivir lo que leen, pronto navegaba en compañía del andariego por mares remotos, naufragaba, y arribaba a la isla desierta.

Don Juan llegó al hotel cerca de las ocho, pero tampoco salimos. Biotti, que era muy parlanchín y algo jactancioso, comenzó a contar que la noche anterior había ganado una partida de billar por no sé cuantas carambolas, cosa que pareció picar a Canedi que le dijo:

— ¡Bah! ¡Te cuego tirando por baco la pierna e te gano por una raya!

Y helos aquí trabados en singular batalla de carambola, mientras yo ayudaba a Robinson a salvar los restos del naufragio, y a acomodarlos en la playa solitaria.

De pronto, don Juan me dio una palmada en el hombro y me dijo:

— ¡Decá el libro, Danielito! ¡te v'a morir de tanto estudiar! E má vale un buro vivo que un sabio muerto. Comemo aquí — ya l'e ganao la comida a este farabute de Anquel; — duerme esta noche en la Isla, e mañana temprano te mando a la Quinteca.

— Como usted quiera, don Juan.

Salimos cerca de las diez. Hacía un frío intenso. La araña no tenía faroles y la noche, en los primeros momentos, me pareció como boca de lobo. Pero poco a poco mis ojos se fueron adaptando, y empecé a dis-

tinguir claramente el camino. El cielo estaba despejado, y el resplandor de las estrellas alumbraba la tierra.

Bien envuelto el cuello en la bufanda, y con los puños apretados en los bolsillos del sobretodo, me sentía relativamente cómodo y a cubierto del frío. Don Juan iba silencioso, con la vista fija en el camino. La araña volaba tirada por un brioso trotón que hacía brotar chispas bajo las herraduras. Descansamos, como era costumbre en aquellos pagos, frente a la casa de Frías, bajo una gran tipa que crecía al borde del callejón, junto a una acequia.

Después me adormecí. De pronto unos violentos barquinazos, y la sensación de que el sulky se había salido del camino me despertaron. Don Juan apenas si podía contener el caballo que pugnaba por volverse y huir. Al frente cerrándonos el paso, se erguía un espectro con todas las de la ley: una fantasma vestida de blanco, de mayor estatura que la de los comunes mortales, que echaba fuego por los ojos, boca y narices.

El caballo, que había quedado de costado contra un cerco, se apaciguó un tanto, y don Juan me gritó:

— ¡Tenéme las riendas! — y poniéndomelas en las manos, se tiró de la araña látigo en mano. Yo tiritaba de miedo.

— ¡Día cane! ¡Fúlmine! ¿Fantásima a mé? ¿A mé? — vociferaba mi compañero. Y sin vacilar se dirigió a la aparición.

La batalla fue breve. Canedi envolvió a la fantasma de un latigazo que cortó los aires silbando, y dio en el suelo con ella. Se oyó un ruido como de latas, y de entre el ropón blanco salió un individuo que echó a correr, no sin que don Juan, que trataba de alcanzarlo, le atizara tres o cuatro latigazos más. Pero el fugitivo ganó el portillo de un cerco y se perdió en un chalar. Tuve la vaga sensación de que había visto

en otra parte esa silueta. Sí: yo conocía esa manera de correr... Pero, por más que me esforcé, no pude traer a la conciencia la nebulosa reminiscencia.

Don Juan volvió al lado de la araña sofocado.

— ¡Securo qu'é un indio ladrón! ¡ma si lo llego a agarrar no le deco una costicha! Mañana le voy telefoniar al Ñato Ramón (se refería a don Ramón Fascio, comisario del Carmen). Y luego repetía en el colmo de la indignación:

— ¿A mé? ¿A mé?

Recordé al atrevido manchego exclamando frente a la jaula de los leones: ¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos? Y traduje para mi capote:

— ¿A nosotros fantasmitas? ¿Fantasmitas a nosotros?

Luego examinaba los despojos del combate. El disfraz del malandrín consistía en una especie de albornoz blanco, hecho posiblemente con restos de sábanas, que el bribón colocaba sobre un tirante de madera en el cual había clavado un tarro de regular tamaño. En él había horadado ojos, boca y narices; una vela fijada en el fondo, completaba el atuendo terroríffico.

Don Juan, haciendo uso de su derecho de vencedor, cargó con el botín, y lo acomodó en el piso del sulky.

El viaje terminó sin más ocurrencias.

Dos días después me encontraba en la Quinteja construyendo un rancho liliputiense. Pedro Tarifa me ayudaba. Estábamos solos. Bellido y los peones andaban en el trabajo. Desde abajo de unos chirimoyos, sitio que habíamos elegido para la construcción, podíamos ver el camino y reparar en los que pasaban de

largo o llegaban a la casa.

— Ahí se ha arrimao un milico — dijo de pronto Pedro.

Como el hombre golpeara las manos desde el caballo salimos a recibirlo. Se trataba del sargento Flores, de la Comisaría del Carmen, a quien conocía. El representante de la autoridad no tenía de "milico" más que una vieja chaquetilla con botones dorados que ostentaban el escudo de la Nación. El resto de la vestimenta era civil: bombachas con franja lateral "avispero", botas "acordeón" y un enorme chambergo de color indefinible.

El sargento echó pie a tierra, ató el caballo en el alambrado, y aceptando mi invitación, entró a descansar en la galería. Ordené a Pedro que le sirviera un vaso de vino. El policía se lo bebió de un sorbo y se enjugó los labios con la manga.

— Muchas gracias, niño. Ando en averiguaciones.

— ¿Por el asunto de Canedi?

— Ahá.

— Yo estuve presente y vi todo — dije para darme importancia.

— Ahá. ¿Y cómo era el bulto?

Se lo describí lo mejor que pude.

— ¿Así es que el hombre era grandote?

— Sí, era un hombre alto.

— ¿No pudo reconocerlo?

— No, aunque tuve la impresión de que se trataba de alguien que me era conocido.

— Ahá.

En esto Pedro dijo inesperadamente:

— Yo sospecho quien es el tal barchila. ¡Pa mí que es el colla!

Tuve de inmediato la certeza de que el muchacho no se equivocaba. De pronto la confusa imagen que

rondaba en mi subconciencia se aclaró, y hube de reconocer que el hombre que había visto la noche del suceso era Lorenzo. Pero he odiado siempre la delación, y reprendí al entrometido:

— ¡No seas tonto! ¡Callate la boca!

El muy ladino fingió no oirme, y continuó atropelladamente:

— ¡Hum! ¿Qué habrá crêido que me mete los dedos a la boca? ¿Pa que, entonces, anda ensillando caballo a deshoras i la noche? ¿Y ande se queda a ocasiones hasta el amanecer? ¿Y qué acaso no me ha dicho el Alejandro Soruco que cré que era él el que lo corretió la vez pasada? ¡Hum! ¿Y ande ha aparecío el cinto que se le perdió a don Alberto sino en su poder? ¡Hum!

El sargento escuchaba atentamente sonriendo; después preguntó:

— ¿Ande vive ese tal Lorenzo?

— Ahicito nomás, como a una cuagra — informó Pedro.

— Vamos — dijo el policía levantándose.

Lo acompañamos hasta el rancho de Lorenzo. Admirador apasionado de Sherlock Holmes, olvidé el disgusto que me habían ocasionado las indiscreciones de Pedro, y adopté el papel de Watson del tape criollo encargado de la pesquisa. El sargento derribó de un empellón el cuero con que Lorenzo cerraba el rancho, y sin más preámbulo penetró en el interior. Abrió con la punta del cuchillo un baúl que había en un rincón y empezó a tirar sin ceremonias su contenido al suelo de la habitación.

— ¡Esas son las alforjas de don Soruco! — gritó Pedro.

— ¿Ande vive ese Soruco? — preguntó el sargento.

— Ahicito nomás, al frente.

— Ma ver: andá llamalo de una corrida.

No tardó mucho Pedro en regresar acompañado de don Cipriano Soruco, un patriarca barbudo y calmoso.

— Esas son — dijo cuando el sargento le mostró las alforjas.

— ¿Y ande s'tá aura Lorenzo? — preguntó Sherlock.

— Ta ayudando a desgranar máiz, ande don Gabriel.

— Vamos.

Encontramos al desventurado colla adonde Pedro había dicho, ocupado en embolsar el maíz que Gabriel y Alberto desgranaban en una máquina, mientras Bellido vigilaba la tarea, charlando unos pasos más allá con don Simón. El sargento saludó:

— ¡Güenas tardes! — Y llamó aparte a Bellido. No pude oír lo que hablaban, pero de pronto gritó don Joaquín:

— ¡Che, Lorenzo, arrimate!

El colla obedeció un poco pálido.

— ¡Dése preso! — dijo el sargento tomándolo de un brazo.

— ¿Ande está la orden? — preguntó Lorenzo.— Si el juez no ordena, no puede tomarme preso. ¿Se'stá creendo que no conozco mis derechos? Si me lleva lo'hi demandar por el perjuicio.

— Eso decile a don Ramón en Perico — contestó Flores.

— ¿Y quién es usté pa vosiarme?

— ¡Bueno, acabemos! — dijo el sargento enojado. — ¡Callate, colla i... o te vuá hacer suceder a guascazos aurita nomás! ¡Prestenmé una piola!

Pedro, lleno de alegría, se la proporcionó. El sargento maniató con ella a Lorenzo, y mandó al muchacho a traer el caballo que había dejado en la casa.

Echó en ancas al prisionero y partió.

— ¡Lagrón! Aura te van a enseñar a ser gente y te van a cortar las uñas! — gritó Pedro.

— ¡Colla había'i ser pa ser tan bárbaro! — comentó don Simón. — ¡Vean que elegir a don Juan pa asustarlo!... — Meneó pensativamente la cabeza y añadió:

— ¡Gringo más rasquincho!

LA INGLESITA DE LOS LAPACHOS

She dwelt among the untrodden ways
Beside the springs of Dove;
A maid whom there were none to praise,
And very few to love.
A violet by a mossy stone
Half-hidden from the eye!
Fair as a star, when only one
Is shining in the sky.

W. WORDSWORTH

No bien supe que el viejo Simón había de ir a Pampa Blanca, decidí tomar parte en la excursión. El viaje prometía ser maravilloso: cinco o seis leguas en la carreta de bueyes, desde el alba a la noche, por el camino del Bordo de la Isla, el callejón de Santo Domingo y los viñedos de Monte Rico, término último de mis conocimientos geográficos en aquellos tiempos; más allá lo desconocido, el descubrimiento, tal vez la aventura.

Me encontraba a la sazón en La Quinteja al cuidado de mi abuela paterna y sabía, por triste experiencia, que la buena señora no aprobaría mi proyecto, ni consentiría que lo ejecutase. No gustaba de las andanzas que constituían mi felicidad. Aterrábanla las caídas del caballo, las malas compañías, los innumerables y desconocidos peligros que, como espíritus malignos, a todas horas nos acechan. Tenía, además, cierta ojeriza a mi amigo don Simón, a quien achacaba el enseñarme palabrotas y llenarme la cabeza de fábulas tan vanas como absurdas. Resolví, pues, fugarme, y de esa manera hacer imposible toda resistencia.

Con este maduro y firme propósito, me fingí indispuesto, y me recogí muy temprano la víspera de la

partida. No pegué los ojos en toda la noche. Mi conciencia no estaba limpia, pues sabía que mi abuela, al no encontrarme al día siguiente, iba a desesperarse. Pero más pudieron mis deseos y mi bellaquería que toda otra consideración, y apenas oí, todavía obscuro, trajinar a don Simón en el corral frontero a la casa, me vestí sigilosamente y me lancé afuera.

Para asegurar el éxito de mi empresa, había guardado el más riguroso secreto. Ni siquiera dije una palabra al viejo peón, no obstante saberlo siempre indulgente con mis travesuras, y, las más de las veces, pronto a asumir el papel de encubridor o cómplice de mis fechorías. Pero, como todos, respetaba y temía a mi abuela, y yo no quería que mi plan quedara frustrado por una delación. Decidí aguardarlo en el camino, a varias cuadras de distancia de la casa, en la esperanza de que ante el hecho consumado, el viejo se encogería de hombros, y me permitiría llevar adelante mis propósitos.

Salí, a campo traviesa por los rastrojos, con la intención de ganar el camino sin ser descubierto. Crucé alambrados y cercos, alfalfares, huertos y besanas, hasta que, cuando consideré que me había alejado lo bastante, tomé hacia la izquierda y desemboqué en el carril que une el Bordo de la Isla con Santo Domingo.

Busqué un escondite en el cerco. Los alambrados aún no se habían difundido mucho por entonces y los terrenos de labranza se cerraban por medio de una zanja respaldada por un bordo de tierra, en el que se dejaban crecer árboles y matorrales, o se plantaban espinosos tunales, o se amontonaban ramas secas erizadas de aguijones. Bajé hasta la zanja por un portillo, y me senté debajo de un cochucho, desde donde podía vigilar el camino a través de las ramas. Estaba sofocado y jadeando por la larga carrera, y sólo después

de pasados algunos minutos empecé a observar lo que me rodeaba.

No había concluído aún de amanecer: una luz tenue y rosada que llegaba de soslayo del lado del naciente alargaba las sombras e irisaba el vaho que exhalaba la tierra húmeda. Una brisa mansa y fresca movía suavemente las hojas. Sobre mi cabeza, escondido en el ramaje, se desgañitaba un chalchalero. Una bandada de chascas cruzaba chillando el cielo. A mis espaldas, allá lejos, en los tipales de la Isla, gritaban las chuñas. Una lagartija, la cola en alto, atravesó el camino.

Don Simón no daba señales de vida, y yo, impaciente, aguzaba el oído con la esperanza de percibir el rumor de la carreta en marcha. Me descalcé, pues tenía las medias y los zapatos empapados por el rocío, y salí al camino. El viajero no aparecía por ninguna parte. Temí que hubiera recibido contraorden, se hubiera marchado por otro rumbo o, lo que era peor, se hubiera descubierto mi fuga y anduviera la casa revuelta en mi busca. Después de esperar en vano cosa de media hora, volví a mi escondite, y me entretuve en hondear a las urpilas que bajaban a beber en un charco cercano, sin acertar a ninguna felizmente.

Por fin, cuando ya me desesperaba, oí los tumbos que daba el carromato en los baches del camino. Momentos después ladraron unos perros, por lo que supuse que don Simón pasaba frente al boliche del turco Juan, distante unas cinco cuadras del sitio de mi escondrijo. En seguida percibí los chirridos del eje y los gritos del boyero:

— ¡Toróooo!
— ¡Hucya!
— ¡Tíiire!
— ¡Déle nomás!

Cuando pasó el carro por delante de mí, don Si-

món iba sentado sobre el yugo entre el testuz de los bueyes empuñando una larga aijada que blandía con gallardía como si fuera una lanza. Lo dejé proseguir sin chistar, agazapado en la zanja. Una vez que la carreta se hubo alejado unos cien metros, le di alcance a todo correr, arrojé en ella medias y zapatos, y me encaramé como pude. Ya sobre el carro me dirigí a gatas hacia la parte delantera, y espié con cautela al conductor. El viejo cabeceaba blandamente a compás del paso cadencioso de la yunta. Me pareció que nada había visto, y traté de buscar acomodo. No encontré sino dos gruesos costales de picote; hice un rollo con ellos; lo coloqué a guisa de almohada bajo mi cabeza, y a pesar del sol que comenzaba a picar, de los barquinazos y los gritos del guía, me dormí profundamente.

Cuando desperté, la carreta se encontraba detenida a la sombra de un sauce junto a una acequia. Don Simón estaba tendido a mi lado dormido al parecer. No bien me incorporé, sin embargo, se puso agilmente de pie y clavó en mis sus oblicuos ojillos maliciosos.

— ¡Ahá! Conque te habías venío... La que va a armar esta noche la señora doña Elisa, tu agüela. Va a ser de óir... Y seguro que no has sío trasa ni pa desayunarte. Aquí tenís un píaso i bollo que t'hi tráido en el buche. Y metiendo las manos bajo el poncho, sacó una de esas tortas doradas, amasadas con "semita" y chicharrón que saben a gloria y que sólo en tierra jueña se hornean.

Devoré un buen pedazo.

— Y has d'star creyendo que me has engañao, y que no t'istao maliciando y calando todo el tiempo — continuó el viejo.

— ¿Usted sospechó algo?

— ¡Bah!; si no había más que mirarte la cara. Y

ansí nomás el perro viejo no pierde el rastro. ¡Pa cuándo me has de engañar!

Mi admiración por don Simón subió varios puntos. Era, sin duda, omnisciente. Los pensamientos más ocultos y las intenciones más secretas llegaban a su conocimiento por vías misteriosas y sutiles. Era inutil tratar de esconderle nada pues leía en las almas como en la cartilla. Tal vez, como aseguraban los otros peones, tenía tratos con el demonio y asistía, en las noches de tormenta, a los aquelarres que ucumares y brujas celebran en un claro del bosque a la luz de los relámpagos, y allí se enteraba de las cosas más recónditas y tapadas.

Lo observé con disimulo, un tanto atemorizado. El viejo reía por lo bajo con los ojuelos perdidos en los párpados entrecerrados; la boca desdentada le llegaba casi hasta las orejas, y la cara se le contraía y arrugaba como una jareta.

— ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!... Tuavía te tienen que salir los colmillos pa que me metáis los dedos a la boca... Güeno, tenimos que seguir. Ya'stá alto el sol y nos queda un buen trecho. Bajate y tomá agua en l'acequia.

— No tengo sed, don Simón.

— No importa. El bollo quiere agua, porque denó empacha.

Me deslicé de la carreta, y poniéndome en cuclillas a la orilla de la corriente, empecé a recoger el agua en el hueco de la mano.

— Ansina no — dijo el viejo. — Echáte de barriga y sorbela.

— Pero, ¿que no da lo mismo?

— No, no da lo mesmo.

Hice como me lo indicaba, y él añadió complacido:

— Ansina te has de hacer hombre, y te has de endurecer, y has de servir, con el tiempo, pa'algo o pa

mucho.

Torné a trepar en el carro. Don Simón, para hacerme compañía, decidió abandonar su asiento sobre el yugo, y dirigir a los bueyes desde arriba. Lo hacía por medio de una coyunda amarrada en la base de la aijada y con gritos. Los animales parecían comprenderle y le obedecían de inmediato, dóciles a su voz.

— ¡Hueya! — y los bueyes se encaminaban de manera que las ruedas de la carreta entraran en las zanjuelas que el tráfico había cavado en el lomo del camino.

— ¡Güelva! — y la yunta empezaba a describir una curva.

El viejo me explicó:

— Cuando los güeyes son baquianos, da gusto caminar; denó, pa hacerles curviar o dar güelta, hay que tirar la coyunda al orejero y picaniar al magrino, y gritarle siempre lo mesmo pa que se amañen.

Entramos a un callejón sombreado por hermosos sauces llorones. De trecho en trecho, cruzábamos anchas acequias de aguas cristalinas y rumorosas. Por ambos lados se descubrían viñedos, plantaciones de maíz, naranjales y hortalizas. Estábamos en Monte Rico, tierra noble de mostos y sementeras. El aire se embalsamaba de menta, de hinojo y de jazmín. Empezaban a reventar las yemas, y las primeras abejas, despertadas por la primavera, acudían solícitas a libar en las flores tempranas.

— A las doce — me anunció don Simón — mos de'star an don Nuñez, cerca'l los Lapachos, y mos de almorzar.

Como a las dos cuadras del callejón, a mano derecha, alcanzamos a divisar una laguna. En lo alto de un árbol seco de la orilla, dos garzas blancas se espulgaban al sol. Una curva del camino nos permitió observar de más cerca: en la superficie azulada del a-

gua maniobraban, semejantes a barquitos de juguetes, chumucos, picazos y chachapollas. Los teros se perseguían y chillaban entre los juncos. El paisaje tenía el encanto apacible y un poco convencional de una acuarela. De pronto nos sorprendió el estampido de un escopetazo. Las aves se desbandaron en todas direcciones. Alcanzamos a oir el anheloso batir de las alas y los chillidos aterrados de las fugitivas. Observé como los patos silvestres se alinearon casi de inmediato. La línea, al principio, se acortaba, se alargaba, ondulaba como una larga víbora que se retorciera en el aire, pero muy pronto formó un ángulo perfecto y con el vértice señalando el rumbo del vuelo se perdió en las lejanías del cielo.

— Ha'i ser algún gringo — observó don Simón. — Con tal de tirar no respetan nada. Como si juera tiempo de cazar! ¿Que no sabrán que en esta época los pájaros andan empollando? ¡Si es como pa guasquiarlos!

A las doce, como había predicho mi compañero, llegamos a la casa de don Bonifacio Nuñez, situada en los aledaños de Monte Rico. Nuñez era viejo labriego de largas barbas canas, blanco, bastante bien trajeado y muy limpio. Tenía fama de ser hombre de medios, y así debía ser la verdad, porque su casa, bien enjalbegada y escrupulosamente barrida, denotaba holgura y bienestar. Nos recibió con exquisita cortesía y cierto empaque señorial que me encantaron.

— Ya lo'staba esperando porque sabía que hoy vendrían. Me lo dijo el compagre Bellido (se refería al administrador de la Quinteja) el otro día en Perico. Ya les tengo preparada la semilla de capia que andan necesitando. ¿Todos guapos por allá? Adelante; hagan de cuenta que están en su casa. ¿No gustan servirse algo fresco? Tengo unas cervezas en la acequia que ya han de estar heladas.

— Prefiero morao de ese que usté hace — contestó don Simón.

— Como guste. ¡Salustiano, tráite una jarra'i vino!

Apareció de pronto un muchacho que me produjo la impresión de haber surgido de la tierra, pues lo vi cuando ya estaba a mi lado. Traía en una bandeja una jarra y tres vasos que colocó sobre la mesa en la galería en donde nos encontrábamos. Después desapareció como por arte de magia.

La jarra era muy curiosa. Tenía la forma de un gallo: por el pico, de un rojo chillón, se vertía el vino; la cola, que servía de asa, era de un azul explosivo; la golilla a franjas amarillas y negras; la cresta y el pecho de un verde furioso, y sobre este en letras doradas se leía: *"Chante clair pour la France"*.

Nuñez escanció con gran solemnidad.

— ¡Salú!

— ¡Salú!

El vino, era, o me lo pareció, magnífico: retinto, espeso, con un dejo dulce y áspero a la vez, que recordaba el sabor de la cáscara de la uva; vino rústico y simple madurado en lagares primitivos; mosto sin mezcla que guarda en sus entrañas el calor del sol y la alegría de la tierra, y exhala el aroma de los viñedos y los campos.

— Este vino — explicó nuestro huésped — no es de granadilla. Es de uva francesa, y como tiene algunos añitos, calienta la sangre y alegra el corazón.

— ¡Ya lo creo que es güenito! — respondió don Simón entusiasmado. Y se echó al pecho el tercer vaso. — ¡Como pa un día i fiesta!

— Almorzaremos aquí ajuera, si no disponen otra cosa. — dijo Nuñez. — Ya la calor anda apretando, y bajo el algarrobo, junto a la acequia, se está más fresco.

Así se hizo. Se aderezó la mesa a la sombra del árbol. El yantar fue excelente, y si no muy variado, abundante y sabroso: caldo con verdolaga, arroz y choclos, perfumados con orégano y quitaucho; costillas de ternera asadas a la brasa y, de postre, quesillos blancos como nieve, generosamente regados con miel de caña.

Sirvió la mesa Salustiano, el muchacho del vino, personaje estrafalario que me produjo gran regocijo. Calculé que andaría por los catorce años, dos más que yo en aquella época. Tenía la cara muy ancha, los ojos redondos y prominentes, una bocaza enorme y una naricilla, que por ser muy respingada, le daba cierto aire raro, como si estuviese perpetuamente sorprendido; completaba su notable catadura un lobanillo amoratado sobre la frente.

La habilidad sobresaliente de esta alhaja era la de aparecer y desaparecer inopinadamente y con gran rapidez. En el curso del almuerzo, me dio varios sustos: no bien había concluído un plato, cuando, como llovido del cielo, me lo arrebataba en un santiamén y se esfumaba él mismo tragado por la tierra o diluído en la atmósfera. Empecé a observarlo con disimulo con el fin de aclarar el misterio, y averigüé que el ingenioso mancebo se ocultaba detrás del tronco del algarrobo y espiaba atentamente a la mesa. En cuanto advertía que era necesario hacer o arreglar algo en ella, se acercaba en puntillas, retiraba o colocaba un cubierto, y volaba a guarecerse en su escondrijo. Una vez allí se entregaba a la práctica de ritos misteriosos: hacía horribles muecas y contorsiones con la boca; miraba el cielo parpadeando como si estuviera deslumbrado, y se daba con ambas manos de cachetazos en la cabeza y las orejas, como si aplastara mosquitos. Después se ponía completamente serio, y tornaba a atisbar a los de la mesa.

Terminado el almuerzo, don Simón llenó uno de los costales con maíz capia, nos despedimos de Nuñez y continuamos el viaje. Salustiano nos salió inesperadamente de un cerco a varias cuadras de marcha, y se hizo humo no sé cómo ni por dónde. Como unos momentos después mirase casualmente hacia atrás, lo sorprendí en medio del camino luchando a manotadas con reales o imaginarias alimañas, y sacándonos un palmo de lengua.

Conforme avanzábamos, iban haciéndose más escasos los terrenos de labranza; el camino se estrechaba, y pronto se convirtió en una senda en la que apenas cabía la carreta. Marchábamos a través de un bosque bajo en el que abundaban el cebil blanco, la tala guiadora, el garabato, la uña de fraile y otros arbustos y zarzas erizados de espinas y garfios; el cháguar ocupaba casi todo el suelo libre; la tierra se tornaba hosca, zahareña, inhóspita. Un silencio profundo se abatía sobre la selva adormecida bajo el sol.

Don Simón estaba de mal talante; apenas si me contestaba con gruñidos cuando lo hablaba; a ratos cerraba los ojos como vencido por el sueño, por lo que supuse que el vinillo generoso de Nuñez hacía su efecto. Aproveché la ocasión para pedirle que me dejara conducir la carreta, deseo que no me había atrevido a formular en toda la mañana. El viejo me entregó la coyunta y la aijada y se tendió a dormir sobre el costal vacío.

— Cuando encontrís una sombra, te has de parar pa que resuellen los animales — me dijo antes de cerrar los ojos.

A poco de andar di con un chañar cuyo ramaje entoldaba la senda. En ese sitio el bosque empezaba a abrirse, y en los pequeños calveros que no había invadido el cháguar, crecía en abundancia el amancay, la

delicada azucena silvestre de los cerros y campos norteños.

— ¡Teh! ¡Teh! Teh! — grité como había oído hacer a don Simón.

La yunta se detuvo posiblemente porque los bueyes, lo mismo que los hombres, prefieren holgar a la sombra que afanarse al rayo del sol, y no porque les importara poco ni mucho mis órdenes. Se me ocurrió entonces recoger amancays para obsequiárselos a mi abuela, esperando que esa fineza mitigaría un tanto el enojo que mi travesura le habría sin duda causado. El recuerdo de la pobre viejecita me punzaba el corazón. Pero, como suele decirse, el hombre propone y Dios dispone. A otras manos irían a parar esas flores, a manos que sólo estrecharía una vez en la vida, y que sólo volvería a ver en el país misterioso de los sueños...

Cuando estuve de vuelta a la carreta, encontré despierto a don Simón, ocupado en armar uno de esos apestosos cigarrillos de chala que hacían su delicia.

— Raro que haiga tanto amancay po'aquí, en tierra de bajío, porque sabe ser flor de cerro. Pero no se porque siempre hi visto que abundan en este trecho. Por algo ha'i ser... Y ahí ande la vís, esa flor tiene su caso.

Don Simón llamaba "casos" a las fábulas o consejas y las distinguía cuidadosamente de los "cuentos". Aquellos eran, según su juicio, expresión auténtica de la verdad histórica; éstos, embuste y patraña. Y así, cuando se le pedía que "contara un cuento", se negaba invariablemente diciendo:

— Yo no me meto en cuentos. De los cuentos nacen los enriedos y de los enriedos las peleas. — Y no había forma de hacerlo ceder, ni de que relatara nada si no se le pedía "un caso", empleando exactamente la palabra ritual y consagrada.

— Debe ser muy interesante — le dije — el caso del amancay, porque la flor es tan delicada y preciosa que no me extrañaría que en otros tiempos hubiera sido una princesa.

— Por ahí anda el juego — contestó el viejo.

— Vamos, don Simón, no se haga de rogar; ya sabe que me gustan mucho sus casos. Lárguelo de una vez.

El viejo carraspeó y se sonó estruendosamente las narices con un lienzo mugriento, actos que eran prólogo obligado de sus relatos.

— Amancay en los tiempos de antes jué una moza, aunque no sé si jué princesa u eso que vos decís. Y diz que era blanca y linda como la mañana, y que el Coquena la pilló una tarde bañándose en un remanso, y se prendó de ella. Y el dios, comenzó a perseguirla a sol y a sombra; pero ella no le hacía juicio porque Coquena era curcuncho, fiero y lampiño, y ella era erguida y arisca, ansí que le andaba siempre juyendo, y el dios, que era agredistoy porfiao, se pasaba los días aguaitándola. Y una vez que la halló solita comenzó a corretiarla a los brincos por los cerros. Y Amancay se despeñó en una cuesta abajo, y jué a dar contra unas peñas, junto a un arroyo. Y ande mesmito cayó el cuerpo, diz que nacieron la planta y la flor. Ansí lo 'hi óído a mi agüelo, que era hombre de los antiguos. Pero dejemos los casos y caminemos, que se nos puede hacer tarde a la güelta.

La tierra iba cambiando su aspecto a medida que avanzábamos hacia el sur. Los árboles eran más altos y más variados; el cháguar daba lugar a matojos floridos, pero ya no se veían amancays. Al salir de un recodo que formaba la senda, se presentó ante mis ojos un espectáculo maravilloso: tras una ceja de monte bajo, emergían inmensos ramos de flores de un color entre rosado y lila.

— ¡Mire, don Simón! ¡Mire!

— Son lapachos. Cuando llega el calorcito largan la flor, y después recién sueltan la hoja, lo mesmo que el ceibo que primero colorea y después verdeguea. Un poco más pa allá de esos árboles tá la sala i los ingleses. Y ahí tengo que bajar a hacer una diligencia.

Llegamos unos veinte minutos después. La casa, o sala como decía don Simón, se encontraba a mano izquierda del camino, y era un amplio edificio pintado de celeste los paños, y de blanco las molduras y salientes. Una ancha galería abierta daba al frente. Estaba formada por arcos asentados sobre pilares de estilo dórico, unidos entre sí por una balaustrada, con excepción de los dos del centro, desde los cuales bajaba una escalerilla que daba al jardín.

Este me pareció delicioso: había en él gran variedad de palmeras, rosales y geranios, cuadros de hortensias, y canteros de coral, todos florecidos; pero lo que más me gustó, fue una avenida formada por gigantescas cañas de bambú que semejaba un túnel abierto en una selva encantada. Las altas cañas se juntaban arriba y apenas si dejaban pasar una vislumbre entre verde y dorada que formaba una atmósfera nebulosa y fantástica.

A la derecha del jardín, había una quinta de naranjos, y más allá se extendían grandes sembrados de caña de azúcar que empezaba a brotar en el hondón negruzco de los surcos. Las tierras del frente estaban ocupadas por aterciopelados alfalfares en donde revoloteaban, como papelitos al viento, millares de blancos pilpintos. Y en los cercos, y entre los plantíos, lapachos y más lapachos, enormes pinceladas de lila en fondo verde, fragantes y estremecidos por el zumbar de los insectos y el gorjear de los pájaros.

Don Simón detuvo la carreta frente a la casa, y después de recomendarme que no la abandonase, se

marchó. Estuve, quietecito y sosegado, vigilando a los bueyes, como unos quince minutos; luego empecé a aburrirme y a impacientarme; al fin decidí bajar y dar una corrida para desentumecer las piernas. Cambié de humor y anduve unos pasos por el camino, y luego comencé a pasearme a lo largo de la verja del jardín. Tanto éste como la casa parecían desiertos. Sin saber que hacer fuí a pararme frente a los bueyes.

No sé a punto fijo por qué, me volví súbitamente a mirar el jardín, pues me encontraba de espaldas a él. Tal vez percibí rumor de pasos sin reparar en ello de una manera consciente; tal vez existen ondas desconocidas o medios de comunicación invisibles y misteriosos que nos advierten la presencia de las personas que amamos, o que van a influir de algún modo en nuestro destino. Lo cierto es que me encontré ante una visión celestial: por la calle de bambúes, avanzaba lentamente una niña como de diez años, vestida de blanco. La luz, que se tamizaba en las hojas altas, descendía como una fina lluvia dorada sobre sus cabellos de un rubio clarísimo, y formaba alrededor de su grácil cabecita como un nimbo fosforescente. Me restregué los ojos porque creí que soñaba. No; todo era real, y la chica se dirigía hacia la verja, decidida y sonriente.

Se detuvo a pocos pasos de mí y me miró con los ojos más azules, más inocentes y más serenos que haya visto jamás; luego habló:

— ¿Qué haces ahí?

Respondí como un zonzo:

— Espero a don Simón.

— Don Simón... ¿Quién es don Simón? ¿Has venido en ese carro? ¡Qué gracioso! — y rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Aunque lo hacía a mi costa, su risa me pareció divina, fresca y pura como el gotear de los manantiales.

— ¿Quieres entrar al jardín? — prosiguió. —

Espera — y se dirigió a abrir la puerta de la verja.

Cuando me reuní a la chicuela, traté de caminar con naturalidad y de parecer tranquilo y despejado, pero había perdido por completo el aplomo: me escocían las orejas, me zumbaban los oídos, e imaginé que trastabillaba; tal vez, en mi confusión, di algunos tropezones. Tenía conciencia, sin embargo, de que una sensación nueva para mí, muy honda y muy dulce, me abrumaba. Era como si a cada paso que daba con mi compañera mientras nos internábamos en el jardín, se formaron vacíos profundos en mi alma, y se fueron de nuevo llenando, lentamente, de emociones increíbles, asombrosas. Y al mismo tiempo sentí un placer tan intenso, que imaginé que salía de mí mismo y me cernía en un ambiente luminoso que me penetraba como un perfume.

— ¿Cómo te llamas? — me preguntó.

Le dije mi nombre, y después de un esfuerzo desesperado, en el que concentré toda mi energía, balbucí:

— ¿Y tú?

— Mi nombre es Lucinda, Lucinda Star, pero todos me llaman Lucy. Star quiere decir estrella. ¿Hablas inglés?

— No.

— ¿Quieres ver mis conejos?

— Vamos.

Lucy echó a correr hacia el fondo del jardín. La seguí palpitante. Donde terminaban los cuadros de flores y los canteros de plantas de adorno, había una hortaliza muy bien cuidada, y unos metros más allá, una jaula de alambre, en la que correteaban dos hermosos conejos blancos, de pelo largo y sedoso y ojos color rubí.

— Ayúdame a darles de comer. Son muy mansitos. Tenía muchos, pero algunos se murieron. Y una

noche entró un zorro y se llevó el más grande. Eso pasó porque no estaba Jip, mi perrito, que también se murió.

Mientras tanto, habíamos cortado algunas hojas de lechuga y las arrojamos a los conejos. Yo trataba de decir algo, cualquier cosa, aunque fuese una tontería, pero una fuerza superior me paralizaba la lengua, Me sentía desconcertado y ridículo. Había conocido y tratado a muchas chicas de mi edad sin que jamás me hubiese ocurrido nada semejante. Pero no bien miraba a Lucy o ella me miraba, me sentía como enajenado y no podía articular una sílaba.

— Espérame — me dijo — y corrió hacia la casa.

Volvió instantes después con una caja de bombones.

— ¿Quieres uno?

Lo tomé en silencio. Lucy fijó en mí sus grandes ojos azules; desvié la mirada y ella la siguió, y apartándose de mí lentamente, fue a sentarse en un banco sombreado por un naranjo. Me senté a su lado. Bajo el árbol había mucha paz. Mis pensamientos giraban como en un torbellino vertiginoso que me era imposible contener ni ordenar. Me parecía que habían transcurrido inconmensurables espacios de tiempo. Y el silencio, el mismo insufrible silencio, continuaba pesando sobre nosotros. Recuerdo que me ocurría algo muy extraño: a pesar de mi confusión y del desorden de mis sensaciones, había conservado una perfecta y aguda lucidez para la percepción de las cosas exteriores, aun las más nimias: vi cruzar la sombra de un pájaro frente a nosotros; seguí las evoluciones de una avispa que merodeaba en una mata de alhelíes cercana. Algo se movió sobre nosotros en el naranjo: el rumor de una temblorosa ráfaga de viento tal vez, Lucy levantó la cabeza, y miró hacia arriba con los ojos muy abier-

tos. Y al verla así con la rubia cabellera suelta cayéndole sobre los hombros, en una actitud que me recordó los ángeles de las estampas, una calma repentina me inundó; un ansia inmensa de quietud, de inmovilidad, de anodadamiento.

Pero ya don Simón había descubierto mi ausencia y me buscaba por el jardín. Cuando lo vi avanzar en nuestra dirección me puse de pie. Sentí un desgarramiento tan hondo, un dolor tan agudo, que pensé que iba a gritar, y tal vez lo hubiera hecho, si en ese momento Lucy no me hubiera preguntado:

— ¿Vas muy lejos?

— A Pampa.

— ¡Oh, está muy cerca! ¿Volverás?

— Esta misma tarde. Espera — y salí como una flecha hacia la carreta.

Esquivé a don Simón ocultándome detrás de un seto vivo; me llegué al carro, y olvidado de mi abuela y de todos, cogí el ramo de amancays, y volví en busca de Lucy. La encontré cerca de la verja.

— Toma — le dije, ofreciéndole las flores.

— ¡Oh, qué bonitos! ¿Los recogiste en el campo? ¡Muchas gracias! ¡Adios! — y me tendió la mano.

— ¡Adios!

Es la palabra más triste que he pronunciado en mi vida.

Muy poco recuerdo del camino hasta Pampa Blanca. Me sentía demasiado dolorido y desdichado en esos momentos para prestar atención al mundo exterior. Sólo pensaba en Lucy; sólo ella existía en el universo. Me sumía en su contemplación como en un remanso: la veía, con un realismo extraordinario, reflejada en el fondo de mí mismo como en un espejo. La última visión que tuve de ella se había impreso en mi alma como estampada por una marca de fuego. Apenas había

comenzado a alejarse de la carreta, cuando tuve la certidumbre absoluta de que Lucy me miraba, aunque me sería imposible decir cómo ni por dónde llegó a mi conciencia el secreto mensaje. En el instante en que volví, pude verla asomada a una ventana que se abría en uno de los costados de la casa, con la mejilla apoyada en una mano, mientras con la otra apretaba contra el pecho el ramo de azucenas silvestres. El fondo negro del interior destacaba por contraste la blancura de la vestimenta y el oro de la cabellera. Era un cuadro perfecto y divino; un cuadro que no se borraría jamás de mi corazón. Lucy debió advertir que la miraba porque levantó su mano libre, la agitó en señal de despedida y desapareció.

Cuando llegamos a Pampa, don Simón desplegó una actividad extraordinaria: fue, volvió, tornó a ir y volver desde la carreta hasta un rancho situado junto al camino. En una de tantas idas y venidas, se me apareció acompañado de un sujeto gigantesco, fefsimo y al parecer sordo como una tapia, con el que discutía a gritos.

— ¡Me'stá cobrando muy salao, don Maximiano!

— ¿Aborbojao? El maíz tá sanito. ¡Ni pa remedio hay borbojos aquí!

— ¡Salao, no aborbojao! — rugió don Simón.

— ¿Salao? ¿Quién tá salao? ¿A quién se le ocurre salar el maíz? Será moda nueva...

— ¡Le digo que me'stá cobrando caro! — gritó don Simón exasperado.

— ¿Raro? No es raro; es capia común y del bueno.

— ¡Dejemeló a dos pesos!

Cuando oyó hablar de dinero, el oído del gigante se ablandó, y contestó de inmediato:

— ¡Dos cincuenta!

— ¡Tipo más duro! — refunfuñó don Simón.

— ¿Apuro? No, no tengo apuro; si no es usté otro me lo ha'i comprar...

El marrullero no aflojó; fue preciso ceder y pagarle los dos pesos con cincuenta que pedía. En cuanto se trataba de hacerle rebajar sus pretensiones, se ponía tan sordo que no hubiera oído las trompetas del juicio final. Don Simón sacó del "buche", como él decía, un pañuelo con un nudo en una de las puntas, lo desató rezongando, y contó, en monedas de níquel, el precio convenido, no sin mirarlas y recontarlas varias veces por temor de equivocarse y de que aquel grandísimo tacaño se aprovechase de su error.

Y otra vez el camino, los tumbos, el balanceo de la carreta que provoca la modorra, los chirridos crispantes del eje, los gritos del viejo, los campos que se van dejando atrás en la marcha lenta y monótona que parece inacabable.

Yo sólo tenía un pensamiento: llegar cuanto antes a los Lapachos y ver a Lucy. Temía que el viejo no quisiera detenerse, y ardía de deseos de pedírselo, pero apenas lo intentaba, me subía la sangre a la cara y callaba. Por fin divisamos la cima lila de los grandes árboles y entramos al callejón de la finca. Cuando estábamos a punto de llegar a la casa, pregunté diplomáticamente a don Simón:

— ¿No va a dar un descanso a los bueyes frente a la sala de los Lapachos?

— Y bien puede ser. ¡Hum! ¿Que les tenís mucha lástima? ¿No será que la rubia te ha embrujao?

¡Maldito viejo! Nada se le escapaba.

Me esperaba una desilusión atroz. La casa estaba cerrada, y según todas las apariencias, vacía. Pasé varias veces frente a la verja sin ver a nadie; di vuelta por un costado, y miré ansioso a la ventana desde la cual Lucy, unas horas antes, me había despedido con la mano. Se me representó al vivo su imágen blanca y vaporosa, pero nadie salió. Cuando me

volvía, me encontré con un muchacho al que pregunté:

— ¿No hay nadie en la casa?

— Nadie.

— Pero hace muy poco tiempo, apenas unas horas, había gente aquí.

— Así es; pero el patrón vino apurao, y se llevó a todos en el tren pa San Pegro.

Reanudamos la marcha, y pasamos de nuevo frente al lugar donde había recogido los amancays, al que ni siquiera dirigí una mirada. Cruzamos otra vez el bosque bajo, los chaguarales, los secanos. Al atardecer, llegamos a casa de Nuñez. Nos detuvimos unos minutos, y el amable y generoso campesino se empeñó en obsequiarnos con quesillos, tortas y una botella de vino para matar el hambre en el camino, ya que, por la hora, era imposible que llegáramos a la Quinteja a tiempo de cenar. Salustiano estaba ausente, o, por lo menos, no lo vi.

En el momento en que pasamos por cerca de la laguna, ya era casi de noche. La roja hoguera del poniente iba empañándose tras las sombras que, como un turbio e impalpable vapor, parecían levantarse de la tierra por encima de las arboledas, expandirse por el firmamento y velar el fulgor de las nubes. Las estrellas se reflejaban en el agua, y la laguna semejaba un pedacito de cielo perdido en el abismo de la soledad y de la noche.

El recuerdo de Lucy no me abandonaba ni un instante. Sentía la necesidad de evocar su imagen, de tenerla siempre presente, y no bien lo conseguía, me inundaba como un delirio de felicidad mezclado de pena, de anhelos desconocidos e inexplicables, del arrobamiento de mi primer éxtasis que me transformaba, me llenaba de un júbilo tan puro, de una sensación tan aguda que acababa por convertirse en un sufrimiento intolerable. Comprendí que sufriría mucho más aún si

no volvía a verla, y descubrí por primera vez en mi vida, el sentido del dolor como ya había descubierto el de la dicha.

Llegamos a la carretera que une Estación Perico con El Carmen, en donde ya todo me era familiar y conocido. Mis emociones, a fuerza de ser intensas, se habían apaciguado, y se sucedían en mi memoria los episodios del viaje: la laguna, el simpático Nuñez, el desconcertante Salustiano, el "caso" de don Simón, la primera aparición de Lucy, la visión arrobadora de la ventana, el sordo de Pampa...

Por fin entramos al camino de El Bordo, y cuando dimos vuelta en dirección al Chamical, distinguimos las luces de la casa. Calculé que serían alrededor de las once de la noche.

La abuela nos esperaba en la galería.

El primer chubasco descargó sobre las espaldas del viejo.

— Pero, Simón, ¿cómo se te ha ocurrido llevarte al chico sin decir una palabra? Ya eres demasiado viejo para hacer estas cosas. ¿Que no lo oíste ayer quejarse de dolor de cabeza? Y habrá vuelto empapado por el rocío! Y yo que me he pasado todo el santo día esperando! Creo que me hubiera muerto de aflicción si Sajama (era uno de los peones) no me hubiera contado que lo vio treparse en el carro...

Creí de mi deber intervenir a fin de dejar a salvo la verdad y la inocencia, un poco dudosa, de mi amigo:

— Don Simón no me llevó; fui yo el que lo esperé en el camino y me subí al carro sin que él lo advirtiese.

— ¡Es claro! — repuso con sorna mi abuela. — Lo de siempre. ¡Jamás advierte nada! ¡Nunca sabe nada! ¡Jamás atina con nada! ¡Nunca ve nada! Simón...

Pero ya el viejo había desaparecido. En el mo-

mento en que se perdía en la sombra tenebrosa del algarrobo del patio, lo oí rezongar, y aplicar a Sajama un calificativo que hubiera venido como de perlas a Celestina.

Llegaba mi vez.

— ¡Ah, buena pieza eres tú también, mosquita muerta! ¡Conque escapatorias, eh! ¡Ya te entenderás con tu padre! Mi abuela no continuó; no sé qué notaría en mi rostro que la impresionó y se contuvo.

— ¿Estás enfermo? ¿Qué tienes?

— No tengo nada.

La viejita se fijó en mis ropas que tenían varios desgarrones, resultado de mi correteada de la mañana a través de cercos y rastrojos, y exclamó:

— ¡Pareces la estampa de la herejía! ¡A acostarse!

No me hice de rogar y volé a mi aposento. Me desvestí rápidamente y me metí en la cama. Apenas acababa de hacerlo, cuando entró mi abuela con un vaso de leche caliente que me obligó a beber hasta la última gota a pesar de mis protestas; después me hizo, quieras que no quieras, tragar una pastilla de quinina; me arropó, me besó cariñosamente, y salió llevándose el candil. Tenía el genio vivo, pero era blanda de corazón la pobre abuela.

Estuve muchas horas despierto. Mi alma volaba a la ventana de Lucy. Al amanecer, empezó a invadirme una pesada somnolencia, y entre dormido y despierto pensé: todos los viajes terminan; se llega irremediablemente al final del camino; todo pasa, todo huye para no volver jamás: los minutos felices, que debieran ser eternos, Lucy, todo, va quedándose atrás, cada vez más lejos... más lejos... a medida que el tiempo continúa su marcha lenta y callada. Y el oleaje negro del sueño me arrastró.

EL CAMPEADOR BLANCO

... Oyen el claro
Chin-chilín de unas espuelas...
y ven salir de la niebla,
como de niebla formado,
un jinete...
de grandor desmesurado.
J. C. DAVALOS, El guía blanco

Al amoroso calorcito de los tizones, los dos ancianos saboreaban el mate de la tarde.

Desde hacía varios días, garuaba terca, interminablemente. Las labores de la finca se habían hecho imposibles, y los dos viejos, condenados a la holganza, se guarecían en el cobertizo trasero a la casa, en donde, entre mate y mate, se entretenían en "yapar" algún lazo, coser un guardamonte o, a fuerza de lima, dejar las hojas de las "ichunas" como navajas de afeitar.

— Tá demorando mucho el Pegro — dijo don Simón.

— ¡Hum! — respondió don Joaquín. — Capaz es de haberse distráido por áhi. Y lo malo es que si no trai los terneros, no va a haber leche mañana.

Se quedaron en silencio, inclinando las cabezas como si escucharan; pero de afuera sólo llegaba el monótono plañir de las goteras y el manso susurrar de la llovizna sobre los árboles y la techumbre metálica del cobertizo.

Era don Joaquín Bellido un hombre blanco ya bastante viejo, de ojos claros, y generosamente barbado. Por su rostro alargado y su reluciente calva, recorda-

ba al General Roca en sus últimos años, semejanza que, cuando era notada, no dejaba de halagarle; por lo demás, era bajo de estatura, aunque macizo de cuerpo y recio de espaldas; de índole, manso, tardo y algo indolente. Tenía algunos rasgos que me divertían: así, acostumbraba invariablemente trocar las terminaciones en "ad" en "ar" y gustaba emplear vocablos así terminados vinieran o no muy a cuento en el discurso; nunca decía, cuando no había oído bien, "qué dice" sino "qué hace". Esto, y sus camisas tableadas con cuello "palomita" adherido, que usaba muy almidonadas y sin corbata en las fiestas de guardar, constituían, según mis recuerdos, las características más salientes de su pacífica personalidad.

— Vo'a espiar al muchacho — dijo don Simón. Y cubriéndose la cabeza con una bolsa de arpillera, se lanzó afuera, atravesó corriendo el patio, y salió al camino. En ese mismo momento doblaban por un recodo en dirección a la casa, unos diez ternerillos, arreados a caballo por Pedro Tarifa, el muchacho encargado de encerrarlos en el corral para que allí pasaran la noche.

— Ya viene — anunció de vuelta don Simón.

— ¡Felicidar! — comentó don Joaquín.

Instantes después entraba Pedro empapado; tiró el poncho sobre un cajón, y sentándose amohinado, tendió las manos al fuego.

— ¡Más urbanidar! — le observó Bellido. — Ande estís con gente, te has de sacar el sombrero, cuanto más' tando con mayores y siendo vos un mocoso!

Pedro arrojó el sombrero a un rincón.

— ¿No hay novedar?

— Falta la lechera holandesa.

— ¡Barbaridar! El animal de más estima.

— La' hi buscao por todas partes. ¡Y cuándo pa

que aparezca!

— ¡Hum!

— Parece que ha abierto un portillo en la esquina del alambrao que da pa la Isla y por ahí se ha ido.

— Temeridar!

— A que ha puntiao pa los Alisos — terció don Simón.

— ¿Qué hace?

— Digo que ha' i haber tomao pa los Alisos; como de ahí es la vaca.

— Así nomás ha'i ser con seguridar. Mañana de alba hay que salir a campiarla. Vos, Pegro, has de dejar los caballos a mano en el corral. ¡Movete, oh! ¡Velocidar, hombre!

El muchacho se marchó rezongando a cumplir la orden.

— Ojalá deje de llover — dijo don Simón. — Esta noche le vo'a rezar a Santa Bárbara pa que aclare.

La santa, al parecer, escuchó las oraciones del viejo, pues escampó durante la noche. Un sol tibio en un cielo sin nubes doraba las cumbres de las montañas chapadas de nieve. Las mieses maduras y los campos parecían lavados. En las telarañas y los hilos de los alambrados colgaban gotas cristalinas que fulgían como diamantes. Un tenue vapor azulado se levantaba de la tierra húmeda. Era una mañana de principios de invierno, de ese blando invierno jujeño tan clemente y cordial. Los árboles aún no habían perdido todas las hojas y los bosques se teñían de amarillos cálidos, ocres dorados y rojos de todas las tonalidades; parecía que no hubiese terminado el otoño, esa dulce estación en que la tierra es más varia, más acogedora y benigna.

Al rayar el alba, don Simón despertó a Pedro, y comenzó a preparar la partida. Ensilló los caballos; metió carne, pan, sal y vino en las alforjas; el coleto

bajo los pellones, y se aseguró de que el lazo, los tientos y la lonja estaban en orden.

El inevitable bullicio de los aprestos me había despertado y me encontraba sin mi familia en la Quinteja, pedí licencia a Bellido para acompañar a los campeadores.

— ¡Hum! — gruñó don Joaquín. — ¡Mucha responsabilidar! ¿Qué irá a decir el doctor cuando llegue?

— Mi padre no dirá nada — repuse. — Me ha enviado aquí por unos días para que descanse, ande a caballo, y me divierta.

— ¿Y no te cansarís mucho, pues? Mirá que la campiada puede ser larga. ¡Y hay la peligrosidar de que te pelís la cola! No vas a andar pidiendo sebo después.

— ¡Bah, si ya es duro! — dijo don Simón, que gustaba de mi compañía. — Dejeló que venga, don Joaquín.

— Anda, pues.

Partimos don Simón adelante, y Pedro y yo a retaguardia. El Caimancho, el Capitán y el Porteño, tres perros veteranos en esta clase de lances, nos siguieron. El viejo, como prudente, enderezó al potrero de donde había huído la vaca; examinó cuidadosamente el portillo, y pronto encontró el rastro.

— ¡Ahá! Po' aquí ha salío. Velay, ahí'stá patente la huella. Ha tomao tipal arriba, rumbo a la querencia. ¡Ande te me has d'ir, maula!

Echó pie a tierra, y desenvainando su enorme cuchillo, ensanchó la brecha para que pudieran pasar los caballos; después cerró con ramas el portillo, y tomamos por una senda en dirección al camino que une el Carmen con Avalos, que quedaría como a la legua y media de distancia.

Marchábamos por un bosque alto formado por ti-

pas de grueso y negruzco tronco. En algunos sitios, bajo los grandes árboles, se criaban talas, churquis y sunchos; en otros, donde la sombra era más densa, desaparecía por completo la vegetación baja, y hubiérase dicho que ambulábamos entre las columnatas de un templo inmenso y fantástico.

Don Simón que, como buen indio, no se apuraba jamás, avanzaba lentamente al tranco del caballo con la vista clavada en el suelo, atento al rastro. Muchas veces nos apartábamos de la senda y dábamos largos rodeos.

— Los animales — dijo el viejo — no van derecho a la querencia; se entretienen por el monte, y a ocasiones tardan días en llegar. Han de andar con los ojos abiertos porqu' hi perdío el rastro.

Le observé, que de todas maneras, la vaca tendría que salir al camino de Avalos, porque los otros costados del tipal estaban alambrados.

— ¡Bah! Son alambraos viejos y flojos, y un animal amañao a salirse no respeta cerco ni alambre.

Llegamos a una charca, cuyas orillas barrosas estaban cubiertas de rastros de animales caballares y vacunos que se superponían y se cruzaban en todas direcciones.

Don Simón observaba atentamente.

— Velay ahí'stá. Po' aquí han andao la vaca y el ternero.

No vi más que el barro pisoteado por cientos de animales.

— ¿Pero cómo sabe, don Simón, que esa huella que usted vé es la de la vaca que buscamos?

— Y vos, ¿cómo hacís pa saber si la letra de una carta es de tu tata o de otra persona? Lo mesmo es el rastro: cada animal tiene uno solo, como cada cristiano tiene su letra y su firma. Y como yo no sé leer, pero entiendo de rastros, conozco el de los ani-

males de la casa, lo mesmo que vos las letras de las personas.

A mediodía recién habíamos llegado al camino de Avalos, y nos dirigimos a la playa del río Perico. Esta tiene cerca de cuadra y media de anchura, y está formada casi exclusivamente de cantos rodados.

— No se puede rastriar en las piegras — dijo el viejo. — Volvamos pa'l monte y churriasquemos; después, mos de buscar la huella en la otra banda.

Descabalgamos bajo una tipa inmensa, junto a la caudalosa acequia de la Isla; aseguramos los caballos, y don Simón, siempre activo a pesar de sus años, comenzó de inmediato a preparar el asado. Internándose en el bosque, volvió cargado con una gran brazada de horn'ja que dejó caer al suelo.

Pretendí hacer fuego, y gasté casi una caja de cerillas sin conseguirlo. El viejo me miraba sonriendo.

— ¡Trái, oh! Te vas a acabar los fósforos al vicio! — Y sin usar más que uno encendió la lumbre.

Después cortó una vara de tala, la descortezó, la aguzó con uno de sus extremos, y la endureció pasándola por las llamas. En ese improvisado asador, que los criollos del norte llaman "cancana", ensartó la carne y la saló.

Mientras realizaba estas operaciones, no cesaba de hablar:

— ¡Pa todo hay que ser baquiano! ¡Muchos quieren hacer asao y hacen carbón! La gracia está en sacarlo bien doradito y cocío y no dejar que se arrebate. ¡Esa es la guara! Y no es lo mesmo cualquier leña: el buen asao quiere leña floja, como ser de chalchal, tusca o espinillo; la de quebracho o cebil, lo quema y ponen negro por juera y lo dejan crudo por dentro. Y ha, que tenerlo retiradito del fuego y hay que tener paciencia hasta que se cuesa... Aura tenímos que es-

perar a que se hagan brasas.

Cuando hubimos saciado el hambre y apagado la sed, don Simón nos anunció que iba a echar una siesta, y que, mientras tanto, podíamos dar una vuelta por el monte cuidando de no alejarnos mucho. Pedro y yo subimos a caballo, y nos internamos en el tipal en busca de corzuelas y lechiguanas. Yo tenía, cruzada en el borrén del apero, una carabina Francotte; pero no encontramos ni rastros de corzuelas o de colmenas. Los perros corrieron algunas chuñas a las que erré algunos disparos, debido, según mi creencia, menos a la falta de puntería que a las sonrisas burlonas de mi compañero que me alteraban los nervios.

Era una buena pieza el tal Pedrito Tarifa: malicioso, murmurador, holgazán y entrometido. Odiaba al viejo Simón porque este parecía adivinar sus embustes y hasta sus malas intenciones, y algunas veces lo corregía propinándole un pescozón o estirándole las orejas, no sin advertirle que lo hacía con buena intención "para que aprendiera y se hiciera gente", advertencia que exasperaba al muchacho.

— ¿Ha visto, niño — me preguntó — cómo se las ha arreglao el viejo pa despacharnos y quedarse solo?

— ¿Y con qué objeto crees que quiere quedarse solo? No te entiendo.

— ¡Pa tomarse el vino, po! ¡Hijito es pa empinar el codo! ¿Que no se ha fijao como le menudiaba a la botella? Y toavía le quedan dos más en las alforjas. ¡Como no lo encontremos machao a la güelta!

— No hagas malos juicios — le contesté — ¡pero sus palabras me preocuparon porque, en verdad, don Simón, mientras despachábamos el asado, había abusado un poco de las libaciones.

Ya de regreso al sitio en que lo habíamos dejado, lo encontramos despierto, sentado sobre el poncho, o-

cupado en liar un cigarrillo, con un lado de la cara hinchado por el acullico.

— ¿Y qué han pillao? — nos preguntó.

— Nada.

— ¡Esos cazadores! — contestó burlándonos.

— La vaca — continuó — es seguro que ha rumbiao pa los Alisos. Y como' stamos lejos y ya se' stá haciendo tarde, mejor es que se güelvan. Diganlé a don Joaquín que vo'a a hacer noche ande la comagre Cruz, y que mañana de alba vo'a seguir campiando, si es que ya no lo han hallao al animal y lo han encerrao en el corral de la sala.

Me pareció acertado cuanto el viejo decía, y nada anormal observé en su voz ni en sus actitudes.

— No se vayan a ir a dar la güelta por Perico — añadió. — Tomen por la senda que va contra la sequia, y sigan el anhelo del agua. Así van a cair al Callejón de l'Isla cerquita i la casa.

Nos despedimos.

Lejos estaba de pensar que sería para siempre.

He podido reconstruir los sucesos que voy a relatar merced al sumario que don Ramón Fascio, comisario en aquellos tiempos del Departamento de Perico del Carmen, levantó a raíz de la muerte de don Simón, de las suposiciones de Bellido, y de las habladurías y comentarios de los peones, que duraron meses. Si no es posible, pues, afirmar que mi narración sea un reflejo exacto de la verdad, por lo menos puede asegurarse que se aproxima mucho a ella.

Don Simón, cuando nos separamos, tomó en dirección a los Alisos. Debió andar muy despacio como era su costumbre, y detenerse en el camino, porque ya se acercaba la oración cuando se encontró con Pan-

taleón Vilte, un puestero que vivía junto al camino que une la villa del Carmen con la ciudad de Jujuy, a pocas cuadras del río de los Alisos. Esta fue la última persona que vio con vida a don Simón.

Vilte era casi tan viejo como él, y su compadre, parentesco espiritual que dan gran importancia los criollos del norte. El encuentro fue muy cordial: los dos amigos hacía bastante tiempo que no se veían — unos siete u ocho años —, época en que don Simón había dejado los Alisos para ir a establecerse en la Quinteja, adonde fue llevado por Bellido.

— Hola, Panta, ¿cómo te va yendo? ¡Velay, ya te estáis poniendo viejo vos también!

— ¡Y ya es tiempo que aflojemos, po! ¿Qué no te acordáis que cuando dentraron los Varelas ya éramos mocitos de cuenta? ¿Y qué andáis haciendo por aquí? ¿Táis por volver a la querencia?

— Ando tras una vaca, marca i la Quinteja.

— ¿Una negra overa fina con cría?

— Ahá.

— Poco trabajo váis a tener; ya'stá encerrada en el potrero y la sala. Esta mañana la mos encontrao en el campo.

— ¿Y la comagre Nicasia?

— Guapa nomás anda.

— ¿Y la ahijada?

— Ya'stá moza.

Los dos viejos se dirigieron al rancho de Vilte. Don Simón fue agasajado allí por doña Nicasia, su comadre, y por Trinidad, su ahijada, y Panta, para celebrar la visita del amigo, mandó a traer del almacén cercano unos litros de vino.

Sentados en el cobertizo de ramas próximo al rancho que servía de cocina, comenzaron a brindar. Vilte enteró a su huésped, entre copa y copa, de las novedades del pago: la Uchepa, hija de Prudencio Ca-

no, se había "yuguiao" con un pueblero que fue a pintar la sala; el Higinio, entenado de doña Rosa, estaba preso en Jujuy porque "se había aficionao de un lazo que encontró en el campo y resultó que en la punta había' stao atao un novillo marca i los Manzanos"; y al Segundo, el potrerizo de la Atalaya, lo "había corretiao el campiador blanco y había quedao tartancho del julepe".

— Hacía mucho tiempo que el campiador no salía — dijo gravemente don Simón.

— Cierto; yo me acuerdo haber oído a mi tata que lo mató una noche a un tal Zapata que vivía en la Almona; pero yo era chango entonces.

— Yo también hi óido hablar de eso Pa'llao i Santa Bárbara diz que sale seguido.

Cuentan los campesinos de la provincia de Jujuy, especialmente aquellos que por razón de su trabajo se ven obligados con frecuencia a recorrer solos los bosques, que en las noches de llovizna, cuando los campos se velan tras un fino cendal de agua y la neblina se asienta sobre la tierra, suele aparecer en la espesura un jinete caballero en un corcel gigantesco. Le llaman el "campiador blanco" porque su vestimenta y su aspecto es el mismo que el de los vaqueros que se conocen en aquellas regiones con el nombre de "campiadores" o "camperos". Usa, lo mismo que ellos, guardamontes de cuero, coleto de cordobán y sombrero "retobao", pero tanto caballo como jinete son enormes de tamaño y están formados de bruma blanca y translúcida. El espectro o fantasma, haciendo sonar a guascazos los guardamontes, y lanzando alaridos que hacen estremecer la noche y temblar la selva, se precipita en persecución del hombre. La víctima, presa de pánico incontenible, sólo atina a huir, y suele acabar despeñada en un barranco o con el cráneo destrozado contra una rama baja traidoramente cruzada en su camino.

El origen de esta tradición es, sin duda, español. La aparición del Apóstol Santiago o del Cid Campeador en lo más recio de la batalla, constituye un lugar común en la leyenda hispana. Son visiones propicias que conducen a la salvación o a la victoria a la hueste acorralada o en peligro; para los nativos de América de estirpe india, el jinete espectral es símbolo de violencia inmotivada y de muerte. Acaso es producto del terror que infundió a los indígenas el corcel de guerra empleado contra ellos por los conquistadores que se conserva en la memoria subconsciente de la raza, y revive cuando la noche, la selva y la bruma, propicias a la alucinación y al espanto, engendran el espectro pavoroso.

Ya había cerrado la noche, y los dos viejos continuaban bebiendo. El tiempo había cambiado súbitamente: el cielo se había cubierto de nubes grises, tras las cuales parecía correr velozmente el halo amarillento de la luna. Ráfagas de viento helado anunciaban temporal. Las hojas secas se elevaban a gran altura soliviadas por remolinos que huían por los campos. Un vapor blanquesino comenzaba a levantarse en las hondonadas.

— Poco nos ha durao el buen tiempo — dijo don Simón.

— Aura mos de tener agua pa rato — contestó Panta. — Cuando el viento corre de abajo seguro es el temporal.

— Así es.

— Y no me amaño a pasarme encerrao en la casa. Tuavía soy andariego.

— Ahú.

— Y lo pior es que la humedá me aumenta la reuma.

— Diz que las friegas de ruda machacada con unto son güenas.

— Así ha'i ser.

— Güeno, Panta; ya se va haciendo tarde, y es hora de que me vaya.

— ¿Qué te pensáis volver a la Quinteja?

— No; vo'a pasar la noche ande la comagre Cruz. Y ya sabís que me queda medio retirao.

— ¿Por qué no te quedáis aquí, hombre? Se'stá poniendo oscuro, y el camino no'stá güeno. Expuesto que quiera llover más tarde. ¡Pa qué te váis a mojar, oh!

— ¿Qué acaso soy de sal pa derretirme? Y a más que tengo el coleto y el poncho.

— ¿No le andarís ramiando l'ala a la comagre?

Don Simón, como ocurre con todos los viejos de todas las latitudes y razas, se sentía halagado de que le atribuyeran o le creyeran capaz de una empresa galante, y contestó riendo:

— ¡A güenas horas salís con eso! Si juera más joven... Güeno, Panta, me voy. Me las has de saludar a la comagre y a la ahijada que creo que ya se han acostao. Muchas gracias. Mañana hi volver un ratito a verte, y así me ayudáis a sacar la vaca.

— Tomá la última copa. ¡Obligo!

El "obligo" es un brindis ceremonioso y ritual. Consiste en beber la mitad de la copa del que lo ofrece, el cual, a su vez, ha de apurarla sin dejar una gota. El invitante sólo lo emplea con personas de particular estima, y el invitado no puede rehusar, so pena de afrentarle. Es tan grave la ofensa que se infiere rechazando un "obligo", que se considera por las gentes del campo como causa suficiente para un duelo a puñaladas.

Don Simón bebió la mitad del vino y exclamó:

— ¡Salú y plata!

— ¡Salú!

El viejo se dirigió hacia su caballo, un poco va-

cilante. El animal, que era manso como una oveja, se asustó, y bufando trató de huir. Las riendas, que eran de cuero de anta, trenzadas y muy fuertes, resistieron el estirón. Trabajo costó al jinete apaciguar al animal que parecía poseído de terror cada vez que trataba de acercársele. Vilte, cuando declaró en el sumario, recordó el hecho, y explicó al comisario:

— El caballo ya'staba sintiendo que la muerte andaba a las güeltas por ahí cerca.

Cuando don Simón logró subir, su camarada le preguntó:

— ¿No'stáis machao?

— Enchispao nomás. Y tomó el camino.

Ya solo, el viejo, como suele acontecer a los indios cuando están alcoholizados, sintió vehementes deseos de cantar. Y el tono doloroso de la "baguala" onduló en la noche:

Mañana cuando me muera,
Seguro es que han de decir:
Que se muera o no se muera
No ha sío prenda de sentir.

El primer indicio que se tuvo de que algo grave había ocurrido al viejo, fue la llegada de los perros a la Quinteja. Jamás abandonaban a don Simón cuando salía al campo, y el hecho sorprendió e inquietó a Bellido. Durante todo ese día no hubieron noticias, ni tampoco en los dos siguientes. Don Joaquín, ya seriamente alarmado, decidió ir a El Carmen y comunicar sus temores a la policía. Pero esta ya había tenido conocimiento, por un despacho telegráfico de la jefatura, del hallazgo del cadáver.

De las declaraciones prestadas por Vilte y dos peones de campo que lo acompañaron, resultó que el

primero había esperado a que don Simón volviera, como le había prometido, a la mañana siguiente para llevarse la vaca. Como no apareció en todo el día, supuso que se había quedado — "entretenido", decía Panta — en la casa de doña Cruz, y como tampoco se dejase ver al día siguiente, resolvió llegarse hasta el rancho de la comadre, e indagar lo que pudiera haberle ocurrido. Grande fue su sorpresa al saber que don Simón no había estado allí, y que doña Cruz ni siquiera se había anoticiado de su presencia en los Alisos.

— Como'staba medio machao — pensó, a lo mejor se ha ido pa la Quinteja. — Pero le extrañó que nadie hubiese reclamado la vaca.

Al alba del día siguiente, vio a la cuervada dar vuelta por el lado de las lomas. Buscó a los peones de campo y se encaminó a ese rumbo, creyendo que se trataría de algún animal. Subían por una senda que corría sobre el borde de una barranca que daba a un arroyo. Vilte, como gaucho, no apartaba la vista del suelo.

— Por aquí ha pasao Simón — dijo de pronto. — Ahí'stá la huella.

Unas dos o tres cuadras más allá se detuvo de golpe, preocupado.

— Cosa rara — observó —; parece que el compagre iba por aquí a la furia como si alguien lo corretiara. ¿Qué diablos le habrá pasao? Fijensé en las ramitas quebradas, las resfaladas del caballo y las salpicadas de barro en los yuyos.

De pronto se detuvo en seco.

— ¡Miren!

Los peones se acercaron.

— ¿Qué hay, don Panta? — preguntó el más joven.

— Fijensé en esa huella. Es mucho más gran-

de que la del caballo en que andaba Simón.

En medio de la senda se veía una caladura en forma de media luna que hubiera podido tomarse por la parte superior de la impronta de una enorme herradura.

— ¡El campiador blanco! — continuó Panta, aterrado. — Miren esos pelos que parecen de un tordillo ahí sobre esos yuyos. ¡Y el compagre andaba en un zaino! ¡Como no le haiga pasao una desgracia! ¡Apuremos!

Continuaron ascendiendo la senda al galope. En un sitio en que se aproximaba casi hasta tocar el borde de la barranca, advirtieron la larga huella de una resbalada, y el filo como mellado por una caída. Se detuvieron. Miraron hacia el arroyo, y descubrieron a don Simón inmóvil al lado de su caballo. Ambos parecían muertos.

— Tenimos que buscar por donde bajar — dijo Panta.

— Un poco más arriba hay cómo — contestó uno de los peones.

Cuando se encontraron en el lecho del arroyo descendieron lentamente hasta el sitio en que se encontraba don Simón. Vilte echó pie a tierra y se llegó hasta él. El viejo estaba de bruces, con la frente apoyada en el brazo derecho, la manga del saco ennegrecida por la sangre seca. El puestero lo dio vuelta suavemente para mirarle la cara.

— Está muerto — dijo, y se descubrió.

Lo mismo hicieron los peones. Los tres hombres se persignaron en silencio.

El caballo aún vivía. Estaba descaderado y gemía entre hipos estertóreos.

— Lo vo'a despenar — dijo el puestero. Y sacando el puñal lo degolló.

Cuando una persona muere en forma violenta o por accidente, acostumbran los campesinos de Jujuy darle sepultura en el sitio en que encontró su fin. Don Simón fue enterrado en el borde de la barranca por donde se despeñó. Una humilde cruz de madera, que han decolorado el sol y las lluvias, indica el lugar en que yacen sus huesos.

Requiescat.

ZACARIAS HUANCA EN EL CIELO

Gold? yellow, glittering, precious gold?

SHAKESPEARE, Timon of Athens

Los primeros síntomas del mal, los sintió en momentos que vigilaba la labor de los peones en su lavadero de oro del río de Granadas.

— Me duele mucho el costao — dijo llevándose las manos a la cintura.

— ¿Por qué no se va pa la casa, patrón? — contestó el viejo Serapio Choque. — Tá muy helao aquí ajuera.

— Güeno, vení ayudame.

El viejo dejó calmosamente su capacho; tomó a su patrón por un brazo, y comenzaron a subir lentamente el sendero que conducía desde el lecho del río hasta el altozano en donde se encontraba el rancho que les servía de albergue durante sus estadías en el lavadero.

— No hay que chacotiar con los vientos de agosto, patroncito — comentaba Choque. — Tienen el diente enconoso, y una vez que muerden...

— ¡Hum! ¡Fiero me'stá doliendo!

— Así ha'i ser, patrón.

Cuando estuvieron en el rancho, Zacarías se tumbó sobre un catre de lona que chilló bajo su peso. Los párpados, pesados como plomo, se le cerraban;

la lengua se le pegaba en el paladar, y aunque volaba en fiebre, un frío intenso le hacía castañetear los dientes.

— Tengo sé, dame agua — murmuró.

— ¿No quiere que le haga un tesito 'i coca con aguardiente más bien, patrón?

— No me ha 'i venir mal.

A mediodía el enfermo había empeorado. Un sopor de muerte lo embargaba. Respiraba trabajosamente, como si le faltara el aire. Apenas si tenía conciencia de lo que ocurría a su alrededor; en algunos momentos deliraba. El viejo Choque, haciendo palanca con la cucharita entre los dientes, logró hacerle tragar algunas gotas de té.

— Mejor es que se vaya pa Jujuy, patrón. El camión que viene de Pirquitas pasa como a las dos, y lo puede llevar pa la estación.

Zacarías, haciendo un esfuerzo supremo, contestó:

— Así va a tener que ser... Vos te has de hacer cargo de todo... Y has de ver que no se roben el oro... Ya sabís como son éstos...

— Descuide, patrón.

— ¡Hum! ¡hum! — refunfuñó el enfermo —; lo que no sé es quien te va a cuidar a vos, que sóis otro pícaro... Pero ya 'i volver yo...

Después se durmió.

Era una historia singular la de Zacarías Huanca. Nacido entre los cerros de Rinconada, hijo de una familia indígena pobrísima, no había recibido ninguna instrucción. Cercano ya a los treinta años, aprendió a dibujar su firma, lo que hacía con letras mayúsculas de imprenta que parecían marcas de fardo. Leer no

supo jamás. Estas desventajas no le impidieron hacer un pequeño capital, y pasar por hombre listo en las punas jujeñas en donde actuaba.

Un encuentro casual, había decidido de su profesión y de su destino: cierto día apareció en las inmediaciones del rancho paterno un gringo alto, colorado y seco, cuyo oficio, a estar a lo que se veía, era el de partir piedras a martillazos y mirar los fragmentos con una lupa. Zacarías andaba entonces por los diez y siete años y, mientras cuidaba del hato, observaba de lejos las misteriosas operaciones del forastero. — ¿Qué se le habrá perdío, po, que tanto anda buscando? — pensaba. Una mañana el hombre le hizo señas de que se acercara; pero Zacarías era desconfiado y arisco como un zorro, y no se movió de su sitio. El gringo se dirigió hacia el muchacho y éste emprendió la fuga.

— ¡Stop! — gritaba el extranjero. — ¡Mi no quiere hacer nada malo a osté! ¡Mi quiere conchabar mochacho!

Le dio alcance junto al rancho, donde perseguido y perseguidor llegaron sudorosos y jadeantes. El desconocido golpeó las manos y salió el padre de Zacarías, a quien explicó, en su media lengua, que necesitaba un ayudante y quería emplear al muchacho.

— ¿Quién va a cuidar cabritas, po? — decía el padre. — Yo'stoy solito. La mujer ha muerto el año pasao. La umilla se ha yuguiao con un maimareño, señor.

— Mi paga bien — aducía el extranjero.

La vista de un fajo de billetes que el gringo sacó de la faltriquera, decidió al padre. Después de regatear, y de tratar de engañar por todos los medios al forastero, accedió. Y así Zacarías dejó de ser pastor de cabras y llamas para convertirse en escudero de mister Walter Kennet, inglés de nacimiento y minero

de profesión.

Era Kennet uno de esos vagabundos que recorren la tierra, incansables y obcecados, en busca del filón maravilloso. Nada los detiene ni los descorazona: marchan como sonámbulos en busca de la veta soñada. Sufren con paciencia miserias sin cuento, la inclemencia de las cordilleras, el hambre y la sed. La ilusión no los abandona jamás; se sobreponen a la derrota y al fracaso por la fuerza inquebrantable de su ensueño. Hay entre ellos verdaderos héroes y mártires. Algunos — los menos — triunfan y se adueñan de la lámpara de Aladino; otros, mueren desilusionados y vencidos en el cuenco de una peña, en una cumbre batida por la borrasca, o en la cama solitaria de un hospital.

Zacarías gustó de aquella vida nómade, y cuando míster Kennet un buen día partió para Alaska en busca de oro inhallable, el mal ya no tenía cura. Las minas eran su idea fija. Se pasó la vida en los cerros durmiendo en cuevas como una alimaña, alimentándose con un puñado de maíz o de harina tostada; conoció el horror de las tormentas de rayos que azotan los altiplanos sin que caiga una gota sobre la tierra reseca; las penurias de la sed en los desiertos, y las del frío en las cimas nevadas, sacudidas por vendavales furiosos. Espió durante meses a indios desconfiados y taciturnos que solían caer a poblado desde quebradas inaccesibles con la chuspa repleta de pepitas de oro. Cavó y arañó como un topo en los flancos de las montañas y en el lecho de las corrientes. Ya era cincuentón y dueño de algún caudal, cuando instaló un lavadero de oro en el río de Granadas.

Despertó en Jujuy, en el hospital. Dos médicos, que parecían fantasmas con sus guardapolvos y cas-

quetes blancos, estaban inclinados sobre él. Una hermana de la caridad velaba sentada en una silla a unos pasos del lecho. Zacarías cerró los ojos, y le pareció que se hundía en un mar de tinieblas; después perdió la conciencia.

— Diagnostico una neumonía doble — dijo uno de los Esculapios.

— De pronóstico fatal — contestó el otro.

El primero asintió con un movimiento de cabeza.

Aunque parezca increíble, los galenos acertaron. El enfermo falleció al amanecer. Antes de que exhalara el último aliento, un franciscano lo absolvió, y oró largo rato arrodillado junto a su lecho implorando la clemencia divina para su alma pecadora.

Zacarías sintió como si alguien le abriera la caja craneana y le arrancara el cerebro; luego le pareció que subía con rapidez vertiginosa a través de un medio tan luminoso que lo obligaba a permanecer con los ojos cerrados; después, lo inundó una sensación de calma infinita, de dicha sobrehumana.

Abrió los ojos y se encontró tendido en una nube de colores maravillosos y cambiantes: a veces parecía una pradera de esmeraldas; otras, un campo azul de zafiros; tan pronto se encendía en luces doradas, como se irizaba en ópalos de tenues matices malva, violeta y rubí.

Pasado el primer momento de sorpresa, advirtió que se hallaba junto a un sendero que parecía cavado en la nube, y echó a andar por él. Serpeaba por la ladera de una colina. Cuando llegó a la cumbre vio un valle magnífico que se extendía a sus pies, en el que se elevaba un palacio como jamás hubiera podido imaginar. Altas cúpulas se recortaban en el cielo; ar-

cadas y capiteles refulgían como si fueran de oro; grandes columnas de jaspe corrían a lo largo del frente, y una gran escalinata conducía hasta una majestuosa portada construída de mármol blanco. No se veía un alma por ninguna parte.

Huanca descendió la colina lentamente y fue aproximándose al palacio. Subió la escalera, y se encontró ante una puerta de oro engastada de pedrerías. En el dintel brillaba una cruz, y más arriba, se leía en letras luminosas: "PORTERIA". Como Zacarías era analfabeto, no se percató de ese detalle, y tal como acostumbraba hacerlo en su vida terrena, se sentó en cuclillas, se rascó la cabeza, y decidió esperar que alguien saliera o llegara al palacio. Para entretenerse, echó mano a los bolsillos en busca de cigarrillos y coca, pero estaban vacíos. — De seguro que me los ha zurdiao el viejo Choque — pensó —, pero ya'i volver yo y no más de ver las caras. — Su ignorancia y su simpleza le impedían advertir que había muerto y se encontraba ante las puertas mismas del paraíso.

Las horas pasaban y nadie llegaba ni salía. El minero, impacientado y hambriento, decidió llamar. Dio varios aldabazos en la puerta, pero nadie abrió. Esperó un rato y volvió a llamar. Nadie. Entonces empujó suavemente una de las hojas y ésta cedió. Se encontró en un largo pasadizo que remataba en una segunda puerta que parecía de plata. Golpeó con los nudillos, y como tampoco nadie respondiese, entró.

Grande fue su sorpresa al encontrarse en el salón donde penetró con Pepe Brulls, el catalán de Ajedrez. Era Pepe un truchimán de renombre en toda la Puna. Minero empedernido, cateador furtivo, y trapacista de chapa, andaba siempre precedido de una recua de mulas cargadas de baratijas y comestibles que vendía a precios fabulosos a los mineros del alti-

plano, los trocaba por minerales robados por los peones en los veneros, o por pieles de chinchilla que traían, a espaldas de las autoridades, forajidos chilenos.

— Conque ya estás por acá, Zacarías — dijo el catalán.

— ¿Y ande'stamos, po?

— En el cielo, colla bárbaro.

— No ha'i ser.

— ¡Qué! ¿No lo crees?

— ¡De ande te vo'a creer!

— ¿Y por qué?

— ¡Qué van admitir gallegos en el cielo! ¡Y tan luego a vos!

— Pues ya te he dicho muchas veces que no soy gallego. Entre un catalán nacido al pie mismo del Monserrat, y un gallego cualquiera, hay más diferencia que entre un elefante y una hormiga. Y yo me salvé porque en el momento de morir me encomendé a la Virgen de mi tierra, la Virgen de Monserrat, que es la más Virgen de todas, por ser catalana. ¿Estamos?

— Ahá.

— Y aquí entre nos, Zacarías, esto del cielo resulta un cuento del tío. Hace más de dos horas que estoy "haciendo amansadora", como dicen en mi tierra, y nadie sale a atenderme. ¡Como si yo fuera un pobrete! Para mí que San Pedro está demasiado viejo y sería hora de jubilarlo.

— ¡Qué hombre, oh! ¡Ni en el cielo has de'star conforme!

En aquel momento se abrió una puerta lateral y entró un anciano de aspecto venerable. Vestía un hábito de monje, como el de los franciscanos, pero de color gris. El viejo era alto, un poco encorvado, aguileño; la cabellera, blanca como los salares de la Puna, le caía hasta los hombros, y la luenga barba le cubría

el pecho. Del cordel de la cogulla, pendía un pesado manojo de llavones de oro.

— ¡San Pedro! — exclamó el catalán, pálido, poniéndose de pie. Y notando que Zacarías, en su confusión, no había atinado a sacarse el sombrero, le gritó:

— ¡Sácate el ovejón, colla malcriado!

Zacarías obedeció.

— Ya te estuve oyendo — dijo San Pedro, dirigiéndose a Pepe Brulls. — ¿Conque estoy demasiado viejo y hallas conveniente que me jubilen, eh? Parece que el Altísimo piensa de otra manera, y encuentra indispensables mis servicios. ¡Pero ni el Todopoderoso se libra de la insolencia catalana! ¿De modo que te crees autorizado a indicar lo que se ha de hacer o dejar de hacerse en el cielo, eh? ¡Vamos, contesta!

El catalán temblaba aterrorizado.

— ¡Entra! — prosiguió San Pedro. — ¡Entra lo más pronto posible, que me están viniendo ganas de largarte derechito al infierno de un pescozón! ¡Y como vengas aquí a promover una huelga o un movimiento separatista, te mando al Báratro aunque salga en tu defensa toda la corte celestial! ¡Conque andando, y cuidado con la lengua!

Pepe, más que de prisa, obedeció las órdenes del Santo, que desapareció tras él por la misma puerta por la que había entrado.

Zacarías, impasible, comentó en voz alta:

— ¡Tremendo había sío el viejito! ¡Pero también el Pepe es muy por demás enteramente!

Como una hora después, la puerta volvió a abrirse, y San Pedro, serenado ya, haciendo señas a Zacarías de que pasara, murmuró:

— Entra, hijo.

Penetraron a una espaciosa cuadra dividida por el centro por un alto mostrador de madera tallada. Las paredes estaban cubiertas por estantes, en los que se alineaban pesados librotes forrados en tela, como los que usan en este mundo los comerciantes para anotar su contabilidad. San Pedro abrió una puertecilla y pasó detrás del mostrador. Luego se encaró con Zacarías.

— ¿Cómo te llamas?

— Zacarías Huanca, señor.

— ¿Dónde naciste?

— En Coyaguaima, patrón.

— ¿Departamento?

— De Rinconada, señor.

— ¿Provincia de Jujuy?

— Sí, señor.

— Muy pocos suelen llegar aquí desde esos pagos. Todavía andan la Pachamama y otros demonios haciendo de las suyas por ahí.

— Así ha'i ser, patrón.

— ¿Estado?

— No compriendo, señor.

— Te pregunto si eres soltero, casado o viudo.

— Soltero, señor.

— De algo te ha valido para llegar al cielo. Es difícil que un hombre casado alcance la eterna bienaventuranza. La virtud requiere paz y serenidad. ¡Y qué ha de tenerlas un hombre amarrado a una mujer! La buena, aburre; la mala, desespera; la hermosa, causa inquietudes y celos; la fea, encalabrina el alma. Y todas son señuelo del demonio, tentación de la carne, y perdición del género humano.

Zacarías entendió muy poco del discurso, pero coligió que el Santo despellejaba a las mujeres, y amenazaba a los que tenían trato con ellas con la pérdi-

da del cielo. Esto lo afligió porque recordó que, en sus años mozos, había gustado más de lo debido de las chinitas. Pero, como buen indio, sabía disimular y jamás contradecía. Después de carraspear, contestó:

— Así nomás ha'i ser, señor.

— ¿Edad? — prosiguió el santo.

— Cincuenta y un años vo'a cumplir pa la Pascua.

— ¿Profesión?

— Minero.

— Espera.

San Pedro se encaramó en una escalera y descendió de ella con uno de los librotes, que colocó sobre el mostrador. Se trepó a un alto banquillo de tres patas con asiento de hule, y comenzó a pasar las hojas del libro humedeciéndose el índice en la lengua, con la nariz pegada a los folios.

— Con la edad — murmuró — me estoy poniendo cegatón. ¿En dónde diablos he metido mis gafas?

Las encontró en un cajón, debajo de unos papeles. Antes de calárselas sacó de una de las anchas mangas del hábito un pañuelo que más parecía tohalla por el tamaño, y echando ruidosamente el aliento en ambos cristales, los restregó vigorosamente con el paño.

— Vamos a ver: sí... aquí está.

San Pedro leía en silencio, subrayando las líneas con el índice y frunciendo el seño.

— Lo lamento muchísimo — dijo al fin — , pero no puedes entrar.

— No me diga... ¡Por Dios, señor!

— Lo dicho, hijo; no hay sitio.

— Buscando ha'i haber, patroncito.

— Vamos, no insistas. Tendrás que esperar en el purgatorio hasta que se terminen las obras, pues

has de saber que se ha venido abajo un ala entera del departamento destinado a los mineros, y no hay forma de que los albañiles terminen con las reparaciones. Jamás he visto embrollones semejantes: que hoy, que mañana, que pasado, que el jueves... Si no los necesitáramos aquí, te aseguro que no dejaba entrar a ninguno; peores que ellos, sólo los abogados y los frailes.

Zacarías recordó que, en un sermón de cuaresma, había oído al cura de Casabindo describir los horrores del purgatorio: humazos sulfurosos que sofocan; acarreo de enormes pedrones en una cuesta arriba que tornan a rodar al bajo apenas se ha alcanzado la cumbre; lagos de pez hirviente en donde diablos armados de tridentes sumergen y revuelven a los míseros condenados como si fuesen las "tumbas" de una olla... Tal vez el excelente cura se había referido al infierno y Zacarías, poco versado en topografía de ultramundo, confundía los lugares. Para el caso daba lo mismo: sentía que un escalofrío de horror le corría por las espaldas y gruesas gotas de sudor afloraban a su frente.

El santo comenzó a liar un cigarrillo de chala que cerró pasando el borde de la hoja por la lengua; a violentos golpes de eslabón sacó chispas al pedernal del "yesquero" y encendió el pitillo dándole profundas chupadas. Estirando los labios lanzaba pequeños círculos de humo azulado que perfumaron la estancia con un vago aroma de anís. Mientras tanto miraba atentamente a Zacarías por sobre los espejuelos.

— Y bien, ¿qué esperas? ¿Por qué no te marchas?

Huanca se rascaba la coronilla y arrugaba la frente preocupado. De pronto se dio una cachetada en la cabeza y exclamó:

— Ya l' hi encontrao la güelta, señor. Si yo con-

siguiese que alguno de los que ya'stán en el cielo se juera por su voluntá ¿usté me dejaría dentrar en su cuenta?

San Pedro lo miró estupefacto. Desde los remotos tiempos en que desempeñaba las funciones de portero celestial, no había oído proposición más extraña y disparatada.

— ¿Pero cómo puedes imaginar, mentecato, que exista tonto tan grande que quiera cambiar las glorias del paraíso por la triste espera del purgatorio o los horrores del infierno? ¡Pues tendría gracia!

— Y dejemé hacer la prueba, señor. De todas maneras, usté en nada se perjudica.

San Pedro, como todos los viejos, era curioso. — ¿Será posible — pensó — que ocurra lo que este perillán se propone? Veremos. — Y luego en alta voz:

— Y bien: te concedo tres horas para que hagas lo que dices. Pero ha de ser con una condición: si no lo consigues, no irás al purgatorio, sino al infierno, y allí esperarás bien calentito el clamor de las trompetas del juicio final. Conque, piénsalo bien. ¿Aceptas?

— Tá bien, señor.

— Entra, entonces. Y ojalá no te arrepientas.

Y deslizándose del taburete, guió a Zacarías hasta una puerta oculta, por donde éste penetró en los maravillosos prados del cielo.

Su primer cuidado fue buscar a Pepe Brulls.

Lo encontró trepado en un montículo de topacios, perorando. El catalán encontraba todo mal en el paraíso: el alojamiento era incómodo, el almuerzo incomible, el servicio pésimo. Además, estaba prohibido beber aguardiente, jugar a los naipes y a la taba.

— En vista de todos estos abusos, me permito

proponer a los señores oyentes el envío de un pliego de condiciones al Altísimo...

En aquel momento advirtió que Zacarías le hacía señas desesperadas de que callase. Pepe, que sólo era valiente de palabras, creyó que algún guardia celestial se dirigía a disolver el grupo; cortó la peroración, y trató de escabullirse. Huanca se lo llevó a un grupo de palmeras próximo, en donde fingiendo misterio le dijo:

— Tengo una noticia.
— Suéltala.
— Es secreta.
— No diré nada a nadie.
— Sos muy estómago resfriao; no me animo.
— Te repito que no diré nada a nadie.
— Júralo.
— Juro.
— Por la cruz.
— Por la cruz.
— Bésala — concluyó Zacarías. — Cruzó el índice sobre el pulgar, y se llevó los dedos a los labios. Pepe Brulls hizo lo mismo. Entonces Huanca dio algunos pasos y atisbó entre las palmeras, como si comprobase que nadie los escuchaba. Después dijo:

— Se ha encontrao un filón de oro tamaño... Diz que es grueso como el dedo, y no se sabe ande se corta...

— ¡Rayos! ¿En dónde se encuentra eso?

— En el huaico de un cerro que está pa'l lao i la casa el diablo, en el medio del infierno.

— ¿No me estás engañando, colla bandido?

— ¿Que acaso yo soy como vos? El mismo don San Pegro me lo ha dicho. Así que si te animáis... Y has de tener cuenta con andar palanganiando por áhi, a ver si algún otro nos aventaja y nos deja mirando.

— Descuida.

Pero el catalán no podía estarse quieto. Momentos después se despedía de su camarada fingiendo una indisposición. Era lo que Zacarías esperaba. Una sonrisa imperceptible animaba su cara impasible de indio. Aguardó un rato, y salió de su escondite de entre las palmeras. Los mineros ofrecían el aspecto de una colmena donde ha entrado una mariposa. Bullían y rebullían en todas direcciones; se formaban y se deshacían corrillos; se cuchicheaba y se discutía. Pepe andaba de un lado para el otro como azogado. Por fin gritó:

— ¡Yo no aguanto más y me largo con viento fresco!

Y se presentó en el despacho de San Pedro.

— Me voy, señor San Pedro.

— ¿Adónde? — preguntó el santo, asombrado.

— Pues, le diré a usté, o mejor, no le diré nada, porque mire usté, para ser franco... pues sabe usté...

— ¡Yo no sé nada! — rugió el santo. — Acaba, embrollón!

— Que no estoy conforme en el cielo.

— ¿Cómo dices, desvergonzado?

— Que no me acostumbro aquí... Los aliolis que me sirvieron en el almuerzo estaban crudos, y además...

— ¡Pues lárgate ahora mismo! ¡Se necesita osadía para venir a decir ante mis barbas venerables que no están en su punto los aliolis celestiales! — E hizo ademán de coger el tintero; pero ya Pepe Brulls huía en dirección al infierno como alma que se lleva el diablo.

— Parece increíble — refunfuñó el santo; — pero Zacarías, por lo visto, se ha salido con la suya. Estos catalanes tienen más malicia que el mismísimo demonio. Felizmente sólo se trata de ese desalmado ca-

talán que no me era simpático. ¡Habrá descaro semejante! ¡Que estaban crudos los aliolis! En los años que tengo no he oído tamaña desfergüenza...

Una voz lo interrumpió:

— Señor...

— ¡Otro!

— Me voy, señor...

— ¡Largo de aquí! ¡Vete ahora mismo al infierno!

Y luego otro, y otro, y otro. No quedó en el reino celestial más minero que Zacarías. Unos pretextaban aburrimiento; otros se quejaban del desayuno; tal, de que su habitación no tenía suficiente luz; cual, de que no le planchaban bien la ropa; los ingleses alegaban spleen; los gallegos morriña; los portugueses saudade... El cielo se había convertido en lugar insoportable.

Zacarías sonreía socarronamente. Se encontraba dueño y señor de toda la extensión del paraíso destinada a los mineros. Se paseaba por bosques encantados, formados de árboles maravillosos desconocidos en la tierra. Disponía a su antojo de un palacio de mármol labrado, marfil y pedrerías rutilantes. Al caer la tarde, escuchaba, a lo lejos, el suavísimo canto de los coros angelicales. Por la noche, las constelaciones se reflejaban en el agua azul de las albercas. Manjares exquisitos aparecían como por encanto apenas los deseaba.

Los primeros días fueron deliciosos. Después Zacarías comenzó a entristecerse. La soledad le pesaba como un costal. Ni siquiera estaba allí ese tarambana de Pepe Brulls que lo entretenía con sus charlas y sus bellaquerías. ¿Qué andaría haciendo a esas horas el catalán? Zacarías sintió un estremecimiento de angustia. ¿Y si fuera verdad lo del filón de oro? ¿No tenía el diablo fama de ricacho? ¿Y de dón-

de sacaba su riqueza a no ser de las minas? ¿No estaría ese tunante de Pepe acomodándose en los mejores sitios. ¿Y los demás que se habían ido en pos de él? — ¡Y yo que soy el verdadero descubridor, con las manos vacías! — pensaba. Tanto caviló, que llegó a convencerse de la realidad de su propio embuste, lo que suele ocurrir a los embusteros con más frecuencia de lo que cree. Un buen día decidió marcharse.

Cuando se presentó ante San Pedro, éste se encontraba de pésimo talante.

— ¡Ah, eres tú, bribón! ¿Qué tienes que decirme? ¡Habla!

— Señor, yo...

— Ya lo sé de memoria: que quieres marcharte. ¡Pues vete inmediatamente! ¡Ahora mismo!

Y el santo, furioso, aplicó un tremendo puntapié en trasera parte de Zacarías. Y éste fue dando vueltas y vueltas por el aire hasta que se sumergió de cabeza en las llamas del infierno.

Y he aquí la razón por la cual, según la leyenda jujeña, no se encuentran mineros en el cielo.

LA REVOLUCION DEL RELOJ

MENGO. — *Juntad al pueblo a una voz;*
Que todos están conformes
En que los tiranos mueran.
ESTEBAN. — *Tomad espadas, lanzones,*
Ballestas, chuzos y palos...

L. DE VEGA, Fuente Ovejuna

... Después de años y años
Que tus resortes tiemblen,
Y que lentas y dulces
Tus campanadas suenen.

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO, El reloj

La revolución cuya crónica me propongo hacer, estalló en Jujuy en el año 18... La relato tal como me fue narrada, sin omitir ni añadir detalle. Sólo he cambiado, por razones obvias, el nombre de sus protagonistas. Así, pues, don Arístides Agudo, don Cleto y don Agatón Manso, son personajes de fantasía. No será culpa ni indiscreción mía si el lector los encuentra, los conoce y alterna con ellos en el mundo. Si tal ocurriere, lo que no dejaría de halagar mi vanidad, ese hecho probaría que el relato es fiel y el modelo vivo, real y existente. Hechas estas salvedades, pasemos a los hechos.

Era don Arístides Agudo, hombre inquieto y avispado que inspiraba muy pocas simpatías a sus coterráneos. Tildábaselo de díscolo, irreligioso y embrollón, amén de espíritu dado a fantasías y novedades. Saludaba con avinagrado gesto al señor cura, y no faltaba quien asegurase que se deleitaba leyendo a Voltaire y

hasta las páginas escandalosas de "El Baroncito de Faublas". Estos y otros defectillos, que sin duda los tenía, fueron causa de que cuando sus parientes propiciaron su candidatura a gobernador de la Provincia, se concentrara un partido de oposición como hasta entonces jamás se había visto ni oído.

Contribuyó a la malquerencia que los jujeños sentían por Agudo una controversia que por entonces exaltaba los ánimos más tranquilos y sosegados. Era la referente a las famosas acequitas que cruzaban las calles. Los médicos les habían declarado la guerra alegando que eran focos de malaria y tifóideas. Los vecinos, por distintas razones las defendían: no debían ser tan malas las acequias, alegaban algunos, cuando la gente en Jujuy se moría de vieja o de aburrida, y no de tifus o de chucho; otros, de espíritu más delicado y poético, argumentaban con lo deleitoso que resultaba su murmullo, sobre todo en la paz de la noche. En fin: todos tenían algo que aducir en su favor. Agudo, sin dar razones, se puso de parte de los médicos.

De haberse realizado elecciones libres, su derrota hubiera sido segura. Pero sabido es que en nuestra peculiar democracia el pueblo no elige sus gobernantes. Los presidentes designan a su sucesor por un procedimiento que se ha llamado de "la media palabra", y los gobernadores hacen lo mismo... cuando se los permite el poder central. En el caso de Agudo, se hizo saber "desde abajo", es decir, desde Buenos Aires, en donde el candidato impopular tenía amigos y a nadie se le importaba un comino de las acequias, que don Arístides sería el gobernador, pues, en caso contrario, se decretaría la intervención a fin de salvar la autonomía de la provincia y asegurar la libertad de sufragio. Esto, y un batallón de línea que se hizo avanzar desde Tucumán, terminaron con toda veleidad de resistencia, y Agudo ocupó la primera magistratura

de la provincia.

Ya gobernador, decidió dar largas al asunto de las acequias y conquistar la buena voluntad de su pueblo mediante una política blanda y suave. Agudo, que no era tonto, comprendía que el gobierno menos resistido es el que menos gobierna. Cuando se obra, se lastiman intereses, se alarman prejuicios, se provocan enemistades y enconos. La inercia es una fuerza casi invencible, y la rutina, aparte de que permite recostarse en la autoridad venerable del precedente, crea un delicioso sentimiento de irresponsabilidad. ¡Desdichado del gobernante que olvida verdades tan universales y sencillas!

La designación de Ministro General de Gobierno suscitaba el primer problema, y nuestro gran estadista juzgó que de su solución dependía en mucha parte la tranquilidad a que aspiraba. Es indispensable — se dijo — llevar a ese cargo a un hombre que no provoque desconfianzas ni cause inquietudes. Debe ser partidario furibundo de las acequias; de aspecto tranquilo, serio y compuesto, y es esencial, además, que carezca en absoluto de inteligencia, porque es cosa nunca vista ni oída un ministro inteligente, y no seré yo quien vaya contra tradición tan sabia, ni pretenda modificar los usos inveterados del país. Un ministro con ideas quiere gobernar por su cuenta, opinar sobre lo que no se le pregunta, y meterse en lo que no le importa. Por haberlo olvidado, el gran Napoleón fue derribado por sus únicos ministros capaces: Talleyrand y Fouché. Pero yo no he nacido ayer para incurrir en tamaña simpleza: el ministro ideal sería un sello de goma que pudiera estampar debajo de mis decretos; pero temo que algún leguleyo opositor, de esos que nunca falta, tache tan sensato procedimiento de inconstitucional. Buscaré, pues, algo que se aproxime a tan bella quimera. Y para un hombre de mi caletre y meo-

llo, eso no es cosa del otro jueves: basta explotar el amor al sueldo y el apego a la posición a que son tan propensos nuestros políticos para conseguir el hombre de mis sueños...

Después de mucho cavilar, designó para tan alto cargo a don Cleto Manso, un amigo de infancia.

Era el hombre para el puesto: obeso, cabezudo, lento y pausado. Una barba de patriarca le cubría el pecho; vestía negros y tétricos levitones, y los calzones más holgados que hubiera memoria en la provincia. Miope desde la juventud, se había olvidado de leer, lo que constituye una innegable ventaja para quien debe actuar en las democracias, por esencia enemigas de la cultura. En la tersura de su frente, se adivinaba que jamás había cruzado por su cerebro la sombra turbadora de una idea, pero como casi nunca hablaba, se le atribuían pensamientos serios y profundos. Se recordaba con admiración que una vez había dicho: "gobernar es poblar", y otra: "el país necesita buenos ciudadanos"; frases breves, lapidarias, como las de Tácito, saturadas de seso y cordura, y al mismo tiempo simples y sencillas, hechas como de encargo para conmover el alma y grabarse en la memoria de las muchedumbres. Pero — ya lo veremos — no siempre las apariencias concuerdan con la realidad.

El nombramiento, como lo había previsto don Arístides, causó excelente impresión.

— No empezamos mal — dijo el barbero.

— Cleto es hombre de orden; no permitirá que se toquen las acequias — afirmó el boticario.

— Viviremos como hasta ahora, en paz... ¡Loado sea Dios! — suspiró el señor cura.

Los hechos confirmaron tan optimistas pronósticos. La acción del gobierno se desarrolló de acuerdo

a las tradiciones más respetadas y a los principios más indiscutidos y sanos: gobernador y ministro distribuyeron los cargos públicos rentados entre sus parientes legítimos, naturales, por afinidad, ascendentes, descendentes y colaterales. Como resultara que existían más burros que pesebres se crearon nuevas reparticiones que, claro está, "hacían indispensables el progreso y nuevas necesidades de la provincia". El aplauso fue unánime. ¡Eso se llamaba respetar las tradiciones! ¡Nada de innovaciones peligrosas! ¡Orden, economía, desinterés, es el lema de mi gobierno! — exclamó Agudo al leer su primer mensaje en la Legislatura, la cual lo aclamó y declaró benemérito de la patria.

De haber persistido en conducta tan sensata, don Arístides hubiera terminado en santa paz su gobierno; sus agradecidos parientes y conciudadanos lo hubieran enviado al Senado de la Nación, sueño dorado de todo gobernador que se estima, y la posteridad lo hubiera contado entre los más preclaros hijos de Jujuy. Pero el hombre no podía con su genio. Tenía en la sangre el amor a las novedades, que él llamaba progreso, y constantemente revolvía en su magín los proyectos más temerarios. Unas veces pretendía dotar a la ciudad de alumbrado a kerosene; otras, empedrar las calles, con graves peligros de las acequias. En cierta ocasión, llegó hasta imaginar comprar botines a los agentes de policía que usaban ojotas desde los tiempos del Rey, único calzado con el que les era posible mantenerse en un equilibrio más o menos estable.

Mientras desarrollaba estos planes quiméricos, Agudo no paraba un minuto. Se paseaba por el despacho, gesticulaba, tropezaba con las sillas, revolvía bártulos y papelotes. Don Cleto, enemigo declarado del movimiento, exclamaba:

— ¡Sentáte, hombre! Me estás mareando... ¡Pa-

reces una lagartija partida!

Después se dormía profundamente. Cuando despertaba, con frecuencia sacudido por el nervioso Agudo, volvía al idealista a la tierra con una ducha de agua fría:

— ¿Alumbrado? ¿Y para qué? Aquí, felizmente, nadie sale de noche. En cuanto pongas la luz, van a pulular los trasnochadores. La provincia necesita hombres que se acuesten y se levanten temprano. Al que madruga, Dios le ayuda. ¿Pavimento? Te olvidas que si cegamos las acequias nos exponemos a un motín. ¿Calzado para los vigilantes? Aparte de que se llenarían de callos y se matarían a porrazos, van a vivir constipados y expuestos a pescarse una pulmonía cada vez que se cambien de medias. ¡No los metas a lujos ni a melindres!

Y tornaba a dormirse. Cuando Agudo insistía, esgrimía sus grandes y decisivos argumentos:

— No digas macanas, Arístides, no hay plata... Y no olvides que aun tenemos algunos parientes que están sin acomodo... los pobres.

Pero, un buen día, las cosas hicieron crisis. Agudo anunció a su ministro que, aunque el pueblo se sublevara, estaba decidido a colocar un reloj público en la torre del Cabildo. Un franciscano genovés, lo había informado de que en Italia podían conseguirse "tirados", a unos dos mil pesos fuertes.

Don Cleto pensó entristecido que con tanto dinero podía crearse una pensioncilla para alguna vieja de la familia. Allí estaba, como de molde, misia Petronila Quijarreta de Manso, nieta del coronel Nepomuceno Quijarreta, que según era público y notorio, había prestado eminentes servicios al país. ¿Quién ignoraba que, mientras Jujuy había sido invadida ocho veces por los ejércitos realistas, el heroico don Nepomuceno, sin pestañear, había continuado tomando mate sin mo-

verse de su casa? Sólo en la vieja Esparta habíanse visto ejemplos de tanto menosprecio e impasibilidad ante el peligro. ¿Y no tenían la provincia, y aún la nación, la obligación moral de mantener semejante casta de héroes hasta la postrer generación?

Don Cleto, al hacer tan sabias reflexiones, personificaba un dogma, representaba un principio intangible, encarnaba una doctrina que, como la de Drago, bien podía calificarse de argentina: la de que la única misión razonable de un gobierno es nombrar empleados, dar pensiones, y aumentar sueldos a medida que aumenta la renta. El país, pletórico de vitalidad y pujanza, se cuida solo y progresa en relación inversa a lo que sus gobiernos se preocupan de él. Vivimos en un edén, y nuestra única preocupación sería, es y debe ser la lluvia. Cuando llueve, brotan los trigales, engordan los ganados, se levantan las trojas en la pampa ubérrima, fermenta el mosto en los lagares cuyanos, los grandes trapiches del norte crujen ahitos de caña, las sirenas de las fábricas lanzan al aire su grito triunfal. Y corren trenes y más trenes a los puertos a llenar el vientre de los grandes trasatlánticos, que luego van a surcar los siete mares, y a distribuir la riqueza argentina en todos los pueblos de la tierra. Lo sensato y lo prudente es, pues, que nuestros aprovechados estadistas, permanezcan inmóviles, amodorrados como boas, mientras digieren, ellos y su parentela, su hartazgo de dietas, sueldos, sobresueldos, pensiones, jubilaciones, aranceles, viáticos, prebendas, y sinecuras. Sólo así resultan tolerables, inofensivos, y hasta necesarios y útiles.

Don Cleto que, aunque en otros términos, había expuesto estas mismas ideas, concluyó:

— Lo demás es literatura, poesía lírica. ¡Un reloj público! ¿Para qué diablos quiere el pueblo saber la hora? Yo tengo cerca de setenta años y jamás se me

ha ocurrido comprar un reloj. Para eso está el sol, y en los días nublados las gallinas que no se equivocan jamás en la hora de dormir que, en definitiva, es la única que tiene importancia. El reloj me parece un instrumento de uso impropio en pueblos democráticos. Significa la tiranía de la hora, la disciplina intolerable del minuto, y en las verdaderas democracias, es esencial que cada uno haga lo que le baje la gana, cuándo, cómo, y a la hora que se le antoje.

Pero don Arístides no cejó, y como no quería desprenderse de su ministro, buscó otros argumentos; y como a su vez, don Cleto en todo pensaba menos en la locura de renunciar, el acuerdo no fue muy dificultoso. Agudo explotó sagazmente un sentimiento que sabía muy arraigado en el corazón de su ministro: el de su malquerencia a Salta, la ciudad vecina, molesta como todo vecino.

Los salteños se enorgullecían de sus "tagaretes", únicos en el mundo, de su palacio episcopal, de sus casonas de dos pisos, y miraban por sobre el hombro a los pobretes de la provincia limítrofe. Demás está decir que estos les pagaban desdén con desdén, y así habíase creado un ambiente tenso de recíproca desconfianza y mala voluntad.

— ¡Lo que van a rabiar los salteños cuando sepan que tenemos un reloj público! — exclamaba Su Excelencia, frotándose las manos. — ¡Abatiremos su luciferino orgullo a campanazo limpio!

El ministro, sonriente, asentía.

Temístocles y Catón hubieran experimentado la misma fruición si hubieran podido molestar a Esparta o a Cartago repicándoles la hora cada quince minutos. Pero como en aquellos tiempos no se había inventado el reloj, recurrieron a otros expedientes; lo que prueba que lo único que varía en la historia es la decoración exterior, pues los sentimientos y las pasiones hu-

manas se mantienen idénticas en el espacio y el tiempo.

Después de una espera de meses, llegó de Italia, acondicionado en varios cajones de roble, un vistoso reloj con cuatro esferas de fondo verdoso que marcaba, según rezaba la comunicación de la fábrica, las horas, las medias y los cuartos con el alegre y melodioso campanilleo de sus carillones.

Su llegada fue anunciada al pueblo por medio de un volante en el que se lo citaba a concurrir a las doce del día a la plaza principal, con el fin de que acompañara a San Pedrito a las autoridades civiles, clero y milicias a recibir la máquina prodigiosa que llegaría en carreta por el histórico camino del Tucumán. El gobierno daba cuenta, además, que "había tomado todas las providencias necesarias para impedir que ciertos vecinos (que no había para qué nombrar) se apropiaran o detuvieran ese instrumento de progreso y cultura que, sin duda, iba a ejercer benéfica influencia en las costumbres populares, hermosear la ciudad, y demostrar, ante propios y extraños, el celo y patriotismo con que los hombres que la Providencia había puesto al frente de los destinos de la provincia, trabajaban por su adelantamiento y bienestar".

Antes de iniciar la marcha, se lanzaron bombas de estruendo en el centro de la plaza. De la torre de la Iglesia Matriz, huyeron bandadas de palomas aterrorizadas que, en raudo vuelo, dieron largas vueltas por el cielo. Los canes que por su curiosidad habían asistido a la reunión, emprendieron una fuga ignominiosa con el rabo entre las piernas, y algunos cocheros, que se encontraban algo alejados del sitio, aporrearon a sus jamelgos a fin de no perder detalle de los sucesos. Agudo, blandiendo el bastón de mando y algo inclinada la cabeza bajo el peso de una inmensa

galera de felpa, se puso al frente de la columna; a su diestra, marchaba don Cleto, secándose a cada momento la sudorosa frente; a su siniestra, el señor cura sonriente y beatífico; a la zaga, venían los diputados de la Legislatura de dos en dos, un destacamento de policía, la guardia nacional; y, por fin, la plebe endomingada y bullanguera.

Como a las dos horas, la columna, bastante empolvada, estaba de regreso en la plaza, esta vez precedida por la carreta en que se traía el reloj, adornada con flámulas, grímpolas y gallardetes en los que lucían los colores de la patria. Un nuevo bombardeo anunció que la ceremonia iba a comenzar. La murga policial ejecutó el Himno Nacional y la marcha de San Lorenzo. El señor cura, revestida el alba sobrepelliz, bendijo los cajones entre copiosas aspersiones de agua bendita y gallardas frases latinas. Por fin, habló Su Excelencia.

Desgraciadamente el texto de esa arenga se ha perdido, pero los viejos del terruño la recordaban con admiración. Parece que se trataba de una pieza sólida, impregnada de ideas progresistas y liberales, pulida en la forma, adobada con latines, citas y evocaciones de la antigüedad clásica. Cuando aludió, no sin gracejo e ironía, a ciertos vecinos — los beocios — a quienes haría cosquillas el reloj, el pueblo lo aclamó delirante de entusiasmo. Una diana triunfal saludó, al concluir, la elocuente peroración, y un nuevo bombardeo pirotécnico estremeció los ámbitos jujeños.

Al día siguiente se realizó una solemne función religiosa en la Iglesia Matriz; a continuación, una fiesta en la escuela Belgrano: el Himno Nacional, "Nuestra Bandera", engendro de un vate lugareño que declamó la niña Elenita Agudo, sobrina de Su Excelencia; cuadro plástico alusivo: el Tiempo, representado por un anciano con largas barbas de algodón, la ampo-

lleta en la siniestra mano y la guadaña en la diestra, contempla la danza de las Horas que giran en torno entre nubes de gasa y muselina. Más tarde, en la Tablada, palo jabonado, carrera de embolsados y juegos de sortija. Por la noche, baile de gala en la casa de gobierno para la gente de copete, y castillos, buscapiés, tracas y cohetes multicolores en la plaza para el populacho, al que también se repartieron vestimentas y bucólica.

— "Panem et circensis", como en la vieja Roma — decía Agudo complacido.

Fueron días felices para Jujuy, pero como no existe dicha completa en este mundo, una pequeña nube empañó el cielo color de rosa. Un salteño presente en las fiestas, se comportó en forma descomedida y reprochable. Cuando descendieron los cajones de la carreta los miró en forma despectiva; en momentos en que hablaba el gobernador, fingió un tremendo remezón de tos; y por, fin sin poder contenerse, se le oyó decir en alta voz:

— Estoy convencido, seguro, de que si este reloj anda, andará mal. No sé si se atrasará o adelantará, pero no dará la hora exacta ni por casualidad... ¡Envidioso!

Un relojero suizo, que se mandó exprofesamente a traer de Tucumán, colocó las esferas en la torre, reguló el mecanismo, cobró quinientos patacones, y se marchó. Don Cleto, en representación del Poder Ejecutivo, asistió personalmente a todas esas operaciones y fue iniciado en el secreto de dar cuerda a la máquina. Cuando cada ocho días, al caer la tarde, se dirigía al Cabildo con el aire importante que cuadra a un hombre enterado de misterios inefables, los vecinos se descubrían respetuosamente a su paso, y se decían al oído:

— ¡Va dar cuerda al reloj!

Y el reloj andaba, andaba incansablemente. Cada quince minutos, imperturbable, indiferente a las humanas tristezas y alegrías, anunciaba con cristalino martilleo que un cuarto de hora acababa de transponer, para no retornar jamás, los umbrales de la eternidad.

¡Plán!... ¡Plín!... ¡Plín!

¡La una y media!

¡Plán!... ¡Plán!... ¡Plín!

¡Las dos y cuarto!

Y andaba, andaba con maravillosa exactitud; coincidía al segundo con todos los relojes honrados del pueblo: con el de mister O'Donnell, farmacéutico irlandés, que poseía una máquina comprada en Dublín y, por lo tanto, infalible; con el del doctor Bárcena, que no tenía derecho a equivocarse porque servía para contar el pulso de los enfermos; hasta con las gallinas, según hacía constar complacido don Cleto.

¡Plán!... ¡Plán!... ¡Plán!

Y las tres notas cristalinas revolotean jubilosas alrededor de la torre, se expanden por el valle en ondas invisibles, trepan por las laderas de las colinas, se difunden por el cielo, y van a morir en las cumbres del Chañi lejano o — ¿quién sabe? — caminan, caminan a través del espacio infinito, y despiertan a su paso un eco, un susurro, una suavísima melodía, que nadie escuchará jamás, en mundos desconocidos...

El pueblo se enamoró del juguete. Nunca un gobierno fue más popular. Los campesinos, en apiñadas cabalgatas, concurrían a la ciudad a admirar el portento. Los habitantes de la Puna aguijaban sus arrias de burros y llamas a través de los altiplanos helados y las quebradas interminables, ansiosos de llegar. Una vez en el pueblo, se sentaban en cuclillas frente al Ca-

bildo, observaban durante horas y horas la misteriosa marcha de las agujas, y escuchaban embobados el vibrante tañido de los esquilones.

Don Arístides, engolosinado, saboreaba la gloria. En la alta noche, casi a diario, despertábanlo las aclamaciones de alguna pandilla de calaveras que, bajo sus ventanas, prorrumpía en ruidosas muestras de adhesión:

— ¡Viva el gobernador Agudo!

— ¡Viva el ministro Manso!

— ¡Viva el reloj público!

— ¡Muera Salta!

Su Excelencia, alisando las cobijas para volver a dormirse, murmuraba feliz:

— ¡Y todavía hay simples que sostienen que los pueblos son indiferentes al progreso!

Transcurrían los meses en perfecta calma. Agudos y Mansos engullían sin sobresaltos el presupuesto. Cura, boticario y rapista declaraban que la conducta del gobierno conciliaba el espíritu de progreso y las ideas modernas con la moral y los buenos principios tradicionales. Los opositores, muy pocos, se veían obligados a callar, porque cualquier crítica o murmuración se hubiera interpretado como un ataque al reloj, sacrilegio castigado con la impopularidad.

Pero la paz es, por su propia naturaleza, transitoria, y a poco andar, surgió entre gobernador y ministro un grave motivo de discordia: la elección de dos diputados al Congreso de la Nación. Don Arístides deseaba esas canongías para don Agustín Agudo, su hermano, y don Pantaleón Crespo, su cuñado. Ambos candidatos las merecían: el primero poseía varias estancias, muchas vacas, miles de pesos, y muy pocas ideas; el segundo era semianalfabeto, pero era entrometido y cínico, condiciones indispensables a un representante provinciano que aspira al éxito en Buenos

Aires.

Don Cleto, por su parte, propiciaba las candidaturas de Don Agatón Manso, su hermano, y don Nemesio Cabezón, su cuñado. Poseía el primero más estancias, más vacas, más pesos, y menos ideas que el hermano del gobernador; el segundo, además de entrometido y cínico, carecía de espinazo, de modo que era diputado ideal a un parlamento de mayorías borreguiles.

La disidencia no pasó, al principio, de disputas amistosas.

— Pero, Cleto — argumentaba Agudo —; te he traído al ministerio; el Consejo de Educación, la Municipalidad, la Policía, la Justicia rebosan de Mansos. Es lógico y justo que las diputaciones se den a los Agudos. ¿A quién si no es al gobernador corresponde elegir los representantes del pueblo?

— Pues al pueblo.

— ¡Vamos, Cleto, no digas tonterías! El pueblo no existe, es una ficción jurídica, una abstracción legal inventada por esos palanganas de Buenos Aires que hicieron la Constitución. No discutes de buena fe: bien sabes a tus años que nada tiene que ver la turbamulta en estas cosas. El que gobierna, manda, y todo lo demás son cuentos. Tampoco pretenderás que tu hermano y tu cuñado iban a ser elegidos por el pueblo. ¡Tienes unas ocurrencias!

Don Cleto insistía:

— Yo estoy con la Constitución.

— ¿La Constitución? Estás, por lo que veo, con ganas de jaranear. ¿A quién se le ha ocurrido nunca tomarla en serio? Yo tengo entendido que se la importó de Norte América para dar una fachada decente al país y atraer la inmigración europea. Se presta, sin duda, a disertaciones académicas muy bonitas que toma a la chacota el mismo que las hace, si no es un

tonto de capirote. Reconozco que está muy bien hecha, sin embargo, porque el más claro de sus artículos se presta a dos interpretaciones extremas y una ecléctica. Así, por lo tanto, nosotros los hombres de gobierno, tenemos tres sendas para elegir. ¡Que si vamos a las interpretaciones históricas, a las fuentes, a los antecedentes nacionales, a los comentadores, es para nunca acabar! ¡Hay que ser un porro para no saber encuadrar cualquier atrocidad dentro de la Constitución!

Don Cleto, en el fondo, pensaba lo mismo, pero más cazurro o menos sincero que su contrincante no lo decía y bajaba del empíreo constitucional a las realidades de la tierra, las únicas que de verdad le importaban.

— Mira, Arístides: si sacas bien tus cuentas y juzgas con ecuanimidad, no me negarás que en el Consejo de Educación, Municipalidad, Policía y Justicia, hay casi doble número de Agudos que de Mansos, y además los primeros ocupan los cargos más importantes. La elección de diputados que propongo no sería en realidad sino una justa compensación.

— Olvidas — respondió amoscado Su Excelencia — que soy el gobernador y que, en consecuencia, corresponde a los Agudos el primer término; lo contrario sería, además de absurdo, atentatorio al principio de jerarquía, base de toda sociedad bien organizada.

La intervención de los interesados envenenó los ánimos. Los candidatos se opusieron tenazmente a todo arreglo amistoso. Era demasiado cruento el sacrificio: diputaciones y senadurías atraen a los políticos de tierra adentro como la miel a las moscas. Significan la metamorfosis del aldeano anónimo en personaje de campanillas; la vida en Buenos Aires, la ciudad magnífica y tentadora; la dieta suculenta, y la vanidad

satisfecha. Y todas esas gangas sin más trabajo que calentar con las posaderas una banca bien mullida, alternar con presidentes y ministros, y votar de estricto acuerdo a las instrucciones del ejecutivo. A veces, los más desenfadados y ladinos, se atreven a decir que "encontrándose el orador (alguna tarabilla del litoral) algo fatigado sería conveniente pasar a cuarto intermedio", gesto audaz que el diarucho oficialista, allá en la provincia lejana, comenta, agranda, magnifica, acaba por convertir en "elocuente y hábil pieza parlamentaria digna de Avellaneda o de mister Pitt". Cuando ocurre, y es lo más común, que el diputado es incurablemente mudo, propalan sus parientes o partidarios que "trabaja mucho en las comisiones y que en el seno de ellas su opinión es muy escuchada". Pero es para la propaganda: la realidad es que el ilustre representante se ocupa en gestionar puestos nacionales y pensiones para la insaciable parentela y en divertirse libre de la vigilancia del cónyuge, que deja en la tierra cuidando a los chicos. ¡Ah, esos dulces remansos porteños, discretos y misteriosos, en donde sirenas blancas y perfumadas ofrecen en lenguas melodiosas y exóticas el reposo y el amor al fatigado estadista! ¡Y luego el retorno triunfal al terruño con el traje cortado a la última moda por el sastre metropolitano! ¡Y el placer de darse importancia ante los boquiabiertos correligionarios hablando de graves problemas de estado, y relatando anécdotas de campanudos personajes de la política nacional con los que se da a entender se mantiene íntima familiaridad!... ¿Cómo pedir a nadie que renuncie a tantas, tan grandes y tan nobles satisfacciones? La abnegación humana tiene sus límites.

Los poderes espirituales, para impedir la ruptura inminente, realizaron un esfuerzo supremo. El señor cura propuso, lleno de buena fe y candor evangélicos, las siguientes transacciones: serían diputados un

Agudo y un Manso, o un Agudo y un Cabezón, o un Manso y un Crespo, o un Cabezón y un Crespo. Pero la ambición es sorda al buen sentido, y la ecuanimidad no anida en el corazón de los ambiciosos. Don Arístides declaró sin rodeos que él tenía la sartén por el mango y que haría lo que se le diese la gana. Don Cleto, sin dar razones, rechazó todo acomodo con sonrisas despectivas.

Para mayor desgracia, las polleras terciaron en el conflicto. Doña Santos, esposa del gobernador, afirmó que a ella nada le extrañaba de lo que ocurría, porque, como todo el mundo sabía, los Mansos no eran trigo limpio, pues tenían un tatarabuelo bastardo y mulatillo. (¡Ya se lo había ella recordado a Arístides, pero los hombres nunca hacen caso de lo que dicen sus mujeres!) Doña Remedios, mujer del ministro, tomó represalias propalando que doña Santos en su juventud había tenido amoríos de subido color con cierto coronel retirado. (¡Y había que ver los humos que se daba ahora!) Ambas tribus contaban, además, con sendas legiones de solteronas que, no bien husmearon la pólvora de las primeras escaramuzas, volaron alborozadas a tomar parte activa en la refriega. Agresivas viragos y beatas viperinas emprendían una campaña de calumnias, escándalos, enredos y despellejamientos que pusieron como de perlas a los candidatos rivales, sus esposas, sus ascendientes más remotos y sus descendientes nacidos y por nacer.

— ¡Yo tengo la fuerza y he de hacer uso de ella si llega el caso! — vociferó don Arístides la última vez que se vio con su ministro.

— Así será — respondió don Cleto. — ¡Veremos!

Y se retiró tieso y silencioso.

Bombas, bombas y más bombas como en la fecha gloriosa de la llegada del reloj. Una línea negruzca corta el cielo azul, de pronto se expande en una nubecilla, y segundos después llega a la tierra el fragor del estampido cuyos ecos se van alejando como el rumor de un enorme carro que fuera dando tumbos por los cerros. Aletean las palomas, huyen los canes, y corren los vecinos a averiguar lo ocurrido. La curiosidad pública no queda defraudada. Hay novedades de bulto: "El Norte", diario oficialista, acaba de lanzar un boletín que pregona una turba de chiquillos a voz en cuello:

— ¡Boletín de "El Norte"!

— ¡Destitución del ministro Manso!

— ¡Declaraciones del señor gobernador!

Se forman grupos y corrillos.

— No creía que las cosas llegaran a tanto — dice el boticario.

— Vamos a divertirnos balconeando — afirma, regocijado, el rapista.

— Yo hice lo que pude para evitar la discordia — suspira el señor cura.

El boletín pasa de mano en mano. En él se expresa que: "En defensa de las instituciones, la Constitución y las leyes; del buen nombre de Jujuy, del de la Patria y la América del Sur, el Excmo. señor Gobernador de la Provincia, se ha visto obligado a tomar enérgicas medidas contra el Ministro General de Gobierno, quien, hollando los sagrados derechos del pueblo y escarneciendo los mandatos imperativos de la moral, ha pretendido convertir el gobierno en feudo personal y entronizar, no obstante el franco repudio de todos los buenos ciudadanos, el más crudo de los nepotismos, etc. , etc." Lo de siempre: los políticos criollos padecen de una increíble falta de imaginación, y de un mal gusto literario, sólo comparable al de los pedagogos.

El pueblo se encogió de hombros. Era un secreto a voces la causa de aquel repentino ataque de amor a las instituciones y a la moral. Y tanto le daba que fuesen diputados los Agudos y los Crespos que los Mansos y los Cabezones. El día de las elecciones, el "soberano" sería arreado a los comicios por comisarios de policía y jueces de paz, se repartirían empanadas, se brindaría con chicha, y se darían puñaladas. Ningún peligro corrían las prácticas tradicionales de nuestra santa democracia.

Don Arístides se consagró después a despojar a los Mansos de sus cargos y prebendas. La tarea resultó ímproba y complicada: el clan en desgracia tenía más cabezas que la Hidra de Lerna, troncos, ramas, hojas, raíces y raicecillas insospechadas. Cuando después de un diluvio de destituciones se creía la depuración (era el término oficial) terminada, se descubría algún Manso agazapado en alguna lejana comisaría de campaña o disimulado en algunas de las tantas oficinas que sólo existían a los efectos del sueldo; otras, el rastreo era más dificultoso aún, porque Mansos había que, con nombres falsos, figuraban como vigilantes. Hasta se descubrió a uno que, valiéndose de un seudónimo femenino, cobraba el sueldo correspondiente a un ama de cría en la sala de maternidad del hospital.

El pueblo tampoco se conmovió, y don Arístides pudo creerse victorioso. Pero unos días después ocurrió algo inesperado: se paró el reloj público. Calló su alegre clamoreo y sus agujas permanecieron inmóviles, detenidas a las ocho menos cuarto. Grupos de ciudadanos malhumorados se formaban a comentar en voz baja el suceso. Los campesinos, al pasar, miraban desde sus jacas la torre silenciosa, y continuaban su camino amohinados, como un niño a quien se ha arrebatado un juguete. Los quebradeños y collas del altiplano, en cuclillas, esperaban en vano escuchar el tañido

de las campanas. Nada decían: rumiaban impasibles su "acullico", pero relámpagos de cólera salvaje iluminaban sus pupilas.

A medida que el tiempo transcurría iban enardeciéndose los ánimos y cundiendo el espíritu de rebeldía. Por la noche gritos hostiles al gobernador partían de los arrabales, y una madrugada ante las puertas mismas de Su Excelencia, anónimos opositores, después de arrojar algunas piedras a las ventanas, estallaron en clamores subversivos:

— ¡Muera Agudo!

— ¡Viva don Cleto Manso!

— ¡Abajo la tiranía!

La policía se vio obligada a custodiar la casa del gobernador. Miembro de la familia Agudo, que salía a la calle, era seguido por una pandilla de pilletes que lo befaban, silbaban y pedían a grito herido la vuelta de Manso. Los borrachos eliminaban su intoxicación alcohólica vomitando procacidades contra Agudo. "La Montaña", el diario opositor, publicó artículos de virulencia tal que, una noche, agentes de policía disfrazados empastelaron la imprenta. Fueron y vinieron comunicaciones al Ministro del Interior: los opositores alegando que en Jujuy se habían suprimido todas las garantías y que el pueblo se encontraba convulsionado, por lo que se hacía imprescindible el envío de la intervención; el gobierno sosteniendo que la provincia era una sucursal del paraíso, y cuanto se decía en su contra, invención de algunos díscolos sin arraigo y huérfanos de todo calor popular. Una mañana las paredes de las casas en que vivía algún adepto al gobierno aparecieron marcadas con grandes cruces negras y letreros injuriosos. Flotaba en el ambiente como suelen decir los historiadores solemnes, esa inquietud que precede y anuncia las grandes revoluciones.

Don Arístides ordenó que se prendiera a don Cle-

to y se lo forzara, aunque para ello fuese necesario darle tormento, a poner en marcha el reloj o, por lo menos, a hacer entrega de las llaves. Pero Manso se había puesto en salvo: en la noche del día de su destitución huyó a Salta, en donde sabía que se encontraría a buen recaudo, pues nadie permitiría allí que se tocase un pelo al hombre que había silenciado el reloj que amenazaba oscurecer la gloria hasta entonces indisputada de los tagaretes y el palacio episcopal. Y así fue. Manso fue banqueteado, halagado, mimado y festejado por los salteños que lo proclamaron excepción única entre sus antipáticos vecinos de allende el río de Las Pavas.

Se buscó al suizo relojero y a otros entendidos, pero estos declararon que sin las llaves nada podía hacerse. El gobernador tentó entonces la vía diplomática, y envió embajadores para que aplacaran con promesas a su resentido ex ministro. Cuando éstos le manifestaron que Su Excelencia se encontraba dispuesto a que fueran elegidos diputados un Manso y un Cabezón, don Cleto respondió que él no hacía, ni jamás había hecho, cuestión de intereses personales, pues, gracias a Dios, su alma estaba libre de toda ambición; su disidencia con el gobernador obedecía a razones de principios, a modos de encarar el problema institucional de la provincia, y no a cuestiones secundarias de posiciones personales. Los diarios salteños le dedicaron extensos editoriales laudatorios en los que destacaba el desinterés y patriotismo del ilustre proscripto.

Mientras, éste decía a sus íntimos:

— Si Arístides cree que le voy a entregar las llaves, está fresco. No las daré a nadie ni por un queso... ni para salvar el alma de mi mujer.

Y en realidad no las abandonaba un minuto; colocábalas, mientras dormía, debajo de las almohadas; las contemplaba durante largas horas sonriendo feliz.

A la menor alarma las ocultaba en la faltriquera y gruñía como un mastín cuando alguien se acerca a su hueso.

Mientras tanto en Jujuy, la innumerable tribu de los Mansos conspiraba. Don Agatón, hermano del ministro desterrado, se puso al frente de la oposición. Y como no había ni qué pensar en ganar elecciones, se decidió tentar un golpe de mano. Si este triunfaba, era posible que el gobierno central se encogiera de hombros ante el hecho consumado; si fracasaba, no se estaría peor que antes.

— ¡El pueblo de la provincia — decía satisfecho don Agatón — me responde como un solo hombre!

Era verdad: el heroico pueblo de Jujuy estaba dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre en defensa de su reloj. ¿Y por qué sonreír? ¿No es sabido que la nariz de Cleopatra cambió los destinos del mundo? ¿No causó combates y hecatombes atroces? ¿Y habría persona sensata que se atreviese a sostener que es menos útil o importante un reloj público que las prominencias nasales de una gitana? El hombre es un animal belicoso, y cualquier pretexto le basta y le sobra para descalabrarse.

Pero faltaban armas: sólo pudieron encontrarse algunas tercerolas del tiempo de Maricastaña y algunos trabucos herrumbrados con los que nadie se hubiera atrevido a hacer fuego por temor de que estallaran al primer disparo. Alguien insinuó que la familia Manso, la principal interesada en la revolución, podría facilitar los fondos necesarios para adquirirlas. Don Agatón se opuso: no eran necesarias; el gobierno no tenía más que una docena de fusiles de chispa que nadie había usado desde que el general Belgrano los dejó en el Cabildo después de Ayohuma; bastaban las armas blancas, los garrotes y las temibles hondas de los puneños para

derrocar un gobierno impopular y malquerido; la familia Manso se había sacrificado ya bastante por la patria y las instituciones: ahí tenían a su desdichado hermano comiendo el pan amargo del destierro... Y no había tiempo que perder, pues siempre era posible una delación y en tal caso fracasaría el movimiento. Tras una breve discusión se fijó el día 12 de abril para dar comienzo a la danza.

Clarea; el cielo se refresca, palidece, después se azula. Detrás del Zapla la aurora enciende sus rubíes. El viento otoñal deshilacha la neblina. La nieve de las cumbres se tiñe de un rosa suave. La noche se esconde en las hondonadas.

Sombras cautelosas se escurren a lo largo del pueblo hacia la Tablada. Don Agatón, ceñida al talle una vieja espada, espera allí al frente de las huestes puneñas el momento de dar la orden de ataque. El barbero llega inquieto e informa al generalísimo que en el local de la policía se nota insólito movimiento. El gobierno algo sospecha. No debe, pues, perderse un minuto.

Don Agatón quiere sacar la espada: tira, forcejea, vuelve a tirar, suda y trasuda en vano, la hoja parece soldada a la vaina; por fin se queda con la empuñadura en la mano. Sin desconcertarse la arroja lejos de sí y exclama:

— ¡No necesito de armas para derrocar al tirano! ¡Afrontaré las balas de sus esbirros con el pecho desnudo! — Y hace ademán de desabrocharse la levita.

Sus mirmidones lo aclaman.

— ¡Adelante!

La columna se pone en marcha en silencio; sólo se oye el recio taconeo de don Agatón y el sordo arrastrar de las ojotas de los puneños. Cuando llegan al

pueblo, las calles están desiertas y el avance continúa sin tropiezo rumbo a la plaza. A medida que avanzan, la población se despierta. Se abren puertas y ventanas; los hombres aplauden y desde algunos balcones arrojan flores las mujeres. El gobierno, según todas las apariencias, ha renunciado a defenderse, y la revolución va a reducirse a un desfile triunfal. Pero don Agatón, prudente estratega, desconfía: ese taimado de Agudo es muy capaz de haber preparado una trampa. Avanza cauteloso, estirando el pescuezo, mirando hacia todos lados con recelo y ordena no apresurarse a fin de estar prevenidos a cualquier evento. Los quebradeños eligen piedras de entre las diseminadas en la calle; los mulatos puebleros prueban con la uña el filo de los cuchillos; el barbero blande amenazador un garrote gigantesco.

Ya están muy cerca de la plaza: cien metros más y todo ha concluído. Pero de pronto salen del Cabildo hasta unos quince hombres armados con fusiles. Bajo la dirección de Agudo, cuya alta y angulosa silueta es inconfundible, se alinean en la calle y comienzan a cargar las armas; después las cosas se ponen serias porque toman puntería.

La falange revolucionaria se detiene, vacila, remolinea. Don Agatón, con disimulo, mira a su alrededor en busca de un escondrijo; pero las puertas se han cerrado en vista del giro que toman los sucesos, y al frente sólo tiene la calle desierta que lo separa de los enemigos prontos a hacer fuego. Entonces, a unos pasos de allí, advierte una carreta de bueyes detenida junto a la acera. Duda unos instantes, y después corre hacia ella con el propósito de guarecerse debajo. Pero la vaina de la espada le traba las piernas y cae de bruces. Los puneños lanzan alaridos salvajes y revolean sus hondas. Los bueyes huyen asustados, y el jefe heroico, cerrando los ojos, espera su destino

tendido de barriga en el polvo de la calle.

Silban los hondazos, crece la algazara, y una descarga de fusilería sacude el aire: los milicianos gubernistas han hecho fuego. Pero el estruendo los aterroriza, y el terrible culatazo que reciben de las armas sucias y viejas deja a más de uno con la clavícula molida. Y como tampoco quieren a Agudo, y en el fondo son partidarios de la revolución, se desbandan bajo una granizada de piedras.

Don Agatón se pone de pie, se palpa, se sacude, y cuando se convence de que se encuentra vivo e ileso, pregunta:

— ¿Hay desgracias?

No, no hay desgracias: los milicianos han errado sus tiros. Sólo uno de los bueyes de la carreta ha recibido un balazo en el pecho y agoniza a unos pasos de allí.

— ¡Su sangre generosa — dice don Agatón levantando un brazo en actitud tribunicia — ha regado el árbol de la libertad!

Los vencedores aplauden delirantes.

Al día siguiente, don Cleto llega de Salta. El pueblo lo recibe en triunfo y lo aclama gobernador. Agudo parte al ostracismo.

Y el reloj del Cabildo vuelve, cada cuarto de hora, a lanzar al espacio su claro y jubiloso campaneo.

¿Historia? ¿Leyenda? Verdadero o imaginado, el suceso se presta a jubilosos comentarios. Los sabios —Montesquieu, por ejemplo — dirían que "la revolución del reloj" prueba que es más fácil oprimir a los hombres que herir su susceptibilidad, burlarse de sus debilidades o privarlos de su juguete. El opresor, les demuestra estima; el que atenta contra sus

costumbres, caprichos o niñerías, desprecio, es decir, algo que su vanidad no tolera.

El modesto cronista de estos sucesos, añadiría que nunca, jamás, por ningún motivo, un gobernante debe entregar a su ministro ni a nadie las llaves del reloj.

MARIA CUCU

A la Sra. Celia Tezanos Pinto de Pemberton

Very softly down the glade rus a waiting, watching shade,
And the whisper spreads and widens far and near;
And the sweat is on thy brow, and he passes even now-
He is fear. O little hunter, he is fear!

R. KIPLING. The jungle book

¡Á mujer qu'es amolada! — exclamó Fulgencio Quispe malhumorado. ¡Tuita la noche se ha pasao rezongando con la boca como olla i tulpo, y antes que amanezca ya'stá fregando otra vez! ¡Calláte, oh! ¡Ya me'stoy levantando!

De afuera, llegaba la voz iracunda de la mujer.

— ¡Acabá de una vez, pó! Ya'stá el sol alto y vos seguís metío en la cama como si jueras el patrón. Y los terneros ya'stán porfiando por salirse a mamar. Y ya's hora de soltar la majada. Y yo tengo que hacer el fuego, y que juntar la leña, y que...

El resto de la perorata sólo la oyeron los cerros, porque la Pascasia — tal era el nombre de la mujer — a medida que hablaba iba alejándose del rancho en busca de ramitas secas para encender la lumbre.

Fulgencio se incorporó en la cama, se restregó los ojos, bostezó varias veces, estiró los brazos con los puños cerrados para desperezarse, y comenzó a vestirse. La tarea era simple: no tenía más que envainar las flacas piernas en los gruesos pantalones de barracán extendidos sobre la cuja al alcance de la mano, y calzarse las usutas que estaban debajo. Fulgencio no usaba calzoncillos, prenda desconocida en aquellos pa-

gos, y sólo se cambiaba la camisa cuando ésta se le caía hecha jirones del cuerpo, o en ocasión de grandes solemnidades, tales como elecciones, acompañamiento de un misachico, o en las raras oportunidades en que iba a visitar a su patrón al Chamical, a más de dos días de camino del puesto de Tesorero que regenteaba.

Apenas vestido, se dirigió al corralillo donde al atardecer se encerraba a los terneros a fin de que las vacas tuviesen abundante leche a la madrugada. Ordeñó hasta que el balde que le servía para ese menester rebosó de espuma blanca y fresca que exhalaba un suave aroma de pasto, y gritó:

— ¡Pascasia, mandamelá a la guagua pa que tome su leche! ¿Ande se habrá metío la chinita que no la 'hi visto?

La puestera vociferó desde atrás del horno:

— ¿Y por qué no la buscáis vos si querís saber ande se ha metío? ¿U te'stáis creendo que la tengo escondida bajo las polleras u que me la 'hi comío? ¿Qué acaso yo tengo la obligación de andar tras la guagua tuito el día? ¡Como si no tuviera más que hacer! ¡Y vos siempre tan ocupao y manodoniando como si jueras el patrón! ¿Que acaso sóis sucho?

— ¡Qué mujer! — refunfuñó el puestero. — ¡Dale con el patrón! Si no juera porque...

— ¿Qué 'stáis diciendo? ¡Hablá juerte!

Fulgencio, cónyuge sumiso y resignado, prefirió no responder, y se alejó en busca de la pequeña María, hija única del matrimonio. La encontró debajo de unos sauces, como a un centenar de metros del rancho, entretenida en jugar con un cabrito y Chirola, el perro guardián del puesto.

— Vení, guagua, tomá la leche.

La chiquilla jadeante y encendida, se colgó de la mano del padre.

— Vamos, tata.

María era una chicuela de ocho años, delgaducha y de subido tinte cobrizo, como que era de pura estirpe indígena. Tenía los pómulos pronunciados, la naricilla achatada, y los dientes bien alineados y blanquísimos entre los labios de un rojo obscuro. Los ojillos negros y redondos le brillaban de malicia y picardía. Vestía como las montañesas jujeñas un rebozo sobre una camisilla de tosco hilado amarillento anudado sobre el pecho y una amplia y repolluda pollera de picote; calzaba usutas, y se tocaba con un áspero y grueso sombrero de lana por debajo del cual le caían sobre las espaldas dos trencillas de pelo negro, lacio y opaco.

— Chirola lo muerde al guascho, tata.

— Ahá.

Una vez en la pequeña galería del rancho, el puestero llenó de leche un desportillado jarro de loza que le tendía su hija, una escudilla para el perro y una botella para el cabrito. Los dos animales los habían seguido, pues ya sabían que tenían el derecho a desayunarse con María. Fulgencio en persona colocó el gollete de la botella en la boca del cabrito.

— ¡Acabá de llenarte, gazuzo! ¡Se te va a poner la panza como un noque! — decía palmeando la barriga al chivatillo que chupaba goloso del frasco, meneando la cola de placer.

— Has de ver que no se vaya por tras la majada — añadió dirigiéndose a su hija —. Aunque está amañao a quedarse en la casa, ya se'stá poniendo maltón y expuesto que quiera tirar pa'l cerro y se pierda. Desque ha muerto el ovejero se desparraman mucho las cabras.

Luego se dirigió a realizar las menudas tareas en que ocupaba parte de la mañana. Abrió las puertas del aprisco y el hato ganó el campo entre balidos, es-

tornudos y zapatetas; llevó los desperdicios a la pocilga de los cerdos; echó maíz a las gallinas, y se sentó a esperar que la Pascasia le sirviese el mate con que acostumbraba desayunarse.

Como la mujer tardara, el puestero, poniéndose de pie, se adelantó unos pasos y comenzó a otear a lo largo del puesto. El rancho situado en un morro de hasta unos sesenta metros de altura, posiblemente en el lugar de un antiguo "pucara" o atalaya indígena, dominaba considerable extensión de izquierda a derecha, es decir, de norte a sur, rumbo del valle donde, por encontrarse tierras llanas existían algunos sembradíos. Un arroyo torrentoso corría hacia el sur formando pequeños saltos y cascadas entre enormes pedrones musgosos. Al frente, por sobre lomadas suaves y pastosas, emergían abruptas serranías cortadas por hondos cañadones, quiebras, barrancos y despeñaderos. En los rellanos y faldas menos empinados, se divisaban algunos ranchitos entre cuadros de verde cerrados por pircas. A espaldas del puesto, detrás de una hondonada que formaba la linde oriental del altozano donde se levantaban la choza y los corrales, elevábase un cerro moteado de bosque bajo y achaparrado en las laderas que remataba en un alto farallón en el que las aguas y los vientos habían labrado columnas, grutas y abrigaños en el flanco y almenas, troneras y barbacanas en el filo. Mirado a la distancia, el cerro parecía un cono truncado sobre el que se levantara un enorme castillo fortificado. .

La mañana era clara y el cielo estaba muy azul. La vista de águila de Fulgencio escudriñaba las laderas, las cañadas, las cumbres. Reinaban la quietud y el silencio. De los ranchos lejanos del frente, se levantaban tenues humaredas que el viento desvanecía en el espacio. De pronto el puestero descubrió, a inmensa altura, unos puntitos negros, apenas visibles, que

se movían. Parecían describir lentos círculos sobre el picacho de una cima lejana.

— ¡Ahá! — masculló. — ¡Ya andan güeltiando otra vez los baloneros! ¡De seguro que se ha despeñao otro animal! ¡Cómo si ya no hubiéramos tenío de sobra calamidades!

El año había sido malo, en verdad: en el verano, cosa rara en esas alturas, había llegado del lado del naciente una manga de langosta que cubrió el sol, devoró en pocas horas las sementeras, y dañó los bosques y pasteaderos. Las heladas tempranas concluyeron con lo que la plaga había dejado, de modo que, con el frío, llegó la flacura. Desde el alba cuervos y baloneros giraban sobre las reses caídas para no levantarse más en alguna hondonada o rincón de las serranías. Fulgencio, auxiliado por potrerizos y peones de campo, apenas si se daba tiempo para "cueriar". Aun se veían blanquiar las osamentas en el fondo verde de los pastizales. Y después, los vacunos que se despeñaban en las quiebras y los resbaladeros; los recentales atacados por cóndores o pumas en cuanto se alejaban mucho de los puestos; las ovejas y cabras que desaparecían sin que se supiera dónde ni cómo en los recovecos del cerro. Para colmo había llovido tarde y apenas si habían brotado los pastos. El invierno, ya cercano, amenazaba llegar con el mismo cortejo de disgustos y crujías.

Cuando Fulgencio acababa de repasar mentalmente este rimero de desdichas, se le acercó la Pascasia con el mate, enfurruñada y mohina como siempre.

— ¿Qué'stáis mirando con el cogote estirao como si jueras chuña?

— A ver, mirá vos también, pa'l lao de abajo, allá arriba.

La mujer, resguardándose del sol con una [illegible] extendida sobre los ojos, miró en la dirección [illegible] le indicaba su marido.

BIBLIOTECA NACIONAL BUENOS AIRES 1988 20

— Ande, pó; yo no alcanzo a ver nada.

— Allú, por la loma'el pila.

— ¡Ahá, la cuervada!

— Baloneros han de ser; los cuervos no saben subir tan arriba. Cuantito tome unos mates vo'a ensillar y vo'a ir a ver qué es lo que pasa. Seguro que ha rosquiao algún flaco o se ha desbarrancao alguno de los forasteros que han tráido del Chamical.

— ¡Ya te has d'star dando de adivino! ¡En lugar de hablar y'starte aquí de vicio debías ir a ver qué pasa!

— ¡Calláte, oh! Si recién hi tomao el primer mate.

Momentos después, el puestero bajaba a los rastrojos y volvía con su caballo, una jaca serrana de poca estampa, peluda y de remos cortos y vigorosos. Ensilló y partió en dirección al sitio en que había visto cernerse a los cóndores. Después de dos horas de marcha, descubrió una tambera estrellada en el fondo de un cañadón. Varios cuervos y dos cóndores, hembra y macho al parecer, levantaron el vuelo. El hartazgo apenas si les permitía remontarse, y de estar en un terreno llano, hubiera sido posible y hasta fácil ultimarlos a pedradas o a garrotazos; pero lograron transponer una barranca y desaparecieron.

— ¡Ya los hi agarrar a tiro! — murmuró Fulgencio — y después de salvar lo que quedaba del cuero de la tambera, tomó el camino del puesto.

Llegó a mediodía.

— Velay ¿qué has hallao? — le preguntó su mujer.

— Había sío como te dije. La porotilla marca i doña Ventura que trajeron del Chamical se ha despeñao.

— ¿Y los bichos?

— Se jueron.

— ¿Qué te has ído sin llevar armas?

— Ahá.

— ¿Y pa qué te han dao la carabina, entonces? ¡La has de dejar amojosiar y los cuervos nos han de sacar los ojos a nosotros también!

— Mañana con la fresca hi volver. Aura no tengo lugar pa ocuparme de esas cosas. De todas maneras, el cuero ya'stá salvao. Tengo que regar pa preparar la siembra del máiz, paliar las sequias, y repasar las pircas.

— ¿Por qué no les envenenáis la res?

— Ya no hay estrinina.

Esa tarde Fulgencio limpió cuidadosamente la carabina Remington, la cargó, y la puso al lado de la testera del catre al alcance de la mano. Hizo quedar al caballo en el corral, y todavía de noche, se dirigió al cañadón. Maneó la cabalgadura a varias cuadras de distancia del sitio en que yacía la vaquillona muerta, y se fue acercando sigilosamente hasta dar con una zanja cercana en la que se ocultó lo mejor que pudo. Al rayar el alba bajaron algunos cuervos, pero los cóndores, que tal vez algo habían olido, no se dejaron ver. Ya muy entrada la mañana, el puestero abandonó el acecho de pésimo humor. No solamente había perdido el tiempo, sino que en el rancho lo esperaban los reproches y burlas de la Pascasia. Y una rabia sorda, un rencor sanguinario se le despertó contra "los bichos" causantes de tanto trastorno y perjuicio.

— ¡Los hi matar aunque tenga que trasnochar un año! — afirmó, mientras almorzaba, a su mujer.

— ¡Seguro! — respondió con sorna la Pascasia.

— ¡Cuantito te descuidís, los baloneros se te han de venir a meter en las alforjas! ¿Por qué no los pillás metiéndoles sal bajo la cola?

— ¡Calláte, oh!

Volvió al día siguiente y tuvo más suerte. Los cóndores dieron blanco. Fulgencio apuntó cuidadosamente e hizo fuego. Junto con la detonación una nube

de cuervos se levantó, pero ninguna pieza quedó en el campo. El puestero pudo cerciorarse, sin embargo que uno de los cóndores, la hembra, iba herido. Volaba vacilando con una pata colgándole inerte a uno de los flancos. Por un instante pareció que iba a caer, pero luego se remontó y fue a clavarse en el castillo de rocas que coronaba el cerro trasero al puesto.

— ¡No te has ido orejano, maula! — gritó alborozado el puestero. Pero su alegría duró muy poco porque, como no había cobrado la pieza, pensó que aun le quedaban por sufrir las burlas de su mujer.

— Hum!— masculló. — Como no lo llevo al bicho, va a decir que l'hi errao y me va'star jumetriando tuito el tiempo.

Y así fue.

— ¿Conque le has pegao en la pata, no? ¡Ande nadie te ve hacís flores! ¡Culito sóis pa matarlo!

El hombre, temeroso de hacer una barbaridad, se alejó en silencio del rancho, y para desfogarse exclamó:

— ¡Tá mujer qu'es amolada, señor!

Kuntur se despertaba apenas un albor tembloroso asomaba por encima del oriente. Y no bien los rayos de Inti, el dios de las mañanas claras, empezaban a calentar la tierra, daba una corta carrera para tomar impulso, batía las alas poderosas, y se lanzaba al espacio. En pocos minutos, las cordilleras parecían repliegues del suelo y los ríos hilitos de plata en el fondo de la tierra. Pero él, enardecido por el placer del vuelo, gustaba cernerse cada vez a mayor altura, hasta que el aire enrarecido fatigaba sus pulmones y sus músculos se entumecían. Entonces extendía las alas, y se dejaba caer lentamente describiendo grandes círculos, el ojo avizor y tensas las garras, pronto a preci-

pitarse como el rayo sobre la presa.

Pero hacía tres días que Kuntur no abandonaba su castillo roquero. Inmóvil sobre una pata, meditaba sobre el picacho más alto de la cima. Al pie de la roca se podría el cadáver de la hembra. De pronto Kuntur tendió el vuelo, pero en vez de remontarse como acostumbraba, se dirigió en línea recta a una lagunilla situada en las cabeceras del arroyo entre juncos, sauces y talas. Bebió con delicia el agua fresca y clara y cuando se disponía a partir, oyó que alguien lo hablaba:

— ¡Salud, Kuntur, hijo del viento! ¡Que el agua de mi laguna sea grata a tu corazón y apague tu sed! ¡Que la caza te sea propicia y que tu prole florezca bajo los rayos dorados del Inti!

— ¡Salud, venerable Okoko, hijo del agua! Agradezco tus buenos deseos, pero la desgracia se abate sobre mí y está lleno de sombra mi corazón.

Okoko emergió por entero del agua, y comenzó a caminar por sobre la hierba de la orilla. No lo hacía a saltos, sino a lentos pasitos, como los cuadrúpedos mayores. Se trepó a una piedra, y clavando sus ojuelos saltones y sin párpados en el cóndor, habló:

— ¿Qué pesares afligen tu alma generosa? ¿Sería indiscreción preguntártelo? Nada más dulce que confiar las penas a un amigo.

— Kari — respondió Kuntur — me sorprendió en la montaña, y sus rayos mataron a mi compañera. Y hace tres días vivo devorado por el rencor. ¡Oh, vengarme y morir!

Okoko se irguió sobre sus patas traseras, se puso una manita sobre el corazón, y con voz solemne y doctoral como la de un catedrático, repuso:

— Para los fuertes se hicieron las desgracias y es de discretos oponer un pecho firme a la adversidad. Pero no eches sobre sus espaldas una carga superior a tus fuerzas. No trates de vengarte de Kari. El es el

más fuerte, y tarde o temprano triunfará. ¡Es la ley inexorable!

— ¿Yo, renunciar a mi venganza? ¡Eso nunca! ¡Que se guarde Kari de mí! ¡Guay de sus recentales si logro sorprenderlos sin custodia en los cerros! ¡Guay de la umilla si llega a extraviarse en los senderos de la montaña! Nada puede temer quien no teme a la muerte.

— Tu lenguaje es el del valor, pero no el de la prudencia, y el odio perturba tu razón. ¡Escucha, oh hijo del viento, la voz de la sabiduría! Kari es invencible: es ágil y fuerte como Uturunko; astuto como Ahoc, traicionero como Amaru. Es el indomable, el amo, el victorioso. Tal es la ley del destino.

Kuntur se irguió arrogante y bravío. El cuello enhiesto, desafiadora la cresta, entreabiertas las alas heráldicas, duro y afilado el curvo pico, enrojecidos los ojos encapotados, crispada la garra, era una bella personificación de la fuerza y el valor, y al mismo tiempo de la agilidad y la gracia. Su poderosa energía se adivinaba latente y pronta a estallar, como la de la granada en el tubo del cañón. Okoko se sintió sobrecogido.

— ¡No me comprendes ni puedes comprenderme, hijo del agua! Tú eres manso, inofensivo y humilde; yo soy fuerte y valeroso. Tú has nacido para el canto y la contemplación; yo para la agresión y la batalla. Distinta es tu estirpe de la mía, venerable Okoko.

— ¡Bien haces en llamarme venerable, hijo de las nubes! Vieja es mi estirpe como la tierra. Antes de que se levantaran esas montañas y corrieran esos ríos, ya era antiguo en el mundo el linaje de Okoko. Mi raza fue la primera que celebró con su canto la gloria del Inti, el dios bienhechor, y saludó a la temblorosa Koyllur cuando tramonta en las tardes doradas o sube por el cielo en el pálido amanecer. ¡Antiquísima

es mi raza y grande su sabiduría!

— ¡Vengarme y morir!

Okoko, un tanto mohino, pues hasta los sabios se molestan cuando alguien les corta un discurso encaminado al propio elogio, prosiguió:

— No me interrumpas y escucha. ¡Grande ha de ser tu arrepentimiento si no lo haces, oh cazador! Mi voz, es la voz de la tierra, de las aguas y los vientos. Yo conozco los secretos de la vida. Kari,un advenedizo llegado ayer, fue el mensajero de la desdicha. El trajo al mundo a Supay, el dios tenebroso, e inauguró el reinado de Yarka, la diosa pálida hermana de la muerte. Con él vinieron la desolación y el exterminio. Kari es el único ser que mata sin necesidad y tortura por placer. ¡Pero no lo ataques jamás porque grande es su poder e implacable su venganza! Todos le estamos sometidos. ¡Es la ley!

Pero Kuntur, sordo a los consejos del sabio, se despidió y partió. Okoko pensativo, lo vio dar algunas vueltas en el cielo azul y después desaparecer entre las nubes.

— ¡Como todos los necios, corres a la perdición! ¡Tu muerte es segura! — dijo.

En ese momento notó que un pequeño coleóptero andaba cerca de él sobre la piedra. Extendió con rapidez de relámpago su larga lengua, y se lo tragó.

— Estos guerreros — añadió — por lo general carecen de mollera. Y dando un gran salto se zambulló en la laguna.

*

María, mientras la madre cosía dentro del rancho, jugaba por sus alrededores con Chirola y el cabrito. Había asegurado a este último con un lazo y trataba de arrearlo aguijándolo con una varita.

— ¡Toro!... ¡Vamos torito!

Chirola, alborozado, ladraba ya a la chica, ya al cabrito; emprendía locas carreras en círculo o fingía huir para volver después a mordisquear las pantorrillas de la chicuela y los garrones del chivo que, aterrado, llenaba el aire de lastimeros balidos y pugnaba por escapar. La algazara debió molestar a la madre, porque salió a la puerta del rancho, y gritó:

— ¡Soltá ese chivo y hacé callar ese perro! ¡Y andá'state sosegada en la sombra! ¡Tá chinita qu'es molesta!

La chica obedeció; desató al cabrito, y fue a sentarse enfurruñada de espaldas a la pirca del corral, distante unos cincuenta metros del rancho. Chirola se tendió a su lado jadeante con la lengua afuera, contemplándola con esos ojos tan llenos de inteligencia con que los perros suelen mirarnos cuando esperan que tomemos una iniciativa divertida. El cabrito comenzó a triscar por los alrededores, y de pronto salió al trote en dirección al cerro. Tal vez empezaba a molestarle las chanzas un poco pesadas de Chirola que no siempre recordaba que sus colmillos eran finos como aguja, o le llegaron, de alguna invisible hondonada, los balidos del rebaño.

María, temerosa de que escapara, comenzó a seguirlo llamándolo:

— ¡Vení, guascho, vení!

Pero el fugitivo ya había ganado el sendero formado por el diario trajín de la majada, y se alejaba cada vez más sin atender a los afligidos llamados de su patrona. Esta lo siguió tratando de darle alcance. Pero el animalito parecía que se había propuesto burlarse de ella: la dejaba aproximarse hasta muy cerca, casi hasta tocarlo, y luego emprendía la carrera para detenerse unos metros más allá. Chirola contribuía a dificultar la caza, ahuyentando al perseguido con sus ladridos y acometidas. Así fueron retirándose del

puesto; bajaron por la parte trasera del morro, cruzaron la hondonada que separaba a éste del cerro, y empezaron a escalar la ladera. Subirían hasta unos cien metros, cuando el cabrito torció hacia la derecha tomando un rellano que cortaba la falda y formaba una especie de cornisa, de holgada anchura en algunos sitios, y tan angosto, en otros, que sólo podía transitarse deslizándose de costado. Uníase esta senda a la parte inferior de la falda por medio de un talud de suave declive a trechos; cortado, en otros, por barrancos de tres a cuatro metros de altura.

María poseía la tenacidad de su raza y no abandonaba la persecución. Incansablemente, sin apresurarse, seguía al chivatillo. Ya estaba algo entrada la tarde, y las sombras se destacaban, obscuras y nítidas, en el fondo verdoso de los pastizales del cerro. La chicuela advirtió que una mancha negra cruzaba su camino, una mancha negra que se agrandaba y se achicaba, palpitaba, danzaba en el suelo, atravesaba la senda, y descendía rápidamente por la ladera. Algo debía producirla en el cielo. Levantó la cabeza y vio un gran cóndor que volaba a poca altura. Acostumbrada como estaba a la presencia de esos animales, el hecho no le llamó mayormente la atención, pero a medida que avanzaba, la sombra se le cruzaba cada vez a menor intervalo, más grande, más lenta, más próxima.

Unos instantes después, el cóndor se posó en la cornisa a espaldas de María y comenzó a seguirla. Esperaba inmóvil que la chicuela se alejara, caminaba, lento y erguido, unos pasos por el rellano y después, volando a ras de la tierra, se le acercaba siempre a menor distancia. María se inquietó y temió por la suerte del cabrito al que creía se dirigía la agresión. Hizo esfuerzos desesperados por alcanzarlo. El cóndor tornaba a posarse, levantarse y aproximársele. Una vez se asentó tan cerca de ella, que Chirola le hi-

zo frente y lo acometió ladrando con furia, pero el perseguidor se defendió a picotazos y aturdió al perro con los golpes de sus grandes alas. Entonces invadió a la criatura un terror ciego, y huyó despavorida, cayendo y levantando, rasguñándose en las matas, hiriéndose en las piedras. El cóndor no se daba prisa: no hacía más que seguirla lenta, terca, implacablemente. En una ocasión en que la chiquilla cayó de bruces, creyó llegada su última hora, pues sintió sobre su cabeza el aleteo del cóndor enfurecido y la punta de sus garras le rozaron los cabellos. Chirola la libertó luchando denodadamente con el agresor. Logró ponerse de pie y continuar la fuga, sofocada, jadeante, temiendo caer a cada momento para no levantarse más. La sombra, como una obsesión pavorosa, se le cruzaba y la seguía incansablemente.

Extenuada por la larga carrera, llena de cardenales producidos en las caídas, enceguecida y exhausta, María perdió el pie en un sitio en que la senda se estrechaba, cayó por un barranco, y rodó por la falda. El cóndor se fue sobre ella como un flechazo, y trató de arrancarle los ojos. Lo hubiera conseguido y ultimado si el perro no se lo hubiera impedido. Chirola luchó con arrojo y tenacidad: cuando el atacante se iba sobre su víctima, lo asía por las plumas de la cola o le clavaba los colmillos en los muslos; sus ladridos acabaron por amedrentarlo y ponerlo en fuga.

Cuando al declinar la tarde Fulgencio volvió de sus quehaceres, no encontró a María en el rancho. La buscó en los alrededores, en los corrales, en todos los sitios que solía frecuentar en sus juegos, y se sorprendió un poco al no dar con ella. También le llamó la atención el hecho de que Chirola y el cabrito, compañe-

ros inseparables de la chica, no aparecieran por ninguna parte. Ya temeroso de que le hubiera ocurrido un percance, preguntó a su mujer:

— ¿Ande'stá la guagua, po?

— Hace un momento nomás que ha andao por ahí corretiando con el guascho.

— No la hi hallao por ningún lao.

— Y buscála si sôis tan curioso.

El hombre instintivamente echó a andar por el sendero de las cabras. Al poco trecho, en un sitio gredoso y húmedo, descubrió una huella dejada por la usuta de María, y un poco más lejos, las del perro y el cabrito.

— Ahá, pa'l cerro han rumbiao — murmuró.

Al alcanzar el rellano volvió a encontrar rastros, y ya presintiendo una desgracia, comenzó a correr y a llamar a su hija a gritos, pero sólo le respondía el eco, o su voz se desvanecía en la callada soledad de la montaña. Más allá encontró el sombrero de María, y un poco más lejos el rebozo. Cuando ya desesperaba, alcanzó a verla tendida en la falda. Se descolgó por el barranco como pudo y llegó hasta ella.

Estaba sin sentido y le manaba un hilo de sangre de la frente; los coágulos le sellaban los ojos, y tenía el rostro hinchado y desfigurado por magulladuras amoratadas. Chirola, que no había abandonado a su ama un momento, también estaba herido y cojeaba. Fulgencio creyó que la chica se encontraba muerta, pero luego advirtió que respiraba y se quejaba débilmente. La tomó en brazos y se dirigió al rancho.

— ¿Qué ha pasao? — preguntó llorosa la Pascasia.

— Se ha desbarrancao en el cerro... aunque no sé ande se ha podío lastimar así Chirola; parece picotiao. Andá vos limpiala a la guagua con salmuera, mientras yo voy a trair la médica. Felizmente no hi

desensillao toavía.

El puestero se refería a una india viejísima, llamada doña Juana, que vivía como a una hora de camino del rancho, en el fondo de una quebrada. Según los díceres de los campesinos de la comarca, era doña Juana médica, adivina y bruja, y en tales calidades se encontraba dotada de poderes sobrenaturales tanto para el bien como para el mal. Sus ensalmos y triacas lo mismo ponían en pie a un moribundo que secaban un miembro, o dejaban mudo para el resto de sus días al imprudente que osara provocar su enojo; sus hechizos eran capaces de despertar el amor o desamor de las mozas; sus maldiciones, de agostar las sementeras o dejar yermos los campos y el vientre de las mujeres; sus conjuros, de domeñar al mismo diablo y arrancar a las ánimas de la sepultura.

No sin temor se acercó Fulgencio al rancho de la bruja. Ya era noche cerrada, y la vieja, rodeada de una jauría de gozques gruñones y famélicos, se espulgaba al amor de la lumbre. Era de una flacura esquelética y tenía la fealdad pavorosa de los ídolos; sus movimientos bruscos y como automáticos, hacían pensar en los de una momia galvanizada; sus labios se movían constantemente musitando un rezongo interminable.

— Buenas noches, doña Juana — dijo el puestero descubriéndose.

La india clavó en él sus ojos apagados, velados de inconsciencia, y luego vagaron como si mirara a lo lejos. Fulgencio pensó que no lo había reconocido, pero no se atrevió a insistir. De pronto la vieja sin volverse preguntó:

— ¿Fulgencio?

— Ahá.

— ¿Y la Pascasia?

— Bien nomás; la guagua es la que se me ha des-

barrancao.

— ¡Hum!

El puestero permaneció silencioso. Después de un rato añadió:

— Y yo hi venío a llevarla pa que me la cure.

Un nuevo y largo silencio, interrumpido de vez en cuando en el monótono farfullar de la vieja. El reflejo de las llamas le temblaba en el rostro cobrizo.

— Tenimos que salir cuando la salga la luna, denó la guagua ha'i morir. Ya no ha'i tardar en aparecer.

Fulgencio, lleno de temor y de respeto, se sentó en cuclillas junto al fuego. Un obscuro sobrecogimiento lo embargaba. Sentía la borrosa impresión de encontrarse como al borde de revelaciones pavorosas, a punto de enterarse de secretos terribles. Las llamas continuaban haciendo danzar las sombras en las miserables paredes del rancho. Afuera, en la noche, aullaban los perros.

— Ya ha salío — dijo el puestero, cuando advirtió que los primeros rayos de la luna iluminaban el umbral.

— Vamos — contestó la vieja.

Fulgencio la hizo subir a la grupa, y se dirigió al puesto.

María no había recobrado el conocimiento. Se sabía que estaba viva porque respiraba y, a ratos, gemía débilmente. La médica la contempló largo tiempo sin despegar los labios; después ordenó:

— A ver, Pascasia: hacele una cruz de cenizas en el vientre y otra de saúco en la frente. Y se la has de atar bien, cosa que no se mueva.

La puestera se apresuró a obedecer.

— Vamos a buscar el rastro i la guagua — añadió la vieja dirigiéndose a Fulgencio.

Salieron. La luna, en creciente, iluminaba los cerros y los campos con nítida claridad. El puestero

recordó que esa tarde, al llegar al borde del morro, había descubierto la primera huella de María, y enderezó a ese sitio. El rastro se conservaba perfectamente visible en la tierra húmeda del sendero.

— Vel'aquí hay una bien patente, doña Juana.

— Yo no veo nada... Como ya'stoy medio ciega... ¿Táis seguro que es de la guagua? Te has de fijar bien que no la haiga pisao algún otro o que algún animal la haiga borroniao.

— No, solita nomás tá.

— Andate vos pa la casa entonces.

Fulgencio no se hizo de rogar. Cuando llegaba al rancho volvió la cabeza, y alcanzó a divisar la silueta inmóvil de la bruja en el fondo azul de la noche. Tenía los brazos en alto y su sombra gigantesca se proyectaba en el cerro casi hasta la cumbre. El puestero se hizo la señal de la cruz sobre la frente.

Como una hora después la vieja volvió a la habitación de la enferma, y con sus dedos sarmentosos, terminados en uñas que parecían garras, desnudó el pecho a la criatura.

— Le vo'a dar unas friegas — dijo. Y escarbando en los andrajos que le cubrían los senos, sacó una piedra negra, bien pulimentada y brillante.

— Esta es la piegra i Santiago — continuó. — También la llaman el rayo porque aparece a los diez años en el mesmo lugar donde cayó el fuego. Y hay que saber encontrarla y sacarla de bajo i tierra. Y es remedio pal mal del corazón, la suchera y los golpes.

Mientras, frotaba suavemente con la piedra el cuerpo de la paciente.

Terminadas las friegas, agregó:

— Ya no hay cuidao; dentro unos días nomás la guagua ha'i estar guapa.

Y sin dar tiempo a nada, salió del rancho, y se alejó rezongando.

María estuvo varios meses entre la vida y la muerte. Cuando se restableció estaba muda; apenas si daba algunos gritos, agrios y guturales, que parecían los de un animalito acosado. Y el espanto agrandaba sus ojos como si reviviera la escena pavorosa del cerro.

Kuntur, un tiempo después, murió entre horribles convulsiones por haber comido de una res envenenada por el puestero.

Así se cumplieron las predicciones de Okoko, el sabio hijo del agua.

María es hoy una mujer entrada en años. Vive en El Chamical, en donde, a la muerte de sus padres, la recogieron sus patrones. El espanto ya no enturbia su mirada, puede articular algunas sílabas, y ha recobrado el don de la risa. Le llaman María Cucú, y parece complacerse con el apodo. Cuando ve algunas de las hijas del patrón, que son todas mujeres bellísimas, exclama alborozada:

— ¡Alatita! ¡Alatita!

Quiere decir "alhajita", esto es, preciosa.

En el fondo de su pobre alma viven nobles sentimientos: el amor a lo bello y la gratitud, la más rara de las virtudes humanas.

UNA BATIDA

L'onde approche, se brise, et vomit a nos yeux.
Parmi des flots d'écume, un monstre furiex...

J. RACINE, Phedre

La denuncia fue hecha por Evaristo, el muchachuelo criado del turco Nayib Abraham. Llegó a la comisaría tan sofocado y conmovido que apenas podía hablar.

— Di... di... dice el patrón que... que...

— No te apresurés, hablá despacio, muchacho — dijo don Samuel Alvarado, el comisario. Y dirigiéndose al sargento añadió:

— A ver, Segundo, dale un vaso de agua a ese chango.

Segundo Galván, el sargento, un gaucho alto y seco, se dirigió despaciosamente hacia un tinajón que se encontraba en un rincón de la galería, llenó de agua un gran jarro de loza, y se lo ofreció al muchacho que lo bebió, trémulo, a pequeños sorbos. Ya tranquilizado, explicó:

— Don Abraham me ha mandao a que le avise que el Negro Tobías lo ha hachao al Sandalio, el hijo'i doña Pancha, la del Piquete.

— ¿Dónde está el herido? — preguntó el comisario.

— Ha quedao en el boliche, señor.

— ¿Y Tobías?

— Pa'l lao i las Juntas ha rumbiao.

Tobías Carmona, conocido en el departamento de Santa Bárbara con el apodo de "el Negro", tenía viejas cuentas que arreglar con la policía. Las habladurías del pago, que rara vez se equivocan, lo sindicaban como empedernido cuatrero. Dos veces había sido encarcelado por abigeato, pero en ambas ocasiones los jueces de la ciudad se habían visto obligados a sobreseerlo por falta de pruebas. El malandrín, cada vez más altanero y ensoberbecido, retornaba a los montes, y pronto recomensaban las misteriosas desapariciones de novillos y vaquillonas.

— Esta vez — dijo el comisario dirigiéndose al sargento — me parece que nos vamos a librar del tal Tobías por una buena temporada. Ahora se trata de un delito por lesiones de fácil comprobación. Llamálos a Braulio y a Juan.

— Ta bien, señor.

Braulio y Juan, dos mocetones que prestaban servicios como vigilantes, se presentaron casi de inmediato.

— Ensillen los caballos — ordenó el comisario — y váyanse al almacén del turco Nayib. Tobías ha lastimado un hombre y ha huído rumbo a las Juntas. Infórmense en el boliche y traten de darle alcance. Tal vez lo hayan visto en el puesto de don Nicomedes. ¡En marcha! Yo iré en seguida con Segundo.

Los agentes, alborozados, corrieron a cumplir la orden. ¡Buenas ganas tenían de echarle el guante al famoso Tobías! Una vez pronta las cabalgaduras, vistieron las modestas insignias de su autoridad: un sable bayoneta de los que usa el ejército nacional que ciñeron sobre la chaquetilla gaucha, y dos viejos kepís — tipo francés del 70 — que se encasquetaron sobre las greñas indómitas. Echaron sendas carabinas Remington a la bandolera, y partieron a galope tendido, con los ojos brillantes por la excitación de la caza.

En las inmediaciones del almacén del turco, como hombres avezados y diestros, buscaron y encontraron el rastro del caballo en que montaba Tobías, y se internaron tras él en la selva.

Cerca de mediodía, llegaron comisario y sargento. Nayib Abraham salió a recibirlos excitadísimo. Era un hombrecillo bajo y moreno, de enorme nariz y grandes mostachos caídos. No llevaba la chaqueta, y las mangas de la camisa, plegada por encima de los codos, dejaban ver unos brazos musculosos y peludos, decorados con tatuados arabescos de color verdoso. Hablaba a gritos y elevaba los brazos como si invocara la protección del cielo.

— ¡Ya no l'aguanta, comisario! ¡Nada la respeta bícaro Tobías! Yo la dice no la toma, no la toma, y él la contesta, dame la vino, dame la vino...

— ¿Y para qué se lo das?

— ¡Si no la da, l'amenaza! ¡Bobre turco tiene miedo! ¡Se la macha e l'arma la belea! ¡La saca cuchillo! ¿Te barece bien a vos? ¡Dremenda Tobías! ¡Bobre turco tiene miedo! ¡Bobre turco no sabe belear! — clamaba el almacenero.

El comisario vendó al herido, y comenzó las averiguaciones. Resultó que Tobías, por medio de amenazas, había obligado al turco a servirle vino hasta embriagarse. Entonces comenzó a buscar pendencia, y como en esos momentos entrase casualmente Sandalio Reyes a hacer una compra, lo insultó "de su magre", según declaró la víctima. Porque el injuriado le dijo que se callara, el forajido había desenvainado el cuchillo y lo había herido en la cabeza y en uno de los brazos. A los desaforados gritos que dio el turco, el Negro montó a caballo y huyó. Evaristo y una campesina habían presenciado el hecho.

Don Samuel, terminadas que fueron las primeras diligencias del sumario, continuó su marcha en direc-

ción a las Juntas, acompañado del sargento Galván.

Ya bien entrada la tarde llegaron al puesto de don Nicomedes Aguirre, que los acogió con la efusiva y espontánea hospitalidad de los criollos.

— ¡Bajesé, don Samuel! Ya sabe que está en su casa y todos pa servirlo. ¡Quite, perro! — gritó de pronto soltando un puntapié a un "caschi" que, extremando sus deberes de guardián, ladraba interminablemente a los recién llegados. Después, como si tal cosa, prosiguió:

— Eche pie a tierra, sargento. ¿No gusta un mate, don Samuel, mientras se hace el asao? ¡M'a ver que traigan un amargo!

El comisario y don Nicomedes eran viejos conocidos. Más de una vez habían seguido juntos el rastro de un cuatrero a través de la maraña, o habían enlazado un toro bravo en la espesura, o se habían encontrado en yerras, casorios y bautizos.

— Y... ¿qué tal, don Nicomedes? — preguntó don Samuel tendiéndole la mano.

— Bien, nomás, señor, gracias a Dios.

— ¿Y la patrona?

— Guapita nomás anda. Aura'stá en San Pegro. El miércoles o jueves ha'i volver... ¿Usté anda tras Tobías, no? Temprano han llegao aquí los agentes, pero lo qu's el Negro no ha parecío por ningún lao. Braulio dijo que iban sobre el rastro. Escondido en el monte ha'i estar... ¿Fiera es la herida del Sandalio?

— No mucho, pero lo suficiente para que Tobías pase dos o tres años a la sombra.

— ¡Dios lo oiga, señor! ¡Si ya no hay paciencia! El otro día dicen que han robao un novillo mestizo en Cachipunco, y yo también ando echando menos una tamberita yaguaní. ¡Y no ha'i ser otro que Tobías!

Se sentaron a tomar mate a unos pasos del ran-

cho, bajo un algarrobo.

Los corrales del puesto y la choza del puestero se encontraban sobre una loma de escasa altura, al pie de la cual se entrevería, por entre grandes árboles, las aguas sombrías de un madrejón. Empezaba a obscurecer. En el cielo añil profundo del trópico, se encendían las estrellas. Ensordecían las cigarras: era un solo clamor continuo, inacabable, como si la selva entera, convertida en una sirena colosal, se hubiera puesto a vibrar. Sobre las colinas, a espaldas del rancho, se ennegrecía lentamente una ancha faja de niebla color de sangre. En la falda de los cerros lejanos, pesados nubarrones plomizos se iluminaban al súbito resplandor de los relámpagos. El calor era sofocante y húmedo.

— Aurita nomás va a gritar el cacuy — dijo don Nicomedes. — Así sabe suceder todas las ocasiones que empieza a refucilar en los cerros. Expuesto' stá que llueva.

— La tormenta está muy lejos, descargando en las faldas; difícil es que llegue hasta aquí.

— ¡Hum! — gruñó el puestero, y se levantó a preparar el asado.

Pronto las llamas danzaron bajo el algarrobo. Ambos callaron contemplándolas, embargados por esa sensación de quietud y seguridad que el fuego despierta en el corazón del hombre. Su alegre chisporroteo ahuyentó la fiera, el frío, la tiniebla y el pavor de la caverna del troglodita; su calor dio sazón a la casa y endureció la punta de la flecha y de la lanza. Al amor de los tizones se congregó el grupo que, ligado por la ternura, sería más tarde la familia. Ardió en el ara del primer altar, y con un trozo de carbón el primer artista delineó toscas figuras en los muros de la cueva cuando sintió temblar en su corazón la emoción del misterio o el éxtasis del amor. Y aún hoy que la civilización ha expulsado el terror de la vivienda de los

hombres, cuando rodeados por la selva y la noche nos sentimos ínfimos y sobrecogidos, y de pronto saltan en la sombra las rojas lenguas de la llama, experimentamos una sensación de alivio y tranquilidad, como si una voz que llegase del fondo de la prehistoria, nos asegurase que vela por nosotros el viejo dios protector.

Una criadita sacó una mesa y un farol que colocó bajo el árbol, y momentos después se llegó un muchacho de unos doce o trece años trayendo vasos y una botella de vino. Era el chico bastante bien parecido, y se adivinaba que en honor al huésped, acababa de alisarse las crenchas alborotadas a fuerza de agua y peine. Con notable despejo se dirigió al comisario:

— Buenas noches, señor. ¿Gusta servirse una copa de vino?

— Muy buenas. Sírveme... Gracias... ¡A su salud, don Nicomedes!

— ¡Salud, señor comisario!

— ¿Este mozo es hijo suyo?

— Sí, señor.

— ¿Unico?

— Aura ha quedao solito. Tres hi tenío, pero a los dos más chicos me los ha comío el yacaré.

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que dice? — exclamó don Samuel espantado.

— Hará cosa de cuatro años, señor.

— ¿Y dónde ocurrió eso?

— Aquí, señor. El bicho vive ahí al frente, en el madrejón.

— ¿Vive?

— Si no me da alce, señor! Chivo, ternero o pavo que baja pa' ese lao a tomar agua no vuelve. Ya al muchacho que usté ha visto lo ha corretiao varias veces.

Don Samuel miró al puestero con asombro. Le parecía que lo veía por primera vez. Una faz nueva del hombre se le revelaba en ese momento. Impasible, be-

bía a espaciados sorbos su vaso de vino y escudriñaba la noche. Tendría cerca de cincuenta años; era de estatura algo inferior a la mediana, pero fornido y musculoso. La sangre india predominaba en él, según se advertía en el color obscuro de la piel, los pómulos huesudos y el cabello grueso e hirsuto.

El comisario, temeroso de herir la susceptibilidad siempre despierta del gaucho, no volvió a hablar del asunto aquella noche.

Cuando llegó la hora de recogerse, don Nicomedes ofreció al comisario el único dormitorio del rancho, pero don Samuel prefirió dormir bajo el árbol alegando el calor, aunque lo hacía en realidad por temor a las vinchucas y a las pulgas. Allí se acomodó con las prendas del ensillado, y a pocos pasos de él tendió sus jergas el sargento. Lo mismo hicieron el dueño de casa y su hijo que, como buenos gauchos, consideraban que la blandura del lecho es melindre mujeril impropio de varones.

Don Samuel se durmió pronto, pero su sueño no fue profundo ni tranquilo. De cuando en cuando abría los ojos. Reinaban las tinieblas aunque el cielo estaba estrellado. Las cigarras habían callado, pero la selva nunca está completamente silenciosa. Millares de seres invisibles se llaman, se responden, se desafían o se arrullan en sus misteriosas profundidades. Un confuso rumor se levanta de las arboledas, los troncos musgosos, las madrigueras, los nidos y las charcas. A veces parece concentrarse en un ritmo, como si la tierra tuviera un corazón y éste se echara a latir en el seno tembloroso de la noche, hasta que rasga el aire el mugido belicoso de los toros, el aullido de un zorro, o el alarido lúgubre del cacuy. Y luego otra vez el confuso rumor en el que se cree adivinar carreras furtivas, luchas desesperadas, aleteos angustiosos, gritos

ahogados, rugidos de cólera o amorosas llamadas.

Apenas rayaba el alba, cuando don Samuel comenzó a vestirse.

La tormenta lejana se había disipado y las montañas que cerraban el horizonte semejaban grandes paredones teñidos de cárdenos y violetas. Un resplandor dorado aclaraba las sombras y una brisa lenta, saturada de relente y de aromas campesinos, refrescaba los bosques. El canto alegre y claro de los pájaros se elevaba en la calma de la mañana y de nuevo comenzaba a vibrar el estridor de las cigarras.

Mientras el sargento prendía fuego, el comisario se paseaba de un lado a otro con la cabeza inclinada sobre el pecho. A veces echaba un vistazo a su alrededor: desde la altura en que estaba situado el rancho, hacia la derecha, se entrevefa el río San Francisco que se deslizaba entre los montes como una cinta de fuego; al frente, hacia abajo, se distinguía el madrejón que formaba un remanso en el que, a esa hora, se reflejaban los vapores del amanecer, los grandes árboles ribereños y las palisadas y juncos próximos al agua.

— Ahí debe estar la guarida del yacaré — se dijo don Samuel acariciándose la barba dorada.

No podía alejar de su pensamiento el relato del puestero. No era que le hubiese llamado mucho la atención su pasividad ante la muerte terrible de sus hijos, ni la forma indiferente en que se la había narrado. Conocía al gaucho. Sabía que éste considera ridícula debilidad toda manifestación externa de pesar. Fatalista, recibe sin quejarse los más duros golpes del destino; indolente e imprevisor, sólo reacciona ante el peligro presente o la necesidad inmediata. Y esto era, precisamente, lo que sublevaba su temperamento combativo de hombre blanco. — ¡Se necesita pachorra! — pensaba. A unas cuantas leguas del puesto, se encon-

traba el pueblo de San Pedro, en donde había armas y hombres dispuestos a usarlas; en Santa Clara, tenía su sede la comisaría, y era sabido por todo el mundo que él — Don Samuel — era tirador experto y cazador famoso.

— ¡Pero así son éstos! — refunfuñó. — ¡Es como para matarlos!

Cuando el puestero se le aproximó a darle los buenos días, le habló del animal:

— De modo que está cebado.

— Así es, señor.

— Y dígame: si atamos un chivito a la orilla del pozo, ¿cree usté que el yacaré saldrá?

— ¡Bah, señor! Más va a tardar usté en atar el chivo que el bicho en salir.

— ¡Pues, manos a la obra entonces! ¡Segundo!

El sargento contestó a unos pasos de allí:

— ¡Ordene, señor comisario!

— Andá al corral de las cabras y tráete un cabrito.

El sargento se marchó con el dueño de casa, y don Samuel se dirigió al madrejón. Las aguas verdosas estaban en completa calma. En una rama tendida sobre el remanso, meditaba un martín pescador. En el bosque frontero escuchábase el acompasado martilleo de un carpintero que golpeaba tenazmente en un tronco y la algarabía de una bandada de loros.

Momentos después llegaban don Nicomedes con el sargento y el cabrito. El animal pataleaba pugnando por escapar y balaba aterrado.

— Atenló en ese chañar — indicó el comisario.

Mientras lo hacían, el sargento informaba confidencialmente al puestero:

— Si no lo mata don Samuel, no lo ha'i matar nadie. Es hombre que no sabe errar tiro, y siempre anda de casería. Y a pescar, tampoco le ha'i ganar cual-

quiera... ¡Pa mí que sabe ande duermen las mojarras!

— Así dicen.

Don Samuel hizo su plan y ordenó:

— Andá, Segundo, y traé mi carabina Mauser. Está bajo los pellones. Y traé también tu Remington.

Cuando el sargento volvió con las armas, añadió:

— Nosotros nos esconderemos detrás de estas talas. Usté don Nicomedes, ocúltese un poco más lejos. ¡Y todos a callar!

Don Samuel y el sargento se echaron de bruces en su escondite. Entre ellos y el agua, se extendía una pequeña playa de pedregullo y arena amarillenta. Unos diez pasos hacia adelante, el cabrito continuaba balando y tironeando del lazo que lo retenía. Sólo se oía el interminable chirriar de las cigarras. Pasaría como un cuarto de hora sin que nada ocurriese. El comisario, a quien el acecho comenzaba a enfadar, pensó que acaso el puestero había exagerado. Pero entonces, oyó la voz queda del sargento que le decía:

— ¡Mire!... allá bajo la rama ande' stá el martín pescador.

Algo que semejaba la punta de un palo, emergía sobre la superficie del agua. Estaba al centro mismo de una serie de círculos concéntricos que corrían como un estremecimiento hasta las orillas. El bulto comenzó a moverse en dirección a la playa, formando el vértice de un ángulo ondulante que cortaba el remanso. El pájaro echó a volar.

Don Samuel susurró:

— Yo tiraré primero. Si le yerro, lo que no creo, tirá vos también. Pero no vayas a apresurarte.

El yacaré sacó la cabeza y la posó en la arena de la playa. Allí permaneció inmóvil, entreabriendo las fauces y mirando al cabrito con los ojos medio cerrados, pregustando las delicias del hartazgo. La impunidad lo había hecho paciente y refinado. Lentamente co-

menzó a subir a tierra, y luego a caminar en dirección a la presa.

Don Samuel, por encima de la mira, vio avanzar un ser grotesco y pesado, que desentonaba con las formas actuales de vida, más esbeltas y ágiles. El caimán es una reliquia de edades pretéritas, un descendiente degenerado de los grandes saurios, primeros conquistadores de la tierra. Hoy nos impresiona como un ensayo fracasado, como uno de esos toscos tanteos con que la naturaleza parece buscar a través de las edades, guiada por un misterioso anhelo de belleza, líneas más puras, formas cada vez más delicadas y perfectas en un afán de superación cuya finalidad desconocemos. El mundo actual es hostil a estas especies rezagadas, destinadas a desaparecer en el curso lento, pero ineludible y fatal de la evolución.

Don Samuel hizo fuego.

El yacaré se detuvo, arañó el suelo con las patas delanteras, y quedó inmóvil. Del ojo izquierdo, reventado por la bala, comenzó a manarle un líquido viscoso y sanguinolento. El hijo del puestero, que acababa de llegar atraído por las detonaciones, dio un grito de júbilo, y fue acercándose paso a paso a la fiera. Desde lejos la punzó con un palo, y ya convencido de que estaba bien muerta, se sentó sobre ella a horcajadas, dándole con los talones como si la espoleara. Las personas mayores contemplaban la escena sonriendo.

— ¡Lindo tiro! — exclamó el sargento. — ¡En medio' el ojo!

— Se hace lo que se puede — respondió el comisario, halagado.

El cabrito fue desatado y huyó despavorido en dirección al corral.

— Es el yacaré más grande que yo' hi visto — comentó el puestero. — ¡Muchas gracias, don Samuel! Me ha librao de una peste. ¡A ver, muchacho —

añadió dirigiéndose a su hijo —, dejá quieto a ese bicho! Lo vamos a llevar a la casa pa descuerarlo.

El yacaré fue arrastrado hasta debajo del algarrobo próximo al rancho.

Don Samuel decidió entonces proseguir en busca del cuatrero, y ordenó al sargento que ensillara. Pero éste no había acabado de hacerlo, cuando llegaron los agentes. Braulio traía a la grupa a Tobías con las manos atadas sobre los riñones.

— ¡Bajen a esa alhaja! — ordenó el comisario.

Tobías, sin esperar ayuda, se deslizó ágilmente del caballo. Era un hombre joven, de baja estatura, estevado. Su piel era muy obscura, casi negra. Tenía la mandíbula prominente y largos brazos de gorila. La pelambre semejaba una gorra de astracán que le llegase hasta muy cerca de los ojos. Jamás miraba de frente. De toda su persona emanaba fuerza, astucia y brutalidad. Un rezagado como el caimán.

Los agentes lo aseguraron bajo el algarrobo con un cepo de lazo que armaron con rapidez y destreza, a pocos pasos del yacaré. El prisionero, enfurruñado, no abría los labios y miraba fijamente el suelo.

Los dos mocetones empezaron a burlarse.

— ¡Qué yunta! — dijo Juan aludiendo al preso y al yacaré.

— ¡Como pa acollararlos! — respondió Braulio.

— ¿Cuál de los dos será más dañino?

— Habría que ver. Podrían tirar el desempate.

— A la taba.

— Mejor sería al truco.

— O al sapo. ¡Juá!... ¡Juá!...

Tobías miró de reojo al animal. Por la enorme bocaza entreabierta mostraba su doble fila de dientes, como si sonriera, y parecía hacerle un guiño malicioso con el ojo destrozado por el balazo.

El Negro, furioso, fingió dormir.

LA VUELTA DEL CORONEL LOPEZ

... I become
Portion of that aroun me; and to me
High mountains are a feeling.

BYRON

Todos los viernes, a las diez y siete, parte de Retiro rumbo a La Paz, un largo tren llamado "Estrella del Norte".

Media hora antes de la partida, ya se encontraba en el andén el coronel Santos López. Cuidó de que el changador colocara su equipaje — dos ventrudas valijas y un maletín — en el camarote Nº 8 del coche F, en cuya tablilla indicadora se leía: JUJUY; subió a entregar el pase al camarero, y descendió de nuevo a charlar con el teniente Santillán, su ex ayudante, que había concurrido a despedirlo.

El coronel era un hombre de aventajada estatura y porte marcial. Llevaba el cabello entrecano peinado hacia atrás y los bigotes recortados sobre los labios finos y apretados. Bajo las cejas casi blancas y muy pobladas, brillaban dos ojos de un azul acerado de expresión firme y limpia. En el aplomo de los ademanes, y en el gesto imperioso, adivinábase al hombre habituado al mando, y aunque se advertía que ya era algo entrado en años, emanaban de su persona esa flexibilidad y gallardía que dan el deporte y la salud. Vestía un terno de gabardina de corte impecable.

— De modo, mi coronel — dijo el teniente Santi-

llán — que hace muchos años que no ve a su tierra.

— ¡Oh, marras! — Y después de pensar unos instantes, añadió:

— ¡Cuarenta años! ¡Parece imposible!

— ¿Tanto?

— Sí; salí de Jujuy a los diez y siete años para ingresar al Colegio Militar, y sólo volví una vez, cuando murió mi madre. Estuve apenas unas horas, y no vi nada ni a nadie. Y ya he pasado los sesenta. ¡Cómo se va la vida!

— Va a encontrar a Jujuy muy cambiado. Yo estuve allá hace dos años.

— Me han dicho que ha progresado mucho.

El coronel hablaba pausadamente, con la tonada levemente quejumbrosa de los hombres del Norte, que había conservado, tal vez como un inconsciente homenaje al terruño después de tantos años de ausencia.

— Mucho.

Un grupo de viajeros se acercaba charlando ruidosamente. El coronel se hizo galantemente a un lado para dar paso a una joven que se dirigía al mismo coche en que acababa de dejar su equipaje.

— Le va a tocar viajar en buena compañía — dijo sonriendo el oficial.

— No he podido verle la cara. ¿Era bonita?

— ¡Preciosa!

— Vaya, es usted muy inflamable. Cosas de la juventud.

— Mírela para que juzgue por sí mismo. Acaba de asomarse a una ventanilla.

López se volvió con disimulo. El teniente Santillán había dicho la verdad. Una muchacha rubia, de una belleza delicada y etérea, charlaba animadamente con otras dos jóvenes paradas frente a ella en el andén.

— Tiene usted buen gusto, teniente. La chica es deliciosa... Y del tipo que me gusta: frágil, muy fe-

menina... Me parece haberla visto otra vez, pero no recuerdo cuándo ni dónde.

Un campaneo ensordecedor anunció que el convoy iba a ponerse en marcha. Una ola pareció correr a lo largo del andén lleno de gente. El vocerío se hizo más intenso; se agitaron manos y pañuelos, y rasgó los aires el silbato del conductor. La sirena de la locomotora le respondió allá lejos, adelante, como un grito de alarma, y el largo tren comenzó a arrastrarse rechinando.

— ¡Buen viaje, mi coronel! — dijo el teniente Santillán cuadrándose militarmente.

— ¡Hasta la vuelta! — respondió López, y le estrechó la mano.

El coronel se dirigió directamente a su camarote. Hombre ordenado, minucioso como ordinariamente suelen ser los solterones, le disgustaba que nadie se inmiscuyera en sus cosas. Abrió sus valijas y su maletín, y personalmente colocó su pyjama debajo de las almohadas, y alineó de mayor a menor sobre la repisa del lavabo un frasco de Atkinson, un cilindro de cristal con los cepillos de boca, el estuche de la "gillete" y el peine. Después se enfrascó en la lectura de una revista.

Mucho antes de que llegara la hora de cenar, pasó al coche comedor a fin de elegir un sitio cómodo. Lo hizo en una mesa de dos asientos con lo que disminuía considerablemente el riesgo de verse precisado a soportar compañeros enfadosos. Viajero experimentado, conocía los peligros que acechan al incauto en los comedores de ferrocarril: unas veces, es el inaguantable viajante de comercio que dice "buen provecho" al sentarse, pasa la salsa inglesa cuando no se la necesi-

ta, y trata por medios diabólicos de entablar conversación sobre temas estúpidos; otras, el politicastro de tierra adentro que sube humilde y anónimo en la capital, y va hinchándose de insolencia y notoriedad a medida que se acerca a la provincia teatro de sus fechorías; cuando no la prolífica familia de "tanos" compuesta de una nena que hace gracias digna de la estrangulación, un nene que vuelca la sopa y se limpia las manos en los pantalones del vecino, y un lactante que berrea porque la mamá le impide tirar de los bigotes al infeliz compañero de mesa.

El coronel López detestaba la charla inútil y lo horrorizaban las atenciones y salamerías. Solitario, y un tanto egoísta como todos los viejos, no le gustaba alternar con desconocidos, ni que nadie lo molestase sin causa justificada. ¿O tal vez allá en el fondo obscuro de la subconsciencia, esperaba que se sentase a su mesa la hermosa muchacha que vio asomada a la ventanilla? ¿Por qué no había preferir ella la compañía de un viejo vigoroso e inteligente a la de algún mozalbete gomoso y frívolo? Lo cierto es que el coronel se miró en el espejo, y se arregló, distraído, la corbata.

Pero aquella noche la bella permaneció invisible, y como por ironía tocó en suerte a López un compañero abominable. Era un jovenzuelo de cabeza achatada por los costados y alargada hacia la coronilla, de ojuelos claros y movedizos, barbilampiño, y con claras huellas de vida disipada en el rostro. Entró al comedor metiendo bastante bulla, luciendo unas endebles pantorrillas bajo los pantalones de golf. No bien hubo tomado asiento exclamó:

— ¡Buen provecho!

El coronel respondió con un gruñido ininteligible.

Instantes después el jovenzuelo volcó un vaso de vino en el mantel.

— ¡Alegría! — gritó, y humedeciendo dos dedos en el líquido se trazó una cruz sobre la frente.

El coronel se lanzó una mirada homicida, pero el sujeto, sin darse por enterado, continuó como una tarabilla:

— Ganó Boca Juniors por tres a cero... Pimpinela ha dado en San Isidro un sport de cuarenta y dos pesos, treinta centavos... Buen batacazo, ¿eh?... Héctor Cattaruzza ha ganado en Río el campeonato sudamericano de tenis... Tipo de garra, ¿eh?... Pero ya está medio viejo, ¿eh? ¿Conoce usted a Cata?... ¿No?... ¿Es usted partidario de Boca?... Yo soy hincha de Racing... ¿Usted qué opina?

— Carezco de opinión — contestó López congestionado. — Y echó tan furibunda mirada al charlatán que, por unos segundos, lo desconcertó; pero éste incontinente se dirigió, como si tal cosa, a una mesa vecina, y encarándose con un cura, le preguntó:

— ¿No cree usted que Bon Vin es una fija para el clásico del domingo?

El cura lo miró espantado, sin saber qué contestar.

— ¡Por Rob Roy y Chancleta!... ¡Un robo!

Cuando López abandonó la mesa, estaba de pésimo humor.

— He conocido opas en mi vida — gruñó —, pero como este... ¡Y pensar que hay cientos y miles de estos cretinos! Este mentecato es casi un símbolo de nuestra juventud... ¡Así anda el país! — Y salió del comedor dando un portazo.

* * *

De nuevo en el camarote, se apaciguó y hasta se burló interiormente de su cólera. Se puso el pyjama, pidió un vaso de whisky con soda, y se tendió en la ca-

ma con un libro en la mano. Sabía que le esperaba una mala noche. Es muy difícil dormir bien en el fementido lecho de nuestros ferrocarriles: las sábanas crujen como almidonadas, y las almohadas y colchonetas parecen hinchadas con estopas. Abajo vibran los amortiguadores, rechinan los ejes, y las ruedas, al chocar con las junturas de los rieles, producen un golpeteo rítmico que hacen pensar en el galope de un caballo gigantesco; en el aire flota un olor acre a maderas recién barnizadas, desinfectantes y vapores de coke.

Después de unos momentos, abrió una de las ventanillas y aspiró con fruición el aire fresco que llegaba de los campos. Afuera, huía la pampa, monótona, interminable, bajo el palio estrellado de la noche. De cuando en cuando, pasaba a la distancia la hilera de luces de un pueblo circundadas de un pálido resplandor que iluminaba un pedazo de cielo. Y hasta, en algunos momentos, se oía el croar de las ranas y el chillido de los grillos elevarse por sobre el confuso murmullo de la vida que bulle y palpita oculta en los repliegues de la sombra.

Por más esfuerzo que hizo, el coronel no pudo concentrarse en la lectura. El libro era magnífico (Servitude et grandeur de la vie militaire, de Alfred de Vigny), pero le producía un vago malestar que le impedía seguir ordenadamente el curso de las ideas. Después de unas páginas, volvió involuntariamente a pensar en su propia vida o a engolfarse en sus preocupaciones del momento.

Santos López había ingresado adolescente al Colegio Militar. La milicia lo había atraído en aquellos tiempos, por su pompa exterior, el relumbrón de entorchados y charreteras, y ese vago ideal de vida romántica y heroica que todos sentimos en cierta época de la vida. Sus estudios, especialmente el de la Historia, lo apasionaron, y, a medida que avanzaba en su

carrera, iba encontrándole insospechables y nobles perspectivas. Espíritu dogmático, partía de ciertas primicias cuya exactitud le parecía indiscutible. Vivimos entre lobos — pensaba — y el deber primordial de todo pueblo que aspira a perpetuarse como nación, es el de ser fuerte, lo que ya implica el de ser disciplinado. A las fuerzas armadas les está reservada la misión de salvar la civilización, cada vez en mayor peligro de derrumbarse barrida por los impulsos anárquicos, latentes en los turbios instintos cavernarios de la masa. Sistemas éticos, religiosos y políticos son superestructuras artificiales y endebles que no pueden conservarse sin el constante y renovado esfuerzo de una "élite" de sabios, pensadores, y conductores de pueblos que necesariamente, y en forma más o menos ostensible y directa o solapada y oblicua, se ven precisados a imponerlos por la coacción. Todo propósito ideal que no se asienta en la roca firme de la fuerza es mera utopía, humo o sueño, porque la fuerza es la única posibilidad de realización y la única garantía de estabilidad. San Lucas lo dijo: *"Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet"*. Fuerza es sinónimo de salud, de belleza, de potencia creadora; debilidad, de enfermedad, eunuquismo y muerte. La guerra, que la impone, es una ley de la vida, porque ésta no es más que la suma de innumerables conflictos, y los pueblos que sistemáticamente la rehuyen o la temen, se cavan una fosa innoble, lejos de los campos de batalla donde los valientes, con las armas en la mano, se labran un destino bajo el sol. La guerra es casta, austera, dura; renueva y purifica, y las naciones que lo olvidan, pronto se envilecen en el egoísmo, se degradan en el vicio, y son aventadas de la historia.

Cuando recibió su espada de subteniente, se sentía animado de los propósitos más generosos y nobles.

Pero apenas obtuvo los primeros ascensos, comenzó la decepción. El ejército, corroído por una paz demasiado larga, se había convertido en una burocracia casi tan indeficiente y rutinera como la creada en el órden civil por los políticos. Encontró camarillas, rivalidades de tenor, favoritismo, intrigas miserables, y raras veces capacidad, desinterés y patriotismo. Fue enviado a Europa agregado a embajadas, hizo algunas publicaciones que nadie leyó, y cuando ascendió a coronel, ya completamente desilusionado, solicitó su retiro. Fue entonces cuando, hastiado por la vida ociosa que llevaba en Buenos Aires, decidió hacer una visita — nada más que una visita — a su tierra natal.

Trató nuevamente de dormirse. Y sin saber por qué, pensó en la joven de la ventanilla.

— Pero, ¿dónde la he visto?... ¿dónde?

Cuando se despertó, el sol le daba en el rostro.

El tren continuaba su marcha a través de la pampa rasa, verde. La llanura se confundía en el horizonte con la línea borrosa del cielo. Interminables hileras de paraísos barbaramente mutilados alindaban, a lo largo de los alambrados, grandes extensiones de tierras labrantías o destinadas a los ganados. Se sucedían los sembradíos de lino, trigo y maíz. A veces, un arroyo cortaba la lisura desesperante de la tierra y reflejaba en sus aguas dormidas un grupo de sauces raquíticos. En inmensos potreros alfalfados vagaban innúmeros animales de raza. Surgían a trechos, como islotes, bosques de eucaliptos, pinos o plátanos, y la rojiza corcova de las parvas se recortaba sobre el fondo azulado de los cardales. A lo lejos, galopaba un jinete solitario tocado con una boina blanca.

López se sintió anonadado. Hijo de la montaña no

comprendía ni amaba a la pampa. La encontraba carente de variedad, de una monotonía abrumadora. El gustaba de los horizontes cerrados por el escorzo de las serranías; de la tierra fragosa que descubre panoramas y perspectivas siempre nuevas a cada vuelta del sendero: colinas verdes que parecen de terciopelo, laderas boscosas, torrentes y barrancos, quiebras y picachos que van escalonándose desde los valles hasta las cumbres nevadas de la cordillera.

Se vistió y se dirigió al coche comedor.

Encontróse allí con un viejo amigo a quien no veía desde hacía muchos años. Llamábase Fernando Clemans. Era un mendocino, hijo de un profesor belga venido al país bajo el patrocinio de Sarmiento. Lo había conocido en un viaje a Chile, y por amigos comunes sabía que se había casado y vivía en Jujuy desde hacía más de cuarenta años. Clemans, según los recuerdos del coronel, había cambiado muy poco. Mantenía se erguido, y conservaba, aunque raleado, rubio el cabello y sonrosada la tez. Era un hombre de gestos fáciles y mundanos. Un leve ceceo, como de andaluz, sorprendía dado su aspecto flamenco.

Los dos amigos se abrazaron con efusión.

— Viejo Fernando, ¿tú por aquí? No sabía que viajabas. Anoche no te vi. ¿En dónde te metiste?

— Estaba un poco indispuesto y no salí del camarote.

— Pues si te hubiera encontrado me hubieras evitado un disgusto.

— ¿Cómo?

López le relató su encuentro con el papanatas deportista. Se rieron de buena gana, y pidieron el desayuno.

— ¿Volvés a tu tierra? — preguntó Clemans.

— Por unos días.

— Como no te suceda lo que a mí.

— ¿Qué te ocurrió?

— Fui a Jujuy por negocios. Andaba con otros amigos tras las famosas minas de Orosmayo. Pensaba estar una semana, y allí me tienes desde hace cuarenta y dos años. Tengo diez hijos, dos de los cuales mellizos; soy dos veces suegro, y tengo fundadas esperanzas de ser muy pronto abuelo.

— ¡Fantástico!

— Además soy una especie de patriarca o de reliquia. Los mayores me consultan, los jóvenes me hacen confidencias, las niñas me besan...

— ¡Dichoso!

— ¡Bah!

— ¿Dirás que eso te disgusta, bribón?

— No, no es para tanto. — Después de unos momentos, declamó en tono de burla:

Hoy me besan, como se besa a un santo,
las hijas de las madres que amé tanto.

Había un leve temblor de emoción en su voz cuando añadió:

— Corren los años.

— ¡Vuelan!

Callaron. A través de la ventanilla, seguía pasando la pampa.

— Tengo ansia de ver cerros — dijo López.

— Mañana los verás.

Clemans cambió de pronto de expresión. Sus ojos brillaron y sus labios sonrieron. Se puso ágilmente de pie mirando por sobre el coronel hacia la entrada del coche. López oyó a sus espaldas una voz musical.

— ¡Viejito, qué alegría!

Y una muchacha, la de la ventanilla, se precipitó hacia Clemans tendiéndole las manos. Este hizo las

presentaciones:

— Martita Huarte, el coronel Santos López, un jujeño ingrato que vuelve a su tierra. Siéntate con nosotros, Martita.

La joven era de buena estatura, esbelta y flexible. Bajo los cabellos rubios, sujetos por una albanega, brillaba una frente tersa, limpia, no empañada aun por el áspero aliento de la vida. Emanaba de su cuerpo fino, como vaporoso, un hálito de pureza incontaminada e incontaminable que hacía pensar en el fulgor lejano de las estrellas. Sus mejillas, tensas y pálidas, se encendían por momentos en rubores virginales. En sus ojos azules, temblaba una llamita profunda y apasionada. Una mujer que producía una extraña sensación de irrealidad, como si estuviese formada por un anhelo o un sueño, inmaterial y celeste.

— ¿Huarte? — preguntó López. — ¿Hija de Enrique?

— Exactamente — respondió Clemans.

— Yo he conocido mucho a su padre — continuó el coronel. — Le sentí mucho cuando murió. No sabía que se hubiera casado. Hace tanto tiempo que estoy desvinculado de Jujuy...

— Me parece haber oído su nombre, coronel — respondió Marta.

Clemans sonreía. De pronto dijo:

— ¡Es claro que lo has oído! ¿A quién se parece esta chica, Santos? Mírala bien.

— Desde que vi a la señorita en Retiro — contestó López — tuve la impresión de haberla visto otra vez. Su cara me es conocida.

— En realidad es muy poco probable que la hayas visto nunca. Lo que ocurre es que te recuerda a otra persona. ¿No caes?

El coronel sintió que algo se agitaba en el fondo de sus recuerdos, como si un jirón de niebla comenza-

ra a condensarse y a tomar contornos cada vez más definidos y precisos. De pronto comprendió: la joven se parecía a otra que él había conocido en la adolescencia y de la cual estuvo enamorado.

— Sí — dijo sintiendo que la sangre le afluía al rostro —, me recuerda a Inés Sepúlveda.

— Inesita fue su madre — replicó Clemans.

La joven lo miraba sonriente. La semejanza era muy marcada, y, sin embargo, se trataba de tipos muy distintos de mujer. El parecido emanaba de actitudes y gestos, de algo indefinible, más que de rasgos comunes. Inés había sido morena, de ojos y cabellos renegridos, más sólida y terrena que Marta. La hija parecía la imagen idealizada de la madre, como si encarnara en este mundo su metamorfosis celestial. El coronel se sentía oprimido por una extraña emoción que trataba de disimular. Sensaciones olvidadas y confusas comenzaban a aflorar desde el fondo del pasado. Sintió de pronto el deseo de encontrarse solo a fin de someter a un análisis ordenado el tumulto de sus emociones. Clemans lo miraba maliciosamente, al parecer divertido con su confusión. López, un tanto molesto, habló de trivialidades.

El largo día de viaje hasta Tucumán resultó llevadero y hasta entretenido. Los dos amigos lo pasaron casi exclusivamente en el comedor. Hablaron de Jujuy, de política, recordaron amigos comunes. Marta los acompañó con intermitencias porque, de rato en rato, los abandonaba para ir hacer compañía a una tía achacosa que viajaba con ella, y que no salía del camarote víctima de una terrible jaqueca.

La noche fue mala para López. Cuando no estaba desvelado, se sumía en un sopor que no llegaba a ser

sueño completo. Se sentía como flotando en un resplandor grisáceo, en el que vagaban imágenes borrosas y se escuchaban rumores ininteligibles. Apenas comenzaba a clarear cuando se vistió.

El tren corría a través de campos poblados de monte bajo. Hacia el naciente, una muralla de colinas en sombra se destacaba sobre un fondo rojo de llamas. Por encima del incendio, se extendía un cielo de un verde claro y metálico en donde se amontonaban esponjosos cúmulos teñidos de rosa y violeta. El aliento helado del alba subía, como un fino vapor, de la tierra silenciosa.

Acodado en la ventanilla, el coronel meditaba. Marta había removido el agua estancada de sus recuerdos. Le traía como un hálito de una vida y un mundo olvidados. Se le presentaba como una simbólica personificación de su adolescencia, sus ilusiones y esperanzas de otros tiempos que saliesen a recibirlo en los umbrales del terruño. — O tal vez — pensó — encarna un reproche, porque mi existencia ha sido estéril y egoísta. Le han faltado cimientos firmes y raíces profundas. No ha sido más que hojarasca y ramazón, porque ha carecido de las cosas estables y vitales: de la tierra que elabora la savia que endurece al tronco; de la mujer, del hijo, del amor verdadero que le dan calor, le marcan una finalidad, le señalan las normas matrices y las directivas esenciales... Y después de los sesenta años nada se reconstruye, porque lo que pudo ser y no fue no volverá a ser jamás. Sintió de pronto una reacción de malhumor, y dijo casi en alta voz:

— ¿Me habré vuelto romántico o tonto? Nunca se me había ocurrido pensar en estas cosas. ¡Pamplinas! Tal vez estoy algo aflebrado o mal del estómago.

Pero por más que se esforzaba, no podía librarse de una inquietud sorda, de un recóndito y vago malestar que se traducía en una sensación de soledad y de

fracaso.

Comenzaban a diluirse los colores del amanecer en el húmedo cobalto de la mañana, y el tren seguía corriendo a todo vapor, atravesando puentes y cortes, serpeando a lo largo de curvas que cruzaban campos desiertos. El coronel, de pésimo humor, encendió un cigarrillo. Un camino de huellas profundas en la tierra rojiza, corría paralelo a la vía. Entonces experimentó, por primera vez, la alegría de encontrarse en el norte, entre los suyos: un jinete avanzaba en dirección opuesta a la que llevaba el tren, al trote de su caballo. Las alas de los grandes guardamontes casi barrían el suelo, y una jauría de ocho o diez perros con la lengua afuera corría a sus talones. López alcanzó a distinguir el rostro moreno y barbado del hombre. Este pareció haberlo advertido también, porque levantó la mano en señal de saludo, como si le diera la bienvenida.

Se tendió vestido en el lecho y se durmió.

Unos golpes en la puerta del camarote lo despertaron. Era Clemans.

— ¡Arriba, perezozo! Estamos llegando a Perico.

Se fueron al comedor. Marta ya se encontraba allí. A medida que se acercaba al terruño, parecía tornarse más deliciosa e incorpórea, y en sus ojos, como reflejados en diminutos laguitos azules, iban pasando los árboles y la tierra, el cielo y las montañas.

El valle comenzaba a cerrarse. Hacia el naciente, se elevaban las boscosas laderas del cerro de Zapla, iluminado a trechos por el sol, obscurecido en otros por la sombra de las nubes. Por entre los claros de la arboleda, se entrevería la franja grisácea de la playa del río Grande, lindado por barrancas de tierra rojiza. Por el rumbo opuesto, las cumbres de altas cordilleras marcaban el límite entre la tierra y el es-

pacio. En ambos lados de la vía se extendían sembradíos, quintas de naranjos, potreros alfalfados y caseríos. En lo alto, evolucionaba un aeroplano.

Cuando cruzaron el puente del río Chico, se les presentó casi repentinamente la ciudad. En la cima de la pequeña meseta en donde está situada, parecía sumergida en un mar de luz. Todo refulgía: la torre de la catedral, la efigie del Salvador que corona la de San Francisco, la mansarda de pizarra del palacio de gobierno. Llegaba en el viento un lejano rumor de campanas. Pasaron por delante de la elegante cúpula del cementerio. Por detrás de sus muros de piedra se asomaban grupos de pinos y clavaban en el aire su punta de obelisco los cipreses. Luego cruzaron por el extremo de una avenida cortada por el centro por una línea de palmeras. En el fondo se erguía el Chañi, de un azul inmaculado, ribeteadas las cimas con un fino galón de nieve.

Unos instantes después el tren se detenía en la estación.

López se sintió a gusto en Jujuy. La belleza de la tierra, sin que él tuviese conciencia de ello, iba lentamente envolviéndolo, sujetándolo con mallas invisibles. En los primeros tiempos, se interesó más por el suelo que por los hombres. Recorrió con Clemans casi toda la provincia. Después, comenzó a prestar oído a las murmuraciones, comentarios y discusiones que forman como el subsuelo espiritual de la vida provinciana. Un buen día se encontró discutiendo acaloradamente con todos y sobre todo. Se sentía rejuvenecido, combativo y como liberado después de haberse evadido de la tediosa soledad de un departamento. Sin embargo, casi diariamente hablaba de volver a Buenos Aires. Pero el regreso se iba postergando indefinida-

mente. Pronto se hizo popular y contó con numerosos amigos. Entre ellos, uno de la infancia: Filiberto Cáceres, profesor jubilado, a quien todos llamaban don Filis. Era hombre de algunas lecturas y se complacía en exponer ideas ligeramente teñidas de extravagancia en un tono reticente y ambiguo, pues nunca se sabía a ciencia cierta si hablaba en serio o en broma.

— Los que declaman sobre la monotonía de la apacible vida provinciana — decía al coronel — no saben lo que dicen. No hacen más que repetir un lugar común favorito de literatos cursis. ¡Monótona y apacible! Es para reirse. Precisamente en estos pueblos es donde es más interesante y variada la vida porque es psicológicamente mucho más apasionada e intensa.

— Por lo menos yo no tengo tiempo de aburrirme.

— Ni te aburrirás, porque aquí todo conmueve, interesa y acalora. Los sucesos no llegan muertos y fríos en la crónica de un diario, sino que, cuando no tomamos parte en ellos, los conocemos de primera mano, en forma directa y personal. Sus actores no nos son desconocidos o indiferentes, sino el pariente, el amigo o el enemigo. De ahí que tomemos las cosas como propias: sufrimos, amamos,y odiamos junto con los protagonistas de esta tragicomedia que es la vida.

— Tienes razón: el pueblo entero toma parte en los amoríos, las ambiciones, la ventura, las desgracias y las ridiculeces del prójimo. Todo ilusiona o desengaña, alienta o abate; todo se analiza, se desmenuza hasta el infinito.

— ¡Excelente gimnasia espiritual! — exclamó don Filis. — Por eso el provinciano es malicioso y sagaz, y adivina las intenciones más solapadas y los pensamientos más ocultos. A veces la gente sabe que una persona está enamorada mucho antes que el propio interesado se haya dado cuenta de ello.

— Y de ahí una serie de bromas ingeniosas, de glosas picantes y maliciosas, de apodos y anécdotas. ¡Todo un rico venero poco explotado todavía por nuestros escritores! Encuentro muchos tipos originales entre mis comprovincianos.

El coronel había tocado uno de los temas favoritos de don Filis.

— ¡Ah, por lo visto, también tú lo has notado! Te devuelvo toda mi estima.

— ¿Qué quieres decir?

— No te ofendas, Santos. Te creía uno de tantos coroneles de fogón y mate amargo. Pero lo que acabas de decir demuestra que eres hombre observador, y hasta parece que te preocupan nuestros escritores.

— ¡Vaya! No creo haber dicho nada importante.

— Sin embargo, tu observación revela ingenio y es exactísima. Es común encontrar entre esta gente del norte, tipos originales de acusada y hasta terca personalidad. Son como el polo opuesto del ejemplar blandujo y anodino que abunda en las grandes ciudades en donde todo lo que es personal y característico se esfuma en el alma incolora del inmenso rebaño anónimo. En los escenarios reducidos, el hombre tiene personalidad porque se siente importante. Apenas ocupa cierta posición social sabe que será escuchado, que su opinión será tenida en cuenta, que un día puede gobernar a su pueblo o representarlo en el Congreso, y de ese modo influir en los destinos de la nación. Esa noción de su propia significación, le da el aplomo necesario para permitirse originalidad en las ideas, el carácter o la conducta.

Después de unos instantes preguntó:

— ¿Cuándo te vas?

— Hombre, no sé. Cada vez que tengo el propósito de marcharme, me asalta una pereza invencible. Es como si la tierra me sujetara.

— Ya sabía yo que eso te sucedería.

Don Filis sostenía que los hombres nacidos en tierras montañosas presienten la muerte, a veces con gran antelación, de una manera subconsciente, y, por lejos que se encuentren, tornan a morir al pie de los cerros que los vieron nacer.

— No te irás — continuó. — Los cerros, una vez que agarran, no sueltan. Atraen como un imán gigantesco. Yo también salí niño de Jujuy, y he vagado por el mundo. Y aquí me tienes esperando tranquilamente el último viaje. A todos les pasa lo mismo.

— ¡Tienes cada ocurrencia!

— He leído no sé donde — prosiguió don Filis como si no lo hubiese escuchado — que ciertas aves marinas después de atravesar mares y continentes vuelven, cuando se sienten próximas al fin, a morir en el peñón donde nacieron. Hudson, si no recuerdo mal, habla de un cementerio de guanacos que vio en la Patagonia... A él iban a esperar la muerte los viejos, los enfermos y los heridos.

— No sé que tenga que ver todo eso conmigo. Yo no soy un albatros ni un guanaco.

— Es indudable que del albatros te separa alguna distancia, pero estás mucho más cerca del guanaco de lo que puedes imaginarte. Perteneces, como él, a la clase de los mamíferos, como que formas parte de la especie que algún sabio ingenuo o presuntuoso denominó "homo sapiens", y aunque tu vanidad te murmure al oído otra cosa, no te has libertado de los impulsos de la animalidad y del instinto, y obedeces, como todo lo que vive, a leyes e influencias cósmicas de las que todo ignoramos.

— De modo que crees...

— Para mí es artículo de fe. El hombre nacido en las montañas, cuando algún accidente no se lo impide, tarde o temprano vuelve a sus cerros. Obedece,

tal vez, a misteriosas fuerzas telúricas que la ciencia aun no ha descubierto. El mito de Anteón acaso aludía obscuramente, aunque de otra manera, a algo de esto, y Ovidio parece hablar de lo mismo, cuando dice:

Nescio qua natale solum dulcedine captos
Ducit et inmemores non sinit esse sui.

— No entiendo más lengua que la cristiana; déjate de latines.

— Mal hecho. Hasta los curas saben algo de latín. Es la lengua madre y venerable. Debiste estudiarla en los largos ocios a que te condenaba tu descansado oficio militar.

— Pero no lo hice, y ya es tarde para hacerlo. Traduce.

— Lo que el poeta dice, es más o menos lo siguiente: "el suelo natal nos atrae con inefable dulzura y no permite que nunca lo olvidemos". Te he dicho que más o menos, porque nuestras pobres lenguas modernas son instrumentos muy defectuosos de expresión. La alusión al misterio de que hablábamos está en las palabras "dulcedine captos ducit", esto es, nos conduce, nos lleva amarrados como a cautivos el dulce recuerdo de la tierra. ¿Hacia dónde? Claro está que hacia ella. No se trata, pues de un simple afecto o inclinación sentimental, sino de algo más profundo y absoluto, del acatamiento a leyes primarias y vitales.

López sonreía. Don Filis prosiguió:

— Ese amor va creciendo a medida que envejecemos. Nos vamos quedando solos con la tierra. A lo largo del camino, se va llevando la muerte a los padres, los hermanos, los amigos, las mujeres que amamos. Y todos los días muere silenciosamente algo dentro de nosotros mismos: una ilusión, un recuerdo, un deseo. Sólo la tierra permanece inmutable, y como

una amante fiel a quien no cansa la espera, nos aguarda, palpitante y amorosa, para acogernos en su regazo el día en que, definitivamente vencidos, cerramos los ojos fatigados para no despertar más.

— Eres un original, Filis — dijo el coronel, interesado a pesar suyo — y tal vez tu teoría no sea tan descabellada como a primera vista parece. Tan poco sabemos de la vida, del espíritu, de los motivos porque obramos y de las fuerzas que nos gobiernan que, en absoluto, nada puede afirmarse ni negarse. Pero lo que no comprendo, es la razón, por la que sólo atribuyes ese poder de atracción a las tierras montañosas.

— Yo tampoco la alcanzo, pero es un hecho que he observado. Los que han nacido en grandes ciudades no tienen ni pueden tener apego a la tierra porque nunca estuvieron en íntimo contacto con ella. No conocen ni vieron más que las calles de un barrio gris y sin alma. Y en lo que respecta al hombre de las llanuras, creo que el fenómeno obedece a la uniformidad de las mismas. Una legua cuadrada de pampa es igual a otra legua. En las montañas, en cambio, cada rinconcito tiene su individualidad, sus características, que se entran al corazón junto con las primeras sensaciones de infancia. Por eso amamos a ese rinconcito y no a otro, y poseemos al terruño en su verdadera y profunda aceptación de vínculo indestructible entre el hombre y la tierra.

— No sé si tu explicación es la justa; de mí sólo sabría decirte que la pampa me enerva, me aplasta.

— A mí me ocurre lo mismo.

— En cuanto al fondo de tu teoría, aunque filosóficamente admisible, voy a desmentirla con los hechos. Dentro de quince días me marcho a Buenos Aires, y es muy improbable que vuelva.

Don Filis contestó riendo:

— ¡Ya lo has dicho tantas veces!

— Esta vez hablo en serio.

— No te irás, viejo; no te irás. Los cerros agarran. Míralos.

Desde el balcón donde se hallaban se distinguía el Chañi en el fondo de la calle. Por la falda azul subían lentamente las sombras del atardecer. Cerca de la cumbre se amontonaban grandes nubes doradas. La masa serena del cerro daba una sensación de silencio, quietud y reposo eternos. Y sin embargo parecía animarse y palpitar con una eterna vida, cobrar un misterioso poder de penetración, y confundirse con el alma de los hombres en una transubstanciación sagrada, como la de la carne divina en la hostia eucarística.

— No te irás, viejo — repitió don Filis. — Aquí moriremos.

Y se miraron en silencio súbitamente entristecidos.

Pasaron dos años. El coronel ya no hablaba de volver a Buenos Aires. Había alquilado una casa y mandado a traer su biblioteca. Unas primas lejanas, solteronas vetustas y hacendosas que lo habían tomado bajo su protección, le adornaron el aposento con floreadas cortinas de cretona, efigies de santos y un retrato oleográfico de Belgrano, y lo proveían casi diariamente de postres y platos exquisitos. Además pretendían casarlo. López, en compañía de Clemans y don Filis, devoraba los manjares y las golosinas, y daba largas al asunto del casorio. Como no era un mozalbete, los partidos que le proponían eran "niñas serias", es decir, jamonas adornadas de todas las virtudes domésticas según el veredicto unánime del pueblo, y él, como todos los viejos, era muy exigente en materia de belleza femenina.

— Se sentía todo lo feliz que un hombre puede serlo en este mundo. Iba al club, a paseos, visitaba a sus relaciones y a sus camaradas del ejército. A Marta veía casi diariamente y le tenía afecto de padre. Era un viejo sueño que se realizaba: el de pasar los últimos años de su existencia en el retiro apacible del anónimo, entre libros y amigos, desentendido de luchas, problemas y preocupaciones.

Una tarde, a la hora de los cocktails, se sintió súbitamente destemplado, y poco después daba diente con diente acometido por intensos escalofríos. El pensamiento se le empañaba y le escocían los ojos. Clemans, que se encontraba con él en el Club, lo hizo subir a un automóvil y lo condujo a su casa. Después se fue a buscar un médico.

El coronel había perdido el conocimiento. Cuando volvió en sí, el sol penetraba a su habitación. A través de la ventana que daba al interior, miraba oscilar las ramas de un duraznero florecido. Desde una casa vecina llegaba la voz gangosa de una radio ponderando las excelencias del jabón Federal. Una enfermera, de rostro juvenil y bonito, entró de pronto en la habitación, y se inclinó sobre él.

— ¿Cómo se siente, coronel?

— Bien, hija. ¿Por qué ha venido?

— Me mandó el doctor Hugo Nelson a que lo cuide.

— ¿Qué tengo?

— Yo no sé, señor. Descanse. El doctor no quiere que hable. Ya vendrá él y se lo dirá. — Y comenzó a arreglarle las almohadas. Lo hizo con esa suavidad, que es casi ternura, y es don exquisito de la mujer. Después le puso una mano sobre la frente. El enfermo se sintió inundado de serenidad, de calma y resignación. Y es que la mujer, por el hecho de serlo, atesora inmensos caudales de consuelo que transmite por

sola acción de presencia. Los médicos inteligentes lo saben y emplean ese recurso, porque no hay calmante ni bálsamo como el de una mano femenina sobre la frente torturada del que va a sumergirse en las tinieblas pavorosas del abismo sin fondo. Instantes después llegaron Clemans, don Filis, el doctor Nelson y otro médico a quien llamaban el Calchaquí.

Los galenos formaban una pareja notable. Nelson era bajito, sonrosado y regordete. Se movía con vertiginosa agilidad de un lado para otro. El Calchaquí era alto, de una flacura espectral y desgarbada, de movimientos desganados y lentos.

Ambos examinaron minuciosamente al enfermo y cambiaron por sobre él miradas inquietas.

— ¡Vamos! — dijo de pronto el doctor Nelson. — El enfermo necesita reposo absoluto. Hasta nueva orden prohíbo terminantemente las visitas. Ya lo ha oído — añadió dirigiéndose a la enfermera. — Hasta la vista y que se mejore. Volveré a verlo esta tarde. Y salió como un cohete seguido lentamente por el Calchaquí y los dos visitantes.

Una vez afuera continuó:

— Un cuadro de tifus. Muy bravo. — Y dirigiéndose al Calchaquí: — ¿Qué opinas?

— Estoy de acuerdo.

— Rostro hipocrático. Mucha temperatura. ¿Qué piensas del tratamiento?

— Lo dejo a tu criterio. Yo tengo que irme a San Pedro. No te olvides de vacunar preventivamente a estos viejitos — dijo señalando con un gesto vago a Clemans y don Filis — y no te dejes en el tintero a la enfermera. Si llegaras a necesitarme telefonea.

— ¿Pero creen ustedes que haya peligro? — preguntó Clemans.

— Inmediato tal vez no — respondió Nelson; — pero un tifus siempre es peligroso. Y el coronel no es

un muchacho. ¿Qué edad tiene?

— Debe andar por los sesenta y tres — replicó don Filis.

— ¡Hum! — gruñó el Calchaquí dándose violentas friegas con el dorso de la mano en la base de la nariz.

López no reaccionó ni volvió, según las apariencias, a tener intervalos de lucidez. Pasaba los días y las noches amodorrado con altas temperaturas que sólo cedían ante enérgicos antitérmicos. Cuando trataba de hablar, farfullaba frases sin sentido o articulaba sonidos ininteligibles. Observado desde el exterior, parecía que deliraba o dormía profundamente. Tenía, sin embargo, una extraña y tumultuosa actividad psíquica interna. El mismo enfermo, de haber vuelto a la plena conciencia, no hubiera podido explicar con certeza si había soñado, delirado o sufrido alucinaciones. Todo ocurría, por lo general, en un fondo de penumbra donde vagaban sombras ondulantes de contornos difusos.

El enfermo se sentía deslizar por un río de aguas lentas y claras. Iba tendido de espaldas en una balsa, aguas abajo, a la deriva. En el cielo, muy altas, cruzaban las nubes. En las orillas, se veían grandes árboles y cantaban los pájaros: el silbo melancólico del zorzal o las notas cálidas, apasionadas de la reina mora. No sufría; por el contrario, experimentaba un muelle placer en dejarse arrastrar por la corriente. De pronto sentía una impresión desagradable, como si la balsa hubiera chocado. Se despertaba; percibía confusamente la cara del doctor Nelson inclinada sobre él y estremecía sus carnes al picotazo de una inyección. Deseaba hablar, explicar que anhelaba que lo dejaran volver a la balsa, a resbalar dulcemente por el río, pero le era imposible hacerse entender.

Después vagaba por un campo cubierto de césped

verde y brillante. En el horizonte se elevaban montañas azules. En el aire vibraba un solemne tañido de campanas. Marchaba en dirección a los cerros, lentamente, a través de la llanura. Sabía que algo inesperado, profundo y definitivo estaba a punto de acontecer; algo que iba a limpiar su alma de toda pesadumbre e impureza. De pronto Inés caminaba a su lado. El no se atrevía a mirarla. Hacía muchos años, en unas vacaciones, habían andado así, uno al lado del otro, en la silenciosa paz de los bosques. Hubiera deseado hablarla, pero la voz se le quedaba en la garganta. De pronto ella dijo:

— ¡Me olvidaste!

Las campanas habían callado y oyó sollozar. Inés ya no estaba a su lado, y él andaba, andaba por la llanura, con el corazón contristado. Ya se iba acercando a las montañas: distinguía sus rugosidades y quiebras iluminadas como si atardeciera. Otra vez alguien caminaba a su lado. Era Marta.

— ¡Estás perdonado! — le dijo, y desapareció.

— ¡Estoy perdonado! ¡Estoy perdonado! — gritó él lleno de júbilo.

— ¡Cálmese y duerma! — oyó decir a la voz lejana de la enfermera.

Y sin saber cómo, se encontró de nuevo en el río, deslizándose suavemente aguas abajo; pero ya no se veían nubes en la altura, ni árboles en las riberas, ni cantaban los pájaros. El agua parecía enturbiarse, y el cielo iba tomando un color violeta sombrío. La corriente entró en un tajo bordeado de altos barrancones grises, y de pronto desembocó en la boca tenebrosa de una caverna.

El fallecimiento del coronel López fue muy lamentado. Había sabido hacerse estimar. Fue sepulta-

do al lado de su madre por gestiones de Clemans. Los batallones de la guarnición le rindieron honores militares, y don Filis, en nombre de los amigos, lo despidió con una oración que pronunció muy conmovido.

— ¡Pobre Santos! — exclamó Clemans al salir del cementerio. — Hace unos días parecía preocupado y algo triste. Hablaba de hacer testamento.

— Es que la muerte — contestó don Filis — es el resultado de un largo y obscuro proceso que se desarrolla en lo más profundo de la subconciencia. A veces nos llegan mensajes premonitorios que rara vez sabemos traducir. La muerte se produce porque no deseamos vivir. Morimos porque la voluntad desfallece. Creo que Poe lo ha dicho.

De la avenida cercana, llegaba el eco del paso rítmico de las tropas que volvían a sus cuarteles.

— Es el rumor de la vida que prosigue su marcha dolorosa e inexplicable — concluyó don Filis.

VOCABULARIO

ABORBOJADO: Con gorgojos.
ACATANCA: Escarabajo.
ACORDEON (botas): Botas bajas con caña plegada en forma parecida al fuelle de ese instrumento musical.
ACULLICO: Porción de coca que se masca de una vez.
AGREDISTO: Agresivo (se dice de los hombres atrevidos de hecho con las mujeres).
AGUAITAR: Acechar.
AHOC (quichua): Zorro.
AMARU (quichua): Serpiente.
ANTARCA: De espaldas.
AVISPERO (franja): Plegado que tiene la apariencia de los alvéolos de un panal.

BAGUALA: Tonada con que cantan sus coplas los campesinos.
BALONERO: Cóndor.
BARCHILA: Fantasma. Estantigua.
BARRACAN: Tela gruesa de lana.
BORBOJO: Gorgojo.

CANCANA: Asador.
CAPIA: Especie de bizcocho hecho con harina de maíz tostado y azúcar. Una especie de maíz.
CARPINTERO: Nombre de un pájaro.
CASCHI: Gozque.
CONGO: Color rojo tratándose de gallos.

COQUENA: Dios indígena que cuida de los ganados.
CUEREAR: Desollar.
CURCUNCHO: Jorobado.

CHALCHALERO: Zorzal.
CHANGO: Muchacho.
CHAPEADO: Enchapado.
CHASCA: Pájaro parecido a la urraca.
CHILCAN: Bebida que se hace con harina de maíz, azúcar tostado y agua caliente.
CHILICOTE: Grillo.
CHIROLA: Moneda boliviana de plata de veinte centavos.
CHUMUCO: Pato salvaje de color negro.
CHURQUI: Arbol de poca altura muy sarmentoso y lleno de espinas.
CHUSPA: Bolsa pequeña.

ESTAQUEAR: Atar por los miembros con un lazo estirado entre cuatro estacas.

GUAGUA: Niño o niña de pequeña edad.
GUARA: Secreto.
GUASCHO: Recental sin madre.

HECHIZO: Fabricado por procedimientos caseros.
HERQUE: Especie de corneta formada por una caña larga.
HUAICO: Hondonada.

ICHUNA: Hoz.
INTI (quichua): El Sol.

JUMETREAR: Molestar.

KARI (quichua): El hombre.
KOYLLUR (quichua): Estrella.
KUNTUR (quichua): Cóndor.

LASEAR: Golpear con el lazo.
LOMEAR: Encogerse de hombros despectivamente.

MACHAR (verbo reflexivo): Embriagarse.
MADRINO: El buey que se unce al lado derecho.
MALTON: Animal próximo a la edad del celo.
MISACHICO: Ceremonia que consiste en acompañar la imagen de un santo de propiedad privada hasta la iglesia a fin de escuchar la misa.
MOCHO: Vigilante.

NOQUE: Especie de bolsón de cuero que se fija en un armazón de madera.

OKOKO (quichua): Sapo.
OREJERO: Buey que se unce a la izquierda y al que se maneja con una coyunda amarrada a la base de la oreja.
OVEJON: Sombrero grande y ordinario de lana de oveja.

PALANGANA: Hombre jactancioso y superficial
PALANGANEAR: Jactarse.
PARADA: Suma de dinero o cosa que se apuesta.
PICANEAR: Aguijar.
PILPINTO: Especie de mariposilla blanca o amarilla.
PIRCA: Tapia construída con piedras sin tallar.
POROTILLO: Vacuno blanco con pequeñas pintas rojas o negras.
PUPULA: Especie de lima achatada y con una protuberancia en la parte inferior que se asemeja al ombligo.

QUINCHA: Pared o tabique construído con ramas o tablas delgadas.
QUIRQUINCHO: Armadillo.
QUITAUCHO: Ají silvestre.

RAMEAR: Arrastrar.

RASQUINCHO: Irascible.
REFUCILAR: Relampaguear.
ROSQUEAR: Morir.

SALA: Edificio donde vive el dueño o patrón de una finca o estancia.
SECO: Bofetada.
SEMITA: Harina mezclada con salvado.
SUCHERA: Parálisis que impide hacer uso de las piernas.
SUPAY (quichua): El diablo.
SURI: Avestruz.

TAGARETE: Especie de zanja profunda que servía en la ciudad de Salta para desagüe de las calles.
TARTANCHO: Tartamudo.
TIGRE: Tarro lleno de desperdicios e inmundicias.
TUMBA: Pedazo de carne o hueso que se hierve en el caldo.

UCUMAR: Duende peludo.
UMILLA: Muchacha.
URPILA: Pequeña paloma silvestre.
USUTA: Sandalia.
UTURUNKO (quichua): Tigre.

VORACEAR: Amenazar o jactarse en alta voz.

YAGUANI: Vacuno hosco con el lomo y bajo vientre blancos.
YAPA: Pequeño obsequio que se hace al comprador.
YAPAR: Juntar o componer un lazo, cordel o maroma cortados.
YARKA (quichua): Hambre.
YESQUERO: Eslabón.
YUGUEAR (verbo reflexivo): Fugarse.

ZURDEAR: Robar.

Indice

Datos Biográficos 5
Del Viejo Jujuy (Hombres y Cosas) 19
Un Benefactor 59
La Carroza Encantada 69
Don Fidel y la Muerte del General Peyegrini 83
La Fantasma de la Isla 101
La Inglesita de los Lapachos 117
El Campeador Blanco 139
Zacarías Huanca en el Cielo 155
La Revolución del Reloj 171
María Cucú 197
Una Batida 217
La Vuelta del Coronel López 229
Vocabulario 255

FE DE ERRATAS Y OMISIONES

	Dice	Debe decir
pág. 9 – línea 18/19	del general Lavalle y lo acompañó	de Lamadrid y acompañó también al general Lavalle...
pág. 86 – línea 15	Lavalle	Levalle
pág. 69 – línea 2 (copete)	pudre	poudre
pág. 102 – línea 24	consejos	consejas
pág. 104 – línea 1	trapecista	trapacista
pág. 109 – línea 12	que prefería	que si prefería
pág. 127 – línea 22/23	no se porque	no sé porqué
pág. 148 – línea 10	oído	oido
pág. 198 – línea 22	manodoniando	mandoniando
pág. 217 – línea 2 (copete)	furiex	furieux
pág. 220 – línea 26	lo quis	lo quies
pág. 229 – línea 2 (copete)	aroun	around
pág. 233 – línea 3	se lanzó	le lanzó
pág. 244 – línea 32	don Ellis	don Filis

El Dr. Daniel Ovejero, autor de este libro, falleció en la ciudad de Tucumán el día 6 de setiembre de 1964.

Fundación Michel Torino, oficinas: 20 de Febrero 265 – Salta.

Este libro
se terminó de
imprimir el 30
de mayo de 1973
en los talleres gráficos
Aráoz Anzoátegui Impresores
en Limache, Salta, República
Argentina-Dirección Postal:
Casilla de Correo 49
Sucursal 2 - Salta.

00042995

Opera Omnia

Este libro se terminó de imprimir en el año de gracia de

MCMLXXIII

S2 A J 32 I 3 42